



LA CIUDAD DE LA
OSCURIDAD

JEANNE DUPRAU

Lectulandia

Para los habitantes de Las Ascuas, el mundo empieza y acaba en los márgenes de su ciudad. Quien ha intentado ir más allá sólo ha encontrado oscuridad. Hace más de doscientos años, los Constructores idearon un proyecto titánico: construir una ciudad con una red de almacenes subterráneos bien guarnecidos de provisiones y con un generador que les proveyera de electricidad gracias a la corriente de un río. Pero los años pasan y las reservas se agotan y el generador se estropea cada vez más. ¿Que pasará cuando la gran máquina deje de funcionar? La ciudad se sumergirá en una noche infinita e irrevocable.

Es en los momento críticos cuando los jóvenes, más que nunca, se convertirán en el futuro de la humanidad...

Lectulandia

Jeanne DuPrau

La ciudad de la oscuridad

ePub r1.2

Rocy1991 09.11.14

Título original: *The City of Ember*

Jeanne DuPrau, 2003

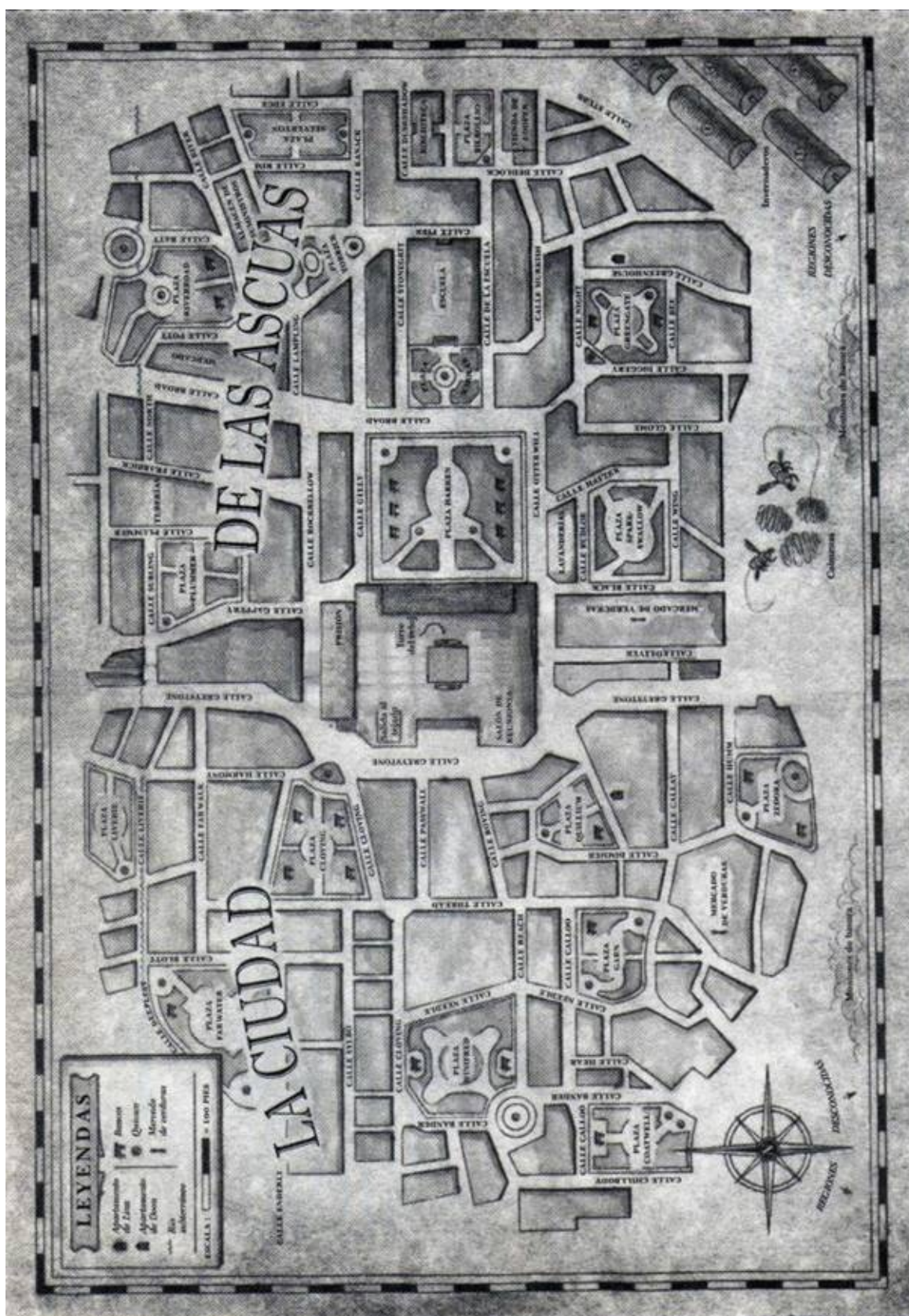
Traducción: Lucía Lijtmaer

Editor digital: Rocy1991

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Las instrucciones



CUANDO la ciudad de Las Ascuas se terminó de construir y todavía no había sido habitada, el constructor jefe y su ayudante, muy cansados, se sentaron para hablar del futuro.

—No deben abandonar la ciudad durante al menos doscientos años —dijo el constructor jefe—. O, mejor todavía, doscientos veinte.

—¿Será suficiente? —preguntó su ayudante.

—Debería serlo. No hay manera de estar seguros.

—Y cuando llegue el momento —dijo el ayudante—, ¿cómo sabrán lo que tienen que hacer?

—Les proporcionaremos las instrucciones, claro está —replicó el constructor jefe.

—Pero ¿quién guardará las instrucciones? ¿En quién podemos confiar para que las guarde sanas y salvas todo ese tiempo?

—Las tendrá el alcalde de la ciudad —dijo el constructor jefe—. Las pondremos en una caja, con un cerrojo y un temporizador activado para abrirse en la fecha prevista.

—Y ¿le diremos al alcalde lo que hay dentro de la caja? —preguntó el ayudante.

—No, esa información no será necesaria, y no deberán conocerla hasta que la caja se abra por sí sola.

—Y ¿el primer alcalde le pasará la caja al siguiente alcalde, y éste al siguiente, y así sucesivamente a lo largo de los años, y mantendrán el secreto durante todo ese tiempo?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó el constructor jefe—. No hay nada en toda esta tentativa que sea seguro.

Puede que para entonces no quede nadie en la ciudad o no haya ningún lugar seguro al que puedan regresar.

Así fue como la primera alcaldesa de Las Ascuas recibió la caja, se le dieron instrucciones para que la guardara cuidadosamente y ella hizo un solemne juramento secreto. Cuando envejeció y su mandato de alcaldesa hubo terminado, le habló a su sucesor de la existencia de la caja. Éste también mantuvo el secreto cuidadosamente, de la misma manera que el siguiente alcalde. Las cosas siguieron su curso durante muchos años. Pero el séptimo alcalde de Las Ascuas era menos honorable que sus predecesores, y estaba mucho más desesperado. Al sentirse muy enfermo —sufría la enfermedad de la tos, tan común en la ciudad por aquella época—, pensó que la caja podría ocultar un secreto capaz de salvarle la vida. La sacó de su escondrijo en el sótano del Salón de Reuniones y se la llevó a casa, donde le dio golpes con un martillo.

Pero para entonces, ya le fallaban las fuerzas. Todo lo que consiguió fue abollar un poco la tapa. Antes de que pudiera devolverla a su lugar secreto o hablarle a su sucesor sobre su existencia, el alcalde murió. La caja terminó en el fondo de un armario, entre bolsas viejas y paquetes. Allí se quedó, inadvertida, año tras año, hasta que llegó la hora y la cerradura se abrió, silenciosamente.

Capítulo 1

El Día del Nombramiento

EN la ciudad de Las Ascuas el cielo siempre estaba oscuro. La única luz provenía de enormes focos dispuestos sobre los edificios o situados encima de postes que se alzaban en el centro de las plazas más grandes. Cuando las luces estaban encendidas, emitían un resplandor amarillento sobre las calles, y la gente que pasaba proyectaba sombras que se alargaban y acortaban, para estirarse nuevamente. Cuando las luces se apagaban, como pasaba siempre entre las nueve de la noche y las seis de la mañana, la ciudad se quedaba tan a oscuras que era como si la gente llevara una venda sobre los ojos.

A veces, la oscuridad llegaba en mitad del día. La ciudad de Las Ascuas era vieja y todo en ella necesitaba un arreglo, incluidos los cables eléctricos. Así que, de vez en cuando, las luces parpadeaban y había apagones. Esos momentos eran espantosos para los habitantes de Las Ascuas, que quedaban detenidos en medio de la calle o inmovilizados en sus casas, temiendo hacer cualquier tipo de movimiento en la oscuridad total, mientras recordaban algo en lo que preferían no pensar: que algún día, las luces de la ciudad podían apagarse para no volver a encenderse nunca.

Pero durante la mayor parte del tiempo, la vida seguía su curso de la manera que lo había hecho siempre. Los adultos hacían su trabajo y los más jóvenes iban al colegio hasta que cumplían los doce años. En el último día de clase del último año, llamado el Día del Nombramiento, se les daba un trabajo.

Los estudiantes que se graduaban ocupaban el aula 8 de la Escuela de Las Ascuas. El Día del Nombramiento del año 241, el aula, normalmente muy ruidosa a primera hora de la mañana, permanecía en completo silencio. Los veinticuatro estudiantes estaban sentados muy tiesos y quietos, frente a pupitres que ya les quedaban pequeños. Esperaban.

Los pupitres estaban dispuestos en cuatro filas de seis, una detrás de la otra. En la última fila estaba sentada una niña delgada llamada Lina Mayfleet, que enroscaba un mechón de su largo pelo oscuro alrededor de su dedo. Lo enroscaba y lo desenroscaba una y otra vez. A ratos tiraba de alguna hebra de su capa andrajosa o se agachaba para estirarse los calcetines, que le iban flojos y tendían a quedarle por los tobillos. Uno de sus pies daba suaves golpecitos contra el suelo.

En la segunda fila había un chico llamado Doon Harrow. Estaba sentado con los hombros encogidos y mantenía los ojos fuertemente cerrados, en un acto de gran concentración, y las manos bien estrechadas entre sí. Su pelo tenía un aspecto descuidado, como si no se hubiera peinado en mucho tiempo. Sus cejas gruesas y oscuras le hacían parecer serio en sus mejores momentos, pero cuando se ponía nervioso o se enfadaba tendían a formar una línea recta en la frente. Su chaqueta de pana marrón era tan vieja que las líneas se habían alisado.

Tanto el chico como la chica formulaban deseos de manera apremiante. El deseo de Doon era muy específico. Lo repetía una y otra vez, moviendo un poco los labios, como si por el hecho de reiterarlo un millón de veces fuera a hacerse realidad. Lina imaginaba su deseo en imágenes, más que en palabras. En su cabeza, se veía a sí misma corriendo a través de las calles de la ciudad con una chaqueta roja. Intentaba representarse esta imagen todo lo luminosa y real de lo que era capaz.

Lina levantó la vista y miró el aula a su alrededor. Se despidió en silencio de todo lo que le había resultado familiar durante tanto tiempo. Dijo adiós al mapa de la ciudad de Las Ascuas, a su dañado marco de madera y al armario que contenía en sus estanterías *El libro de los Números*, *El libro de las Letras* y *El libro de la ciudad de Las Ascuas*. Dijo adiós a los cajones que indicaban su contenido con unas etiquetas donde se leía PAPEL NUEVO y PAPEL VIEJO. Dijo adiós a las tres luces del techo que siempre parecían proyectar la sombra de las cabezas sobre el papel en el que se escribía, sin importar dónde se estuviera sentado. Y se despidió de su profesora, la señorita Thorn, que había terminado su discurso del Último Día de Clase deseándoles buena suerte en la nueva vida que iban a comenzar. Ahora, ya sin saber qué más decir, permanecía de pie frente a su pupitre, con su chai raído firmemente dispuesto sobre los hombros. Y el alcalde, el invitado de honor, seguía sin aparecer.

Alguien arrastró los pies hacia delante y hacia atrás contra el suelo. La señorita Thorn suspiró. En ese momento la puerta se abrió de golpe y entró el alcalde. Parecía enfadado, como si fueran ellos los que hubieran llegado tarde.

—Bienvenido, alcalde Cole —dijo la señorita Thorn, extendiéndole la mano.

El alcalde esbozó una sonrisa.

—Señorita Thorn —dijo, estrechándole la mano—. Saludos. Otro año más.

El alcalde era un hombre inmenso, muy grueso, tan voluminoso que sus brazos parecían colgar empuñados a los costados. Con una mano sostenía una pequeña bolsa de tela.

Avanzó pesadamente hasta la parte delantera de la sala y se volvió hacia los alumnos. Su cara grisácea y flácida parecía estar cubierta de un material distinto de la piel normal. Casi nunca se movía, menos cuando esbozaba una sonrisa como la que tenía en ese momento.

—Jóvenes de la clase superior —comenzó el alcalde.

Se detuvo y escrutó el aula durante un momento. Sus ojos parecían mirar a lo lejos desde las profundidades del interior de su cabeza. Asintió lentamente.

—El Día del Nombramiento, ¿no es así? Sí. Primero nos formamos. Después servimos a nuestra ciudad.

Sus ojos se movieron a través de las filas de estudiantes y volvió a asentir, como si alguien hubiera confirmado lo que acababa de decir. Depositó la bolsita sobre el pupitre de la señorita Thorn y puso sus manos encima.

—¿Qué servicio será ése? Se lo deben de estar preguntando.

La sonrisa volvió a aparecer y las gruesas mejillas se replegaron.

Las manos de Lina estaban frías. Se envolvió con la capa y resguardó las manos entre las rodillas. «Por favor, dese prisa, señor alcalde —se dijo en voz baja—. Por favor, déjenos elegir y acabemos con esto.» Doon repetía lo mismo en su cabeza, pero sin incluir el por favor.

—Tienen que recordar una cosa —dijo el alcalde, alzando un dedo—. El trabajo que les toque hoy, durará tres años. Entonces, llegará la evaluación. Si son buenos en su trabajo, podrán seguir en él. Si no les gusta o son más necesarios en otro puesto, se les asignará otra tarea. Es extremadamente importante —dijo, apuntando a la clase con el dedo— que todo... el trabajo... de Las Ascuas... se realice... de manera correcta.

Cogió la bolsita y tiró de la cuerda para abrirla.

—Bien. Empecemos. El procedimiento es sencillo: se acercan de uno en uno, meten la mano en la bolsita, cogen un pedacito de papel y lo leen en voz alta.

Sonrió y asintió. La carne bajo la barbilla le sobresalía.

—¿Quién quiere ser el primero?

Nadie se movió. Lina miró la superficie de su pupitre. Hubo un largo silencio. Entonces Lizzie Bisco, una de las mejores amigas de Lina, se puso en pie de un salto.

—Me gustaría ser la primera —dijo con su voz entrecortada y aguda.

—Bien. Acérquese.

Lizzie se aproximó y quedó frente al alcalde. Junto a él, y con su pelo anaranjado, parecía una chispa brillante.

—Ahora elija.

El alcalde le tendió la bolsita con una mano, mientras ocultaba la otra tras su espalda, como queriendo mostrar que no interferiría.

Lizzie metió la mano dentro de la bolsita y sacó un papel, esmeradamente doblado, que abrió con cuidado. Lina no podía ver la expresión de Lizzie, pero sí pudo oír la decepción en su voz cuando leyó en voz alta: «Empleado en el almacén de suministros».

—Muy bien —dijo el alcalde—. Un trabajo crucial.

Lizzie volvió penosamente a su asiento. Lina le sonrió, pero la cara de Lizzie era de amargura. El trabajo de empleada en el almacén de suministros no era malo, pero sin duda era aburrido. Los empleados del almacén de suministros se sentaban tras un largo mostrador, anotaban los pedidos de los tenderos de Las Ascuas y enviaban a los transportistas a buscar todo lo necesario en la amplia red de depósitos subterráneos situada bajo las calles de la ciudad. Los depósitos tenían suministros de todo tipo: comida enlatada, ropa, muebles, mantas, bombillas, medicamentos, sartenes y ollas, resmas de papel, jabón, más bombillas... En definitiva, todo lo que los ciudadanos de Las Ascuas pudieran necesitar. Los empleados permanecían sentados frente a sus libros de contabilidad, anotando todas las órdenes que entraban y los pedidos que salían. A Lizzie no le gustaba estar sentada. «Hubiera estado mejor en otro empleo», pensó Lina. De mensajera, quizá, el trabajo que quería para sí misma. Los mensajeros

corrían por la ciudad durante todo el día. Iban a todas partes y lo veían todo.

—Siguiente —dijo el alcalde.

Esta vez se levantaron dos personas al mismo tiempo: Orly Gordon y Chet Noam. Orly se volvió a sentar con rapidez, mientras que Chet se acercó al alcalde.

—Elija, joven —dijo el alcalde.

Chet eligió. Desplegó su pedacito de papel y leyó:

—Ayudante de electricista.

Su cara ancha desplegó una sonrisa. Lina oyó cómo alguien tomaba aire rápidamente. Inspeccionó la clase y llegó a ver a Doon tapándose la boca con una mano.

Cada año se desconocían los trabajos que se ofrecerían. A veces había varios oficios buenos como el de ayudante de invernadero, asistente de cronometrador o mensajero, e incluso ningún trabajo malo. Otros años se colaban algunos como peón de tuberías, seleccionador de basura o arrancador de moho. Pero siempre había una o dos plazas de ayudante de electricista. La reparación del sistema eléctrico era el trabajo más importante de Las Ascuas, y en este sector trabajaba más gente que en ningún otro.

Orly Gordon fue la siguiente. Se le asignó el trabajo de asistente de restauración de edificios, un buen trabajo para Orly. Era una chica fuerte y le gustaba trabajar duro. Vindie Chance fue nombrada ayudante de invernadero. Mientras volvía a su pupitre, le dedicó a Lina una amplia sonrisa. «Trabajaré con Clary», pensó Lina. Qué suerte. De momento a nadie se le había asignado un trabajo muy malo. A lo mejor en esta ocasión no había ninguno.

La idea le dio valor. Además, estaba ya en un momento en el que el suspense le provocaba dolor de estómago. Así que cuando Vindie se sentó —e incluso antes de que el alcalde pudiera decir «siguiente»—, se levantó y dio un paso al frente.

La pequeña bolsa estaba hecha de un material verde gastado, fruncido en la parte superior por una cuerda negra. Lina dudó un instante, metió la mano en la bolsita y manoseó los pedacitos de papel. Mientras sentía como si se precipitara de un edificio muy alto, escogió uno.

Lo desplegó. Las palabras estaban cuidadosamente escritas en letra pequeña, con tinta negra: PEÓN DE TUBERÍAS, decían. Las miró.

—En voz alta, por favor —dijo el alcalde.

—Peón de tuberías —musitó Lina en un susurro entrecortado.

—Más alto —pidió el alcalde.

—Peón de tuberías —repitió Lina, esta vez en voz alta y ronca.

La clase entera soltó un respingo, solidarizándose. Con los ojos fijos en el suelo, Lina volvió a su pupitre y se sentó.

Los peones de tuberías trabajaban por debajo de los depósitos subterráneos, en el profundo laberinto de túneles que contenían las tuberías de aguas y alcantarillas. Pasaban sus días atajando fugas y reemplazando empalmes de tuberías. Era un trabajo

duro y húmedo; incluso podía llegar a ser peligroso. Un río subterráneo recorría velozmente las tuberías y de vez en cuando alguien se caía en él y se perdía. En ocasiones, había gente que también se había perdido en los túneles al alejarse demasiado.

Lina contempló con abatimiento una letra B que alguien había marcado en su pupitre mucho tiempo antes. Casi cualquier cosa hubiera sido mejor que peón de tuberías. Ayudante de invernadero había sido su segunda opción, ya que podría haber trabajado con Clary, la gerente del invernadero, a quien conocía de toda la vida. Habría estado contenta como asistente médico, curando heridas y huesos. Incluso barrendero de calles o arrastrador de carretillas hubiera sido mejor. Como mínimo así habría seguido estando en la superficie, con espacio y gente a su alrededor. Se le ocurrió que descender a las tuberías era como ser enterrada viva.

Uno a uno, el resto de los estudiantes eligió su trabajo. Ninguno obtuvo un trabajo tan espantoso como el suyo. Finalmente, la última persona se levantó de su silla y dio un paso al frente. Era Doon. Sus cejas oscuras se juntaron, frunciéndose en un gesto de concentración. Lina observó que sus manos permanecían cerradas en un puño a ambos lados de su cuerpo.

Doon metió la mano en la bolsita y sacó el último pedacito de papel. Hizo una pausa de un minuto, mientras apretaba el papel fuertemente con la mano.

—Adelante —dijo el alcalde—. Lea.

Doon desplegó el papel y leyó:

—Mensajero.

Frunció el ceño, arrugó el papel y lo arrojó al suelo.

Lina ahogó un grito. La clase entera murmuró sorprendida. ¿Cómo podía enfadarse alguien al obtener el trabajo de mensajero?

—¡Mal comportamiento! —exclamó el alcalde. Los ojos se le salieron de las órbitas y se le ensombreció el rostro—. Vuelva a su asiento inmediatamente.

Doon le dio una patada al papel arrugado, lanzándolo hacia un rincón. Después se fue sin mediar palabra hacia su pupitre y se dejó caer sobre él con pesadez.

El alcalde soltó un pequeño respingo y parpadeó furiosamente.

—Qué vergüenza —dijo, fulminando a Doon con la mirada—. ¡Una pataleta tremendamente infantil! Los estudiantes deberían estar contentos de trabajar para su ciudad. Las Ascuas será próspera si todos... los ciudadanos... hacen todo lo posible para conseguirlo.

Mientras hablaba, levantó un dedo con severidad y desplazó sus ojos por cada uno de los rostros que tenía ante sí. De repente, Doon gritó:

—Pero ¡Las Ascuas no es próspera! ¡Todo empeora!

—¡Silencio! —chilló el alcalde.

—¡Los apagones! —gritó Doon, y se levantó del asiento—. ¡Las luces ahora se apagan todo el rato! ¡Y la escasez! ¡Falta de todo! ¡Si nadie hace nada, pasará algo terrible!

A medida que Lina escuchaba, el corazón comenzó a martillearle el pecho. ¿Qué le pasaba a Doon? ¿Por qué estaba tan enfadado? Se lo estaba tomando todo demasiado en serio, como siempre.

La señorita Thorn se acercó a Doon con grandes zancadas y le puso una mano sobre el hombro.

—Ahora siéntate —le dijo con tranquilidad. Pero Doon siguió de pie.

El alcalde lo miró furiosamente. Por unos instantes, no dijo nada. Después sonrió, mostrando una hilera de dientes grisáceos.

—Señorita Thorn —dijo—. ¿Quién es este joven?

—Me llamo Doon Harrow —respondió Doon.

—Me acordaré de usted —dijo el alcalde. Le dirigió una larga mirada a Doon, y después se volvió hacia la clase y esbozó de nuevo su sonrisa—. Felicidades a todos —dijo—. Bienvenidos a la población activa de Las Ascuas. Señorita Thorn. Alumnos. Gracias.

El alcalde estrechó la mano de la señorita Thorn y se fue. Los alumnos cogieron sus abrigos y gorras y salieron del aula. Lina atravesó el Gran Vestíbulo con Lizzie, que le dijo:

—¡Pobre! Yo que pensaba que había elegido uno malo, pero a ti te ha tocado el peor. Comparada contigo, me parece que he tenido suerte.

Una vez estuvieron fuera, Lizzie se despidió y salió disparada, como si la mala suerte de Lina fuera una enfermedad contagiosa que le diera miedo contraer.

Lina permaneció de pie en los escalones durante un momento y contempló la plaza Harken, donde la gente caminaba con energía, arrebujada cómodamente en sus abrigos y bufandas, o charlaba en los charcos de luz que proyectaban las grandes farolas. Un chico que llevaba la chaqueta roja de mensajero corría hacia el Salón de Reuniones. En la calle Otterwill, un hombre empujaba un carro lleno de sacos de patatas. Y en los edificios que rodeaban la plaza, hileras de ventanas iluminadas relucían, emitiendo tonalidades de amarillo brillante y oro profundo.

Lina suspiró. Allí era donde ella quería estar, en la superficie, donde pasaba todo, y no bajo tierra.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Sobresaltada, se dio la vuelta y vio a Doon detrás de ella. Su cara delgada parecía estar pálida.

—¿Intercambiamos? —le preguntó.

—¿Intercambiamos qué?

—Los trabajos. No quiero perder el tiempo siendo mensajero. Quiero ayudar a salvar la ciudad, y no correr de aquí para allá llevando chismorreos.

Lina lo miró boquiabierta.

—¿Prefieres estar en las tuberías?

—Yo quería ser ayudante de electricista. Pero Chet no me lo quiere cambiar, claro. El segundo mejor puesto está en las tuberías.

—¿Por qué?

—Porque el generador está en las tuberías —dijo Doon.

Lina sabía de la existencia del generador, claro está. De alguna misteriosa manera, convertía el cauce del río en energía para la ciudad. Si te situabas en la plaza Plummer, podías escuchar el murmullo que producía.

—Necesito ver el generador —dijo Doon—. Tengo... tengo algunas ideas. —Se metió las manos en los bolsillos—. Bueno —espetó—, ¿intercambiamos?

—¡Sí! —gritó Lina—. ¡El trabajo de mensajero es el que más quiero!

Y, en su opinión, no era inútil. No se podía esperar de la gente que recorriera media ciudad cada vez que se quisiera comunicar con alguien. Los mensajeros comunicaban a todo el mundo con los demás. En fin, tanto si era importante como si no, el trabajo de mensajero era perfecto para Lina. Le encantaba correr. Podría estar corriendo todo el día. Y le encantaba explorar cada escondrijo de la ciudad, y eso era precisamente lo que hacía un mensajero.

—De acuerdo —dijo Doon.

Le entregó su papel arrugado, que debía de haber recuperado del suelo.

Lina metió la mano en el bolsillo, sacó su papelito y se lo dio.

—Gracias —dijo él.

—De nada —respondió Lina.

La felicidad brotó en su interior, y la felicidad siempre le hacía tener ganas de correr. Bajó los escalones de tres en tres y aceleró por la calle Broad hacia su casa.

Capítulo 2

Un mensaje para el alcalde

LINA solía tomar diferentes rutas para realizar el trayecto entre el colegio y su casa. A veces, simplemente para cambiar, rodeaba toda la plaza Sparkswallow o pasaba por delante del taller de zapatos de la calle Liverie. Hoy, en cambio, tomó el camino más corto, ya que estaba deseosa de llegar a casa y explicar las novedades.

Corrió rápidamente y con facilidad a través de las calles de Las Ascuas. Cada esquina, cada callejón, cada edificio le eran familiares. Pese a que las calles eran todas muy parecidas, siempre sabía dónde se encontraba. Todas estaban delimitadas por viejos edificios de piedra de dos plantas, y las puertas y ventanas de madera llevaban años sin pintar. La planta baja solía estar ocupada por una tienda, mientras que la gente vivía en las plantas superiores. La parte alta de cada edificio, donde la pared se unía con el techo, estaba equipada con una hilera de focos, unas luces en forma de cono que emitían un fuerte haz amarillento.

Lina corrió junto a las paredes de piedra, las ventanas iluminadas y las sombras apagadas y desiguales. Sentía las piernas delgadas increíblemente fuertes, como la madera de un arco que se dobla y salta. Se escabullía de los obstáculos: muebles rotos apilados que quedaban como desechos o para ser recogidos por vagabundos, hornos y neveras que ya no tenían esperanza de ser reparados, y vendedores ambulantes sentados en el pavimento con sus mercancías desparramadas a su alrededor. Saltaba por encima de grietas y baches.

Cuando llegó a la calle Hafter, frenó un poco la marcha. Esta calle estaba inmersa en la oscuridad. Cuatro de las farolas se habían fundido y no habían sido reparadas. Por un segundo, Lina se acordó del rumor que corría sobre las bombillas, que decía que ciertas clases se habían agotado definitivamente. Estaba acostumbrada a la escasez de algunas cosas, como todo el mundo, pero ¡no a la de las bombillas! Si las bombillas de las farolas se terminaban, las únicas luces que quedarían serían las de los edificios. Y ¿qué pasaría entonces? ¿Cómo podría orientarse la gente en la oscuridad de las calles?

En algún lugar de su interior se agitó un gusano negro de terror. Pensó en el arrebato de furia de Doon en clase. ¿Podían estar las cosas tan mal como él decía? No quería creerlo. Apartó ese pensamiento de su mente.

Mientras giraba hacia la calle Budloe, volvió a acelerar. Adelantó a una cola de clientes que esperaban para entrar en el mercado de verduras, con las bolsas colgando del brazo. En la esquina de la calle Oliver, esquivó a un grupo de personas que acarreaban penosamente unos sacos para hacer la colada y a algunos trabajadores de mudanzas que se llevaban una mesa rota. Pasó junto a un barrendero que apartaba el polvo con su escoba. Y pensó: «Tengo tanta suerte de tener el trabajo que quiero. Y gracias a Doon Harrow, quién lo iba a decir».

Cuando eran más jóvenes, Lina y Doon habían sido amigos. Juntos habían explorado los callejones y los extremos mal iluminados de la ciudad. Pero en su cuarto año en la escuela, habían comenzado a distanciarse. Todo empezó un día a la hora del patio, cuando los niños de su clase jugaban en la escalera de la entrada de la escuela.

—Yo puedo bajar tres escalones de una vez —alardeaba alguien.

—¡Yo puedo bajar a la pata coja! —respondía otro.

Y los demás intervenían:

—¡Yo puedo hacer la vertical contra la columna!

—¡Yo puedo saltar al potro sobre el cubo de basura!

Cuando alguno de los alumnos hacía algo, el resto lo repetía para demostrar que era capaz.

Lina lograba superar todos los retos, incluso cuando se volvieron más audaces. Ella gritó el más peligroso:

—¡Yo puedo subir al poste eléctrico!

Durante un segundo, todo el mundo la observó. Pero Lina atravesó la calle, se quitó los zapatos y los calcetines, y se abrazó al frío metal del poste. Empujándose con los pies descalzos, ascendió lentamente. Al poco de comenzar, perdió el equilibrio y volvió a quedar en el suelo. Los otros niños se rieron, y Lina también rió con ellos.

—No dije que subiría hasta el final —explicó—. Sólo dije que subiría.

Los otros niños se apiñaron para intentarlo también. Lizzie no se quería quitar los calcetines, decía que tenía demasiado frío en los pies, así que inevitablemente resbaló. Fordy Penn no era lo suficientemente fuerte para levantarse más de un palmo del suelo. Y el siguiente fue Doon. Se quitó los zapatos y los calcetines, y los dispuso cuidadosamente junto al poste. Acto seguido, anunció en su estilo serio:

—Subo hasta el final.

Se aferró al poste y comenzó a ascender, ayudándose de los pies, con las rodillas sobresaliéndole a los lados. Se impulsó hacia arriba y volvió a empujar, llegando más alto de lo que había conseguido Lina. Pero de repente, sus manos resbalaron y cayó en picado, aterrizando sobre el trasero, con las piernas disparadas hacia los lados. Lina se echó a reír. No debería haberlo hecho, ya que Doon podría haberse hecho daño. Pero su estado era tan cómico que no pudo evitarlo.

No estaba herido. Podría haberse levantado de un salto, sonreír y alejarse. Pero Doon no se tomaba las cosas a la ligera. Cuando oyó reír a Lina y los demás, su rostro se ensombreció, y comenzó a hervir de rabia.

—No te atrevas a reírte de mí —le espetó a Lina—. ¡Lo he hecho mejor que tú! Además, era una idea estúpida. Trepar al poste, menuda idiotez...

Mientras gritaba con la cara enrojecida, su profesora, la señorita Polster, se acercó a la escalera y lo vio. Lo agarró del cuello de la camisa y se lo llevó al despacho del director, donde recibió una reprimenda que no creía merecer.

Tras ese día, Lina y Doon apenas se miraban cuando se cruzaban por los pasillos. Al principio, porque estaban enfadados por lo que había pasado. A Doon no le gustaba que se rieran de él, y a Lina no le gustaba que le gritaran. Después de un tiempo, olvidaron el incidente del poste eléctrico, pero ya se habían desacostumbrado a ser amigos. Para cuando cumplieron los doce años, ya sólo eran compañeros de clase. Lina era amiga de Vindie Chance, Orly Gordon y, por encima de todo, de la pelirroja Lizzie Bisco, que podía correr casi tan rápido como Lina y hablar tres veces más deprisa.

Ahora, mientras Lina corría hacia su casa, se sintió tremendamente agradecida con Doon, y deseó que no le pasara nada en las tuberías. A lo mejor podrían volver a ser amigos. Le gustaría poder preguntarle sobre las tuberías. Sentía curiosidad.

Cuando llegó a la calle Greystone, pasó junto a Clary Laine, que probablemente se dirigía a los invernaderos. Clary le hizo señas y gritó:

—¿Qué trabajo?

A lo que Lina respondió:

—¡Mensajera!

Y siguió corriendo.

Lina vivía en la plaza Quillium, encima de la tienda de hilos que regentaba su abuela. Cuando llegó a la tienda, irrumpió por la puerta y exclamó:

—¡Abuela! ¡Soy mensajera!

La tienda de la abuela había sido en algún momento un sitio ordenado, donde cada carrete de hilo tenía su cubículo en la pared. Todos los hilos y carretes provenían de ropa vieja, por lo que ahora estaban demasiado gastados para que los usaran. La abuela deshacía jerséis y deshilachaba vestidos, chaquetas y pantalones; acto seguido hacía bolas con la lana y carretes con los hilos, que la gente compraba para confeccionar nuevas piezas de ropa.

En aquel entonces, la tienda era un caos. De los cubículos salían grandes lazos y hebras de hilos, y se mezclaban marrones, grises y púrpura con tonos en ocre, verde aceituna y azul oscuro. A menudo, los clientes de la abuela tenían que pasar media hora desenredando el hilo de color rojo herrumbre del hilo color marrón barro, o intentando encontrar la punta de un hilo en una maraña. La abuela no era de mucha ayuda. La mayor parte del tiempo lo pasaba tras el mostrador, en su mecedora.

Ahí estaba precisamente cuando irrumpió Lina con sus novedades. Lina se percató de que esa mañana la abuela se había olvidado de recogerse el pelo, por lo que tenía una mata blanca encrespada que saltaba en todas las direcciones.

La abuela se levantó con expresión desconcertada y dijo:

—Tú no eres mensajera, querida. Tú eres una estudiante.

—Pero, abuela, hoy era el Día del Nombriamiento. Tengo trabajo. ¡Soy mensajera!

Los ojos de la abuela se iluminaron, y dio una palmada sobre el mostrador.

—¡Ya me acuerdo! —exclamó—. ¡Mensajera! ¡Un excelente trabajo! Serás una buena mensajera.

La hermana pequeña de Lina apareció tambaleándose por detrás del mostrador, dando sus primeros pasos. Tenía una cara redonda y unos redondos ojos castaños. En la parte superior de la cabeza le sobresalía un mechón de cabello castaño, atado con un retazo de hilo rojo. Se agarró a las rodillas de Lina y dijo:

—¡Güina! ¡Güina!

Lina se agachó y tomó las manos de la niña.

—¡Poppy! ¡Tu hermana mayor ha conseguido un buen trabajo! ¿Estás contenta, Poppy? ¿Estás orgullosa de mí?

Poppy dijo algo que sonó a «¡Tenta-tenta-tenta!». Lina rió, la levantó y bailó con ella por toda la tienda.

Lina quería tanto a su hermana pequeña que a veces sentía un dolor bajo las costillas. Ahora, la niña y la abuela eran toda su familia. Dos años atrás, cuando la enfermedad de la tos asoló otra vez la ciudad, su padre había muerto. Unos meses después, también murió su madre, al dar a luz a Poppy. Lina echaba tanto de menos a sus padres que sentía el mismo dolor bajo las costillas, con la diferencia de que en vez de ser un sentimiento de plenitud, era un dolor hueco.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó la abuela.

—Mañana —respondió Lina—. Tengo que presentarme en la oficina de mensajeros a las ocho en punto.

—Serás una mensajera famosa —dijo la abuela—. Rápida y famosa.

Lina se llevó a Poppy de la tienda y subió la escalera hasta el apartamento. Era un lugar pequeño, de cuatro habitaciones, pero con suficientes cosas como para llenar veinte. Tenían objetos que habían pertenecido a los padres de Lina, a sus abuelos e incluso a sus tatarabuelos. Eran cosas rotas, viejas y astilladas que se habían remendado y reparado docenas y hasta centenares de veces. La gente de Las Ascuas rara vez tiraba nada. Solían buscarle un uso a todo lo que tenían.

En el apartamento de Lina, el suelo estaba cubierto de alfombras y mantas gastadas, por lo que caminar se convertía en una tarea agradable pero inestable. Apoyado contra una pared había un sofá hundido que tenía por patas unas bolas de madera. Sobre él se desparramaba un montón de mantas y almohadas; tantas, que había que dejar algunas en el suelo si lo que se quería era sentarse. En la pared opuesta había dos mesas que se tambaleaban, con un caos de platos, botellas, tazas y cuencos, tenedores y cucharas de varios juegos, pequeños montones de pedazos de papel, trozos de hilo enmarañados y algunos lápices pequeños y gruesos. Había cuatro lámparas: dos eran altas y estaban en el suelo, y las dos más pequeñas descansaban sobre las mesas. En hileras desiguales cercanas al techo se podían encontrar ganchos de los que colgaban abrigos, chales, jerséis y camisones; estanterías llenas de cacharros, tarros con etiquetas ilegibles y cajas con botones, alfileres y tachuelas.

Las zonas de las paredes libres de estantes habían sido decoradas con cosas bonitas: una etiqueta de una lata de melocotones, algunas flores amarillas de calabaza

secas, una tira de tela lila gastada pero agradable. También había dibujos, que eran obra de la imaginación de Lina. Mostraban una ciudad parecida a Las Ascuas, pero con edificios más altos, iluminados y con más ventanas.

Uno de los dibujos había caído al suelo. Lina lo recogió y lo volvió a colgar. Permaneció de pie un minuto, contemplándolos todos. Había dibujado la misma ciudad una y otra vez. A veces la dibujaba como si la estuviera viendo desde lejos, mientras que otras veces había elegido uno de los edificios y lo había representado detalladamente. Dibujaba escaleras, farolas y carros. A veces intentaba dibujar a la gente que vivía en la ciudad, aunque no le salían bien las personas: eran demasiado difíciles de dibujar; siempre les quedaba la cabeza demasiado pequeña, y las manos parecían arañas. Uno de los dibujos representaba una escena en la que la gente de la ciudad la recibía cuando llegaba, porque era la primera persona que venía de otro lugar. Todos discutían para ver quién sería el primero que la invitaría a su casa.

Lina podía ver la ciudad con tanta claridad en su mente, que casi creía que era real; aunque sabía que eso no era posible. *El libro de la ciudad de Las Ascuas*, que todo alumno estudiaba en la escuela, explicaba que no podía ser. «Hace muchos años que los Constructores construyeron la ciudad de Las Ascuas para nosotros —decía el libro—. Es la única luz en un mundo oscuro. Más allá de Las Ascuas, la oscuridad continúa indefinidamente en todas direcciones.»

Lina había estado en la frontera exterior de Las Ascuas. Había permanecido parada en el límite, junto a los montones de basura, mirando fijamente hacia la oscuridad, más allá de la ciudad, hacia las Regiones Desconocidas. Nadie se había aventurado mucho en las Regiones Desconocidas, o al menos nadie que se hubiera adentrado mucho había regresado. Y tampoco nadie había llegado a Las Ascuas desde las Regiones Desconocidas. Por lo que se sabía, la oscuridad era infinita. Aun así, Lina quería que la otra ciudad existiera. En su imaginación, era tan hermosa y parecía tan real... A veces quería llegar a ella y llevarse a todos los ciudadanos de Las Ascuas consigo.

Pero ahora no pensaba en la otra ciudad. Hoy estaba contenta de estar donde estaba. Sentó a Poppy en el sofá.

—Quédate aquí —le dijo.

Fue hacia la cocina, donde había un hornillo eléctrico y una nevera estropeada en la que guardaban vasos y platos para que Poppy no pudiera acceder a ellos. Sobre la nevera había más estantes llenos de cacharros, cucharas, cuchillos, latas y un reloj al que la abuela siempre se olvidaba de dar cuerda. Lina intentaba mantener las latas en orden alfabético para poder encontrar lo que buscaba rápidamente, pero la abuela siempre las acababa mezclando. Lina se percató de que las alubias estaban al final y los tomates al principio. Cogió una lata cuya etiqueta rezaba BEBIDA PARA BEBÉS y un frasco de zanahorias hervidas. Tras abrirlos, puso el líquido en un tazón y las zanahorias en un platito, y se los llevó al sofá.

A Poppy le chorreó la bebida para bebés por la barbilla. Comió algunas de las

zanahorias y escondió las otras entre los cojines del sofá. Por el momento, Lina se sintió absolutamente feliz. No había por qué pensar en el futuro de la ciudad. ¡Mañana sería mensajera! Le quitó a Poppy los pegotes de zanahoria de la barbilla.

—No te preocupes —dijo—. Todo va a salir bien.

* * *

La oficina central de mensajería estaba situada en la calle Cloving, no muy alejada de la parte trasera del Salón de Reuniones. Al día siguiente, cuando Lina llegó, fue recibida por la capitana mensajera Allis Fleery, una mujer huesuda con ojos pálidos y el pelo del color de la tierra.

—Nuestra chica nueva —dijo la capitana Fleery al resto de los mensajeros, un grupo de nueve personas que sonreían y saludaban a Lina con la cabeza—. Tengo tu chaqueta aquí mismo —volvió a decir la capitana.

Le dio a Lina una chaqueta roja como la que usaban todos los mensajeros. Le iba algo grande.

Un tañido profundo surgió desde la torre del reloj del Salón de Reuniones.

—¡Las ocho en punto! —gritó la capitana Fleery. Alargó un brazo e hizo señas.

—¡Id a vuestros puestos!

Mientras la campana del reloj sonaba siete veces más, los mensajeros se dispersaron en todas direcciones. La capitana se volvió hacia Lina y le dijo:

—Tu puesto es la plaza Garn.

Lina asintió y se dispuso a marchar, pero la capitana la tomó del cuello.

—No te he explicado las reglas —dijo. Alzó un dedo huesudo—. Número uno: cuando un cliente te da un mensaje, debes repetirlo, para asegurarte de que lo has entendido bien. Número dos: lleva siempre la chaqueta roja, para que la gente pueda reconocerte. Número tres: circula lo más rápido que te sea posible. Los clientes te pagan veinte centavos por mensaje, sin importar lo lejos que esté el destinatario.

Lina asintió.

—Siempre soy rápida —dijo.

—Número cuatro —continuó la capitana—: el mensaje siempre se da a la persona a quien está destinado, y a nadie más.

Lina volvió a asentir. Se balanceó un poco sobre la punta de los pies, impaciente por empezar.

La capitana Fleery sonrió.

—Ve —le dijo, y Lina salió.

Se sentía fuerte, veloz y segura. Mientras corría, echó un vistazo a su reflejo en el escaparate de una tienda de reparación de muebles. Le gustó ver la imagen de su largo pelo oscuro flotando tras de sí, sus largas piernas enfundadas en los calcetines negros y la chaqueta roja, agitándose. Su rostro, que nunca había sido nada especial, resultaba casi hermoso, porque era feliz.

En cuanto llegó a la plaza Garn, una voz gritó:

—¡Mensajera!

¡Su primer cliente! Era el viejo Natty Prine, llamándola desde el banco en el que siempre se sentaba.

—Es para Ravenet Parsons, en la plaza Selverton, número 18 —dijo—. Agáchate. Ella se agachó para acercar la oreja a aquella boca bigotuda.

El viejo dijo, con voz lenta y ronca:

—«Mi horno está roto, no vengas a cenar.» Repite.

Lina repitió el mensaje.

—Bien —dijo Natty Prine.

Le dio a Lina veinte centavos, y ella atravesó la ciudad corriendo hasta la plaza Selverton. Allí encontró a Ravenet Parsons, sentado también en un banco, y le recitó el mensaje.

—Viejo cabeza de chorlito —gruñó—. Viejo holgazán cara de pulga. Lo que pasa es que no le apetece cocinar. No hay respuesta.

Lina corrió de vuelta a la plaza Garn y por el camino dejó atrás a un grupo de creyentes que, situados en círculo, se daban las manos y cantaban una de sus alegres canciones. A Lina le parecía que en la actualidad había más creyentes que nunca. No sabía en qué creían exactamente, pero parecía hacerlos felices, porque siempre sonreían.

Su siguiente cliente resultó ser la señora Polster, la profesora de cuarto curso. En la clase de la señora Polster cada semana se memorizaban pasajes de *El libro de la ciudad de Las Ascuas*. La señora Polster tenía tablas en las paredes, con los nombres de todos los alumnos. Cuando alguien hacía algo bien, marcaba un punto verde al lado del nombre de la persona en cuestión. Si hacía algo mal, anotaba un punto rojo.

—Lo que debéis aprender, niños —decía siempre, con su voz resonante y precisa—, es la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, en cada una de las áreas de la vida. Y cuando aprendáis la diferencia...

En ese momento, hacía una pausa y señalaba a la clase, y los alumnos acababan la frase:

—Debéis elegir lo que está bien.

La señora Polster siempre sabía cuál era la opción correcta.

Y aquí estaba de nuevo la señora Polster, alzándose frente a Lina y pronunciando su mensaje:

—A Annisette Lafrond, calle Humm número 39, lo siguiente: «Mi confianza en ti ha disminuido seriamente desde que me enteré de las actividades vergonzosas a las que te entregaste el jueves pasado». Por favor, repite.

Lina tuvo que repetir tres veces el mensaje antes de formularlo correctamente.

—Oh, póngame un punto rojo —bromeó.

A la señora Polster no pareció hacerle mucha gracia.

Esa mañana, Lina tuvo diecinueve clientes. Algunos de ellos con mensajes

corrientes: «No puedo ir el jueves»; «Compra medio kilo de patatas de camino a casa»; «Por favor, venga a arreglarme la puerta de la entrada». Otros no tenían ningún sentido en absoluto, como el de la señora Polster. Pero no importaba. Lo mejor de ser mensajera no eran los mensajes en sí, sino los lugares que visitaba. Podía entrar en las casas de gente que no conocía de nada, y explorar callejones escondidos y las partes traseras de los almacenes de las tiendas. En unas pocas horas había descubierto un montón de cosas interesantes y extrañas.

Por ejemplo: la señora Sample, la remendona, tenía que dormir en el sofá porque su habitación estaba llena, casi hasta el techo, de pilas de ropa que debía remendar. La doctora Felinia Tower tenía el esqueleto de una persona colgado en la pared de la sala de estar, con los huesos atados con cuerdas negras.

—Lo estudio —dijo, cuando vio que Lina lo miraba fijamente—. Tengo que saber cómo están montados los seres humanos.

Lina entregó un mensaje en una casa de la calle Calloo a un hombre con cara de preocupación, cuya sala de estar permanecía completamente a oscuras.

—Me ahorro las bombillas —dijo el hombre.

Y cuando Lina llevó un mensaje al Can Café, se enteró de que algunos días la parte de atrás se usaba como lugar de encuentro de gente a la que le gustaba charlar sobre grandes temas.

—¿Crees que hay una presencia invisible que nos mira siempre? —oyó preguntar a alguien.

—A lo mejor —respondió otra persona. Hubo un largo silencio—. O a lo mejor no.

Todo resultaba interesante. Le encantaba enterarse de cosas, y le encantaba correr. Ni siquiera al final de la jornada estaba cansada. Correr la hacía sentir fuerte y generosa, y le hacía amar los lugares por los que corría y a la gente a la que entregaba los mensajes. Le hubiera gustado darles a todos las buenas noticias que tan desesperadamente querían oír.

A última hora de la tarde, se le acercó un hombre joven que se tambaleaba hacia un lado. Era una persona de aspecto extraño, con un cuello muy largo y un bulto en el medio, y unos dientes tan grandes que parecían querer escapar de su boca. El pelo negro encrespado le brotaba de la cabeza en mechones desaliñados.

—Tengo un mensaje para el alcalde, que está en el Salón de Reuniones —le dijo. Hizo una pausa, para que se comprendiera la importancia de este hecho—. Para el alcalde —repitió—. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondió Lina.

—De acuerdo. Escucha atentamente. Dile: «Entrega a las ocho. De Looper». Repítemelo.

—Entrega a las ocho. De Looper —repitió Lina.

Era un mensaje sencillo.

—Muy bien. No requiero respuesta.

Le dio los veinte centavos y ella echó a correr.

El Salón de Reuniones ocupaba toda una sección de la plaza Harken, la plaza mayor de la ciudad. La explanada estaba pavimentada con piedras y contaba con algunos bancos atornillados al suelo y un par de quioscos en los que se exhibían avisos oficiales. Unos amplios escalones llevaban al Salón de Reuniones, cuya puerta principal estaba flanqueada por sólidas columnas. El despacho del alcalde estaba situado en el Salón, junto con las oficinas de los empleados que llevaban la cuenta de los edificios que tenían ventanas rotas, de las farolas con necesidad de ser reparadas y del número total de habitantes de la ciudad. También ahí estaba situado el despacho del cronometrador, que se encargaba del reloj de la ciudad, y las oficinas de los guardias, que tenían como tarea hacer cumplir las leyes de Las Ascuas. De vez en cuando atrapaban a los carteristas o a la gente que se metía en peleas, y los encerraban en la prisión, una pequeña estructura de una planta con un tejado en declive que sobresalía por un lado del edificio.

Lina subió la escalera y atravesó la puerta hasta llegar a la amplia sala. A la izquierda se situaba un mostrador, donde se encontraba un guardia que ostentaba una placa con la leyenda: «BARTON SNODE, GUARDIA AUXILIAR». Se trataba de un hombre fornido, con hombros poderosos, brazos musculosos y cuello ancho, pero cuya cabeza no parecía pertenecer a su cuerpo. Era pequeña, redonda, y estaba coronada por un pelo extremadamente corto. La parte inferior de su mandíbula sobresalía y se movía ligeramente de un lado a otro, como si estuviera mascando algo.

Cuando vio a Lina, la mandíbula dejó de moverse durante un momento y los labios se curvaron hacia arriba, formando una pequeñísima sonrisa.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué la trae por aquí?

—Tengo un mensaje para el alcalde.

—Muy bien, muy bien. —Barton Snode se levantó haciendo un gran esfuerzo—. Pase por aquí.

Condujo a Lina a través del pasillo y abrió una puerta con un letrero que ponía «RECEPCIÓN».

—Espere aquí —dijo—. El alcalde se encuentra en la oficina del sótano, en una reunión privada, pero subirá enseguida.

Lina entró.

—Notificaré al alcalde su presencia —dijo Barton Snode—. Por favor, tome asiento. El alcalde estará aquí enseguida. O dentro de un rato.

Se fue, cerrando la puerta tras de sí. Un segundo después, la puerta volvió a abrirse y reapareció la pequeña cabeza peluda del guardia.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó.

—Tengo que dárselo al alcalde en persona —dijo Lina.

—Claro, claro —dijo el guardia.

La puerta volvió a cerrarse.

«No parece estar muy seguro de nada —pensó Lina—. A lo mejor es nuevo en su trabajo.»

La recepción estaba destartada, pero Lina podía darse cuenta de que había sido una sala imponente. Las paredes eran de color rojo oscuro, con manchas marrones en las zonas en las que la pintura comenzaba a desconcharse. En la pared situada a la derecha había una puerta cerrada. El suelo estaba cubierto con una fea alfombra marrón, sobre la que yacía un sofá grande, tapizado con una tela roja que tenía pinta de picar, y varias sillas más pequeñas. Sobre una mesa pequeña había una tetera y algunas tazas, y en otra mesa, de mayor tamaño, se exponía una copia de *El libro de la ciudad de Las Ascuas*, que permanecía abierto, como esperando que alguien fuera a leerlo. En las paredes colgaban retratos de todos los alcaldes de la ciudad desde el principio de los tiempos, y los rostros miraban solemnemente desde detrás de los cristales.

Lina se sentó en el sofá y esperó. Nadie vino. Se levantó y paseó por la habitación. Se inclinó sobre *El libro de la ciudad de Las Ascuas* y leyó algunas frases:

Los ciudadanos de Las Ascuas pueden carecer de lujos, pero la previsión de los Constructores, que llenaron los almacenes al principio de los tiempos, ha asegurado que éstos siempre tendrán suficientes provisiones. Y suficiente es todo lo que necesita una persona prudente.

Pasó unas páginas y leyó:

El reloj del Salón de Reuniones marca las horas del día y de la noche. No se debe dejar sin cuerda. Sin él, ¿cómo sabríamos cuándo ir a trabajar y cuándo ir al colegio? ¿Cómo sabría el director de las luces cuándo debe encenderlas y cuándo apagarlas? El trabajo del cronometrador es dar cuerda al reloj cada semana y colocar el cartel con la fecha del día en la plaza Harken a diario. El cronometrador debe realizar estas tareas incondicionalmente.

Lina sabía que no todos los cronometradores eran tan incondicionales como deberían. Había oído hablar de uno que unos años atrás había olvidado cambiar el cartel con la fecha, así que es posible que hubiera aparecido MIÉRCOLES, SEMANA 38, AÑO 227 durante varios días seguidos. También hubo cronometradores que se olvidaron de darle cuerda al reloj, por lo que éste se quedó marcando el mediodía o la medianoche durante horas, causando así un día muy largo o una noche muy larga. El resultado era que ya nadie sabía exactamente qué día de la semana era, o cuántos años hacía desde la construcción de la ciudad. Se decía que estaban en el año 241, pero podría tratarse del 245, o el 239 o el 250. Mientras el profundo estruendo del reloj sonara cada hora y las luces se encendieran y apagarán más o menos regularmente, eso no parecía importar demasiado.

Lina dejó el libro y examinó los cuadros de los alcaldes. El séptimo alcalde, Podd Morethwart, era su tatarabuelo (o su tataratatarabuelo; no sabía muy bien cuántos «tataras» hacían falta). «Tenía pinta de estar aburrido», pensó Lina. Tenía las mejillas alargadas y huecas, y las comisuras de los labios torcidas hacia abajo, y poseía una mirada perdida. El cuadro que más le gustaba era el de la cuarta alcaldesa, Jane Larket, que tenía una sonrisa serena y una cabellera negra encrespada.

Seguía sin aparecer nadie. No se oía ningún sonido que proviniera de la sala. Quizá se habían olvidado de ella.

Lina se acercó a la puerta cerrada situada en la pared derecha. La abrió y vio una escalera que ascendía. Quizá podría ver adónde conducía mientras esperaba. Comenzó a subirla. Al final del primer tramo encontró una puerta cerrada. La abrió cuidadosamente y encontró otro pasillo y más puertas cerradas. Cerró la puerta y continuó caminando. Sus pasos resonaban en el suelo de madera, y Lina temió que alguien pudiera oírla y viniera a reñirla. No había duda de que no hubiera debido estar ahí. Pero no vino nadie y ella siguió subiendo, pasando por otra puerta cerrada.

El Salón de Reuniones era el único edificio de tres plantas de Las Ascuas. Lina siempre había querido subir hasta el tejado y echar un vistazo a la ciudad. Quizá desde allí podría ver más allá de los límites, hacia las Regiones Desconocidas. Si la ciudad iluminada de sus dibujos existía realmente, tenía que estar en algún lugar.

Al final de la escalera encontró una puerta con un letrero que indicaba «TEJADO», y la abrió de par en par. El aire frío le rozó la piel. Estaba en el exterior. Frente a ella había una superficie plana de grava, y a unos diez pasos pudo ver la pared alta de la torre del reloj.

Se acercó al borde del tejado. Desde allí podía ver la totalidad de Las Ascuas. Justo debajo de ella se encontraba la plaza Harken, donde la gente se movía en todas direcciones. Todos parecían, desde esa perspectiva, más achatados que altos. Más allá de la plaza Harken, las ventanas iluminadas de los edificios proyectaban líneas que formaban cuadrados, amarillos y azules, en filas interminables y en todas direcciones. Intentó ver más allá, a través de las Regiones Desconocidas, pero no pudo. En los límites de la ciudad, las luces estaban tan lejos que se convertían en una especie de bruma. Más allá, Lina no podía ver otra cosa que la oscuridad.

Oyó un grito proveniente de la plaza.

—¡Mira! —dijo un hilo de voz agudo—. ¡Hay alguien en el tejado!

Vio cómo algunas personas se detenían y miraban hacia arriba.

—¿Quién es? ¿Qué hace ahí arriba? —gritó alguien.

Más gente se acercó a la escalera del Salón de Reuniones, hasta formar una multitud. «¡Me ven!», pensó Lina, y la idea la hizo reír. Saludó a la muchedumbre y realizó algunos pasos del baile del correteo del ciempiés, que había aprendido el Día del Baile en la plaza Cloving. La gente rió y gritó un rato más.

De repente la puerta se abrió de par en par detrás de Lina, y un enorme guardia con una espesa barba negra corrió hacia ella.

—¡Alto! —gritó, pese a que Lina no se movía. La agarró del brazo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía curiosidad —dijo Lina, con su tono de voz más inocente—. Quería ver la ciudad desde el tejado.

Leyó el nombre del guarda en su placa. Decía «REDGE STABMARCK, JEFE DE GUARDIAS».

—La curiosidad trae problemas —dijo Redge Stabmarck. Bajó la vista hacia la multitud—. Has causado un gran escándalo.

La empujó hacia la puerta y la arrastró precipitadamente tres pisos abajo.

Cuando llegaron a la sala de espera, Barton Snode estaba allí, nervioso y con la mandíbula moviéndose de un lado a otro. Junto a él se encontraba el alcalde.

—Se trata de una niña que está causando un alboroto, alcalde Cole —dijo el jefe de guardias.

El alcalde la observó.

—Recuerdo su cara del Día del Nombramiento. ¡Qué vergüenza! ¡Desacreditándose en su nuevo trabajo!

—No quería causar problemas —dijo Lina—. Le estaba buscando para darle un mensaje.

—¿La metemos en la prisión durante un día o dos? —preguntó el jefe de guardias.

El alcalde frunció el ceño. Consideró la situación durante un momento.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó.

Se acercó a Lina, para que ella pudiera susurrarle al oído. Ella se percató de que el alcalde olía ligeramente como los nabos demasiado cocidos.

—Entrega a las ocho —susurró Lina—. De Looper.

El alcalde esbozó una pequeña sonrisa. Se volvió hacia el guardia.

—Son sólo juegos de niños —dijo—. Por esta vez, lo dejaremos pasar. A partir de ahora, compórtese —le dijo a Lina.

—Sí, señor alcalde —dijo Lina.

—Y usted —dijo el alcalde, dirigiéndose al guardia auxiliar, apuntándole con un dedo grueso y tembloroso—, vigile a los visitantes más cuidadosamente.

Barton Snode pestañeó y asintió.

Lina corrió hacia la puerta. Fuera, la multitud seguía en los escalones. Algunas personas la vitorearon cuando apareció. Otras fruncieron el ceño y murmuraron cosas como «travesuras», «tontería» y «fanfarronería». De repente, Lina sintió vergüenza. No había querido ser fanfarrona. Se apresuró a llegar a la calle Otterwill y comenzó a correr.

No vio a Doon, que estaba entre la gente que la observaba. Estaba volviendo de su primer día en las tuberías cuando se había encontrado con el grupo que miraba hacia el tejado del Salón de Reuniones y se reía. Estaba cansado y tenía frío. Las perneras de sus pantalones estaban mojadas, y el barro se le pegaba a los zapatos y le

manchaba las manos. Cuando levantó la mirada y vio la pequeña figura junto a la torre del reloj, se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de Lina. La vio levantando los brazos y brincando de un lado a otro, y durante un segundo se preguntó cómo sería estar ahí arriba, observando toda la ciudad, riendo y saludando. Cuando Lina bajó, le hubiera gustado hablar con ella. Pero sabía que su pinta era asquerosa y que ella le haría preguntas que él no querría responder. Así que se dio la vuelta y caminó deprisa, en dirección a casa.

Capítulo 3

Bajo Las Ascuas

AQUELLA mañana, Doon había llegado a las tuberías lleno de expectativas. Éste era el mundo del trabajo serio, donde por fin tendría la oportunidad de hacer algo útil. Ahora podría aplicar todo lo que había aprendido en la escuela, lo que le había enseñado su padre y lo que había investigado por su cuenta.

Abrió las pesadas puertas de las tuberías y entró. El aire olía fuertemente a humedad y a goma enmohecida, y le resultaba un olor agradable e interesante. Caminó por un pasillo en cuyas paredes colgaban perchas con impermeables amarillos. Al final del pasillo encontró una habitación llena de gente. Algunas personas permanecían sentadas en los bancos, poniéndose unas botas de goma que les llegaban a las rodillas, mientras que otros se introducían penosamente en los impermeables o se abrochaban cinturones de herramientas. Un clamor estridente llenó la habitación. Doon observó todo desde la entrada, deseoso de participar pero sin saber muy bien qué hacer.

Un momento más tarde, un hombre emergió de entre la muchedumbre y le tendió la mano.

—Lister Munk, director de tuberías —dijo—. Tú eres el chico nuevo, ¿verdad? ¿Qué talla de pie calzas? ¿Grande, mediana o pequeña?

—Mediana —respondió Doon.

Lister le buscó un impermeable y un par de botas. Las botas eran tan viejas que la goma verde estaba agrietada por todas partes, como si estuviera cubierta de telarañas. También le dio un arnés de herramientas que contenía llaves inglesas, martillos, bobinas de alambre y cinta, y tubos llenos de una especie de pegote negro.

—Hoy estarás en el túnel 97 —dijo Lister—. Arlin Froll bajará contigo y te enseñará qué es lo que tienes que hacer. —Señaló a una chica bajita, de aspecto delicado, con una trenza de un rubio muy claro que descendía por su espalda—. Puede que no tenga la pinta de ser una experta, pero lo es.

Doon se abrochó el arnés en la cintura y se puso el impermeable. Éste, por alguna razón, olía a pies sudorosos.

—Por aquí —le dijo Arlin, sin saludar ni sonreír.

Zigzagó a través de la multitud de trabajadores hasta llegar a una puerta con un cartel en el que se leía «ESCALERA» y la abrió.

Los escalones de piedra descendían a tal profundidad que Doon no podía ver el final. A cada lado se levantaban paredes de piedra rojiza, que brillaban por la humedad. No había pasamanos. Un alambre recorría el techo, del que colgaban, a intervalos, bombillas sueltas. El agua formaba charcos en los huecos, producto de años de erosión de la piedra por el paso de la gente.

Comenzaron a bajar. Doon se concentró en sus pies, ya que las aparatosas botas

hacían que le fuera muy difícil no tambalearse. Mientras avanzaban hacia las profundidades, comenzó a oír un leve rugido, tan leve que le parecía escucharlo más con el estómago que con los oídos. El ruido aumentó y aumentó. ¿Sería, quizá, un aparato de algún tipo? ¿Sería el generador?

La escalera terminó frente a una puerta que indicaba «TÚNEL PRINCIPAL». Arlin la abrió, y mientras avanzaban, Doon se dio cuenta de que el sonido que había estado oyendo no era el de una máquina. Era el río.

Permaneció quieto, observando. Como la mayoría de la gente, nunca había estado del todo seguro de qué era un río. Sabía que se trataba de agua que, de algún modo, fluía sola. Había imaginado que se trataría de algo parecido a la pequeña corriente clara que salía del grifo de la cocina, sólo que más, grande y horizontal, en vez de vertical. Pero esto era enteramente distinto: no se trataba de una corriente de agua, sino de infinitas toneladas pasando ante él. El río, tan ancho como la calle más ancha de Las Ascuas, se arremolinaba, descendiendo y agitándose, y su superficie turbulenta se asemejaba a un cristal líquido negro, salpicado de motas de luz. Doon nunca había visto nada que se moviera tan rápido, y jamás había oído nada parecido a ese ruido atronador, que casi hacía que se le parara el corazón.

Estaban situados en un camino de dos metros de ancho, paralelo al río y que avanzaba en ambas direcciones, en un tramo del que Doon no podía ver el final. En la pared que seguía el camino había unas aberturas. «Deben de llevar a los túneles que se ramifican bajo la ciudad», pensó Doon. En el techo arqueado había una serie de bombillas similares a las del pasillo.

Doon sabía que estaba situado bajo la zona norte de Las Ascuas. En el colegio les enseñaban a recordar las direcciones de la siguiente manera: el norte era la dirección del río; el sur era la dirección de los invernaderos; el este era la dirección de la escuela, y el oeste la dirección que quedaba, porque hacia allí no había nada de interés. Todos los túneles de las tuberías eran ramificaciones del túnel principal, que se dirigía en dirección sur, hacia la ciudad.

Arlin se acercó a Doon y le gritó al oído:

—Primero iremos al inicio del río.

Lo llevó por el túnel principal durante un largo rato. Pasaron a otras personas vestidas con impermeable amarillo, que saludaron a Arlin con un gesto y observaron a Doon con curiosidad. Tras unos quince minutos, llegaron al límite este de las tuberías. El río brotaba de un abismo profundo, situado en el suelo, y se arremolinaba tan violentamente que el agua oscura se tornaba blanca y llenaba el aire con un rocío que mojaba la cara de Doon.

En la pared situada a su derecha había una ancha puerta doble.

—¿Ves esa puerta? —gritó Arlin, mientras señalaba.

—Sí —respondió Doon con otro grito.

—Ésa es la sala del generador.

—¿Podemos entrar?

—¡Claro que no! —dijo Arlin—. Necesitas un permiso especial. —Señaló el túnel principal—. Ahora iremos al final del río —dijo.

Lo condujo de vuelta, pasando la puerta de la escalera, hasta el extremo oeste de las tuberías. Allí el río iba a parar a una abertura enorme en la pared y se desvanecía en la oscuridad.

—¿Adónde va? —preguntó Doon.

Arlin se encogió de hombros.

—De vuelta al suelo, supongo. Ahora vayamos al túnel 97 y pongámonos a trabajar. —Sacó un papel doblado de su bolsillo—. Éste es el mapa —dijo—. También tienes uno en tu bolsillo. Tienes que usar el mapa para poder situarte.

A Doon, el mapa le recordaba a un enorme ciempiés: el río se arqueaba al principio de la página como el cuerpo del ciempiés, mientras que los túneles colgaban de él como si se trataran de cientos de patas muy largas que se enredaban entre sí.

Para llegar al túnel 97 siguieron una ruta complicada a través de pasajes en los que se alineaban tuberías cuarteadas y herrumbrosas, que transportaban el agua a los edificios de Las Ascuas. El suelo del túnel estaba plagado de charcos y el agua marrón goteaba por las paredes. El techo, como el del túnel principal, estaba iluminado mediante una serie de bombillas acordonadas que daban una luz tenue. Doon ocupó la mente calculando a cuánta profundidad estaría de la superficie. «Desde el río al techo del túnel principal debe de haber unos nueve metros», pensó. Encima se situaban los almacenes, que debían de medir al menos seis metros de altura. Eso implicaba que estaba a quince metros bajo tierra y que por encima de él había toneladas de roca y edificios. La idea hacía que sus hombros se pusieran rígidos. Alzó la vista rápidamente, como si el peso pudiera desplomarse sobre su cabeza.

—Aquí estamos —dijo Arlin. Estaba junto a una ranura que escupía agua directamente de la pared—. Debemos cerrar la válvula de apertura, sacar la tubería, poner un conector nuevo y volver a empalmar la tubería.

Usando las llaves inglesas, los martillos, las arandelas y el pegote negro, lograron llevar a cabo la tarea, pero acabaron empapados y les llevó toda la mañana. Doon comprobó que el estado de la ciudad era peor de lo que había sospechado. No sólo las luces se averiaban y los suministros estaban a punto de acabarse, sino que el sistema de agua corriente se estaba viniendo abajo. La ciudad entera se desmoronaba y ¿qué hacía la gente al respecto?

Pero Doon se puso manos a la obra en cuanto Arlin desapareció. Usando el mapa, encontró el camino de vuelta al túnel principal y se dirigió rápidamente al límite este. No iba a esperar a que le dieran un permiso especial para ver el generador. Estaba bastante seguro de que podría encontrar una manera de entrar por su cuenta, y así fue. Simplemente permaneció junto a la puerta esperando a que alguien saliera. Muy pronto la puerta se abrió y apareció una mujer robusta que llevaba una bolsa de comida y que se alejó caminando, sin percatarse de su presencia. Antes de que la

puerta se volviera a cerrar, Doon se deslizó en el interior.

Le recibió un estruendo tan espantoso, que tuvo que retroceder unos pasos. El ruido era como un gruñido ensordecedor, chirriante y muy agudo, que se mezclaba con un sonido ronco y un profundo resoplido, muy hondo. Doon se llevó las manos a las orejas y se adelantó un poco. Frente a él se encontraba una gigantesca máquina negra, de dos pisos de altura. Vibraba con tal intensidad, que parecía que fuera a explotar en cualquier momento. A su alrededor, se ajetreaban varias personas con orejeras protectoras. Nadie le vio entrar.

Doon dio un toquecito en el hombro a una de ellas, que se dio la vuelta sobresaltada. Vio que se trataba de un hombre mayor, con una cara morena marcada por las arrugas.

—¡Quiero aprender cosas del generador! —gritó Doon, pese a que más le hubiera valido ahorrarse el esfuerzo.

Nadie le podía oír con aquel tumulto. El viejo lo miró, le hizo un gesto con la mano para que se fuera y volvió al trabajo.

Doon permaneció de pie, observando durante un rato. Junto a la enorme máquina había escaleras, con ruedas en la base. Los trabajadores las empujaban de un lado al otro y se subían a ellas para poder alcanzar las partes altas. Esparcidas por el suelo había latas y herramientas grasientas. Apoyados en las paredes había grandes cubos llenos de tornillos, tuercas, engranajes, palancas y tubos, apilados y ennegrecidos por el uso. Los trabajadores correteaban de los cubos al generador, o simplemente se quedaban parados, mirando temblar el aparato.

Tras unos minutos, Doon se marchó, horrorizado. Durante toda su vida se había dedicado a estudiar el funcionamiento de las cosas. Era una de sus ocupaciones favoritas. Podía desarmar un viejo reloj y recomponerlo hasta que quedara exactamente de la misma manera. Comprendía el funcionamiento de los grifos del lavabo. Había arreglado el váter muchas veces. Había construido un carro con ruedas a partir de una vieja butaca. Incluso tenía una ligera idea de cómo funcionaba la nevera. Se enorgullecía de su talento con la mecánica. Solamente había una cosa de la que no entendía nada: la electricidad. ¿Qué era esa energía que corría por los cables y llegaba a las bombillas? ¿De dónde venía? Había pensado que si pudiera echarle un vistazo al generador, tendría la pista que necesitaba. Desde allí, podría empezar a trabajar en una solución que mantendría vivas las luces de Las Ascuas.

Pero haber visto el generador le mostró lo iluso que era. Había esperado ver en funcionamiento algo que él entendiera: una rueda girando, una chispa que se encendía, algún cable que fuera de un sitio a otro. Pero ese monstruo estruendoso... Se preguntó si habría alguien que entendiera cómo funcionaba. Daba la impresión de que todo lo que hacían era intentar que no estallara.

Y resultó que tenía razón. Al terminar el día, cuando Doon estaba arriba, quitándose las botas y el impermeable, vio al viejo de la sala del generador y fue a hablar con él.

—¿Me puede explicar cosas del generador? ¿Cómo funciona? —le preguntó.

El viejo simplemente suspiró.

—Todo lo que sé es que el río lo hace funcionar.

—Pero ¿cómo?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Nuestro trabajo consiste en impedir que se averíe. Si una pieza se rompe, tenemos que reemplazarla por una nueva. Si una pieza se congela, la lubricamos.

Se pasó una mano por la frente con un gesto de cansancio, dejando una marca de grasa negra.

—Llevo veinte años trabajando en el generador. Siempre ha logrado seguir adelante, pero este año... No sé. Esta cosa parece averiarse a cada rato. —Esbozó una sonrisa irónica—. Aunque he oído que quizá se nos acaben las bombillas antes, así que no importará si el generador funciona o no.

Falta de bombillas, energía, tiempo... el desastre total estaba a la vuelta de la esquina. Eso era en lo que pensaba Doon cuando se detuvo frente al Salón de Reuniones y vio a Lina en el tejado. Se la veía tan libre y feliz allí arriba... Él no sabía qué hacía en el tejado, pero no le sorprendió. Era el tipo de cosas que hacía Lina, aparecer en los lugares más insospechados, y ahora que era mensajera, podía ir a todas partes. Pero ¿cómo podía estar de tan buen humor si todo se caía a pedazos?

Se dirigió a casa. Doon vivía con su padre en un apartamento de dos habitaciones situado encima de su tienda, en la plaza Greengate. La tienda, Artículos Pequeños, vendía todo tipo de cosas: clavos, alfileres, clips, resortes, tapas, picaportes, pedazos de alambre, fragmentos de vidrio, trozos de madera y otras cosas pequeñas que pudieran resultar de utilidad. La tienda de Artículos Pequeños parecía haber invadido el apartamento. En la sala, donde otra gente habría colocado una bonita tetera, unas calabazas o unos tomates en las repisas, había cubos, cajas y cestas llenos de artículos para la tienda que el padre de Doon había recogido pero aún no había organizado para la venta. A menudo, las cosas se caían y desparramaban por el suelo. Era fácil tropezar en el apartamento, y no resultaba una buena idea caminar descalzo.

Ese día Doon no se detuvo en la tienda para ver a su padre antes de subir la escalera. No estaba de humor para charlar. Apartó del sofá dos cubos llenos de cosas —tenían pinta de contener, en su mayoría, tacones para zapatos— y se dejó caer en los almohadones. Había sido un estúpido al pensar que entendería el funcionamiento del generador con sólo echarle un vistazo, cuando había gente que llevaba trabajando en él toda su vida. Debía admitir que lo cierto era que siempre se creía más inteligente que los demás. Había estado seguro de que podría aprender sobre electricidad y ayudar así a salvar la ciudad. Quería ser él quien lo hiciera. Había imaginado muchas veces una ceremonia en la plaza Harken, organizada para agradecerle haber salvado a Las Ascuas, con toda la población de la ciudad al completo y su padre, radiante, en primera fila. A lo largo de toda su vida, su padre le

había dicho:

—Eres un buen chico, y eres listo. Algún día harás grandes cosas. Sé que las harás.

Pero hasta la fecha, Doon no había hecho demasiadas cosas grandiosas. Suspiraba por hacer algo realmente importante, como encontrar el secreto de la electricidad y ser recompensado por su descubrimiento ante la atenta mirada de su padre. El tipo de recompensa no importaba: bastaría con un pequeño certificado, o quizá una insignia que coser a su chaqueta.

Ahora estaba atrapado en la suciedad de las tuberías, remendando pedazos de éstas que perdían y se volvían a romper en cuestión de días. Era incluso más inútil y aburrido que ser mensajero. La idea le enfureció. Se incorporó, agarró un tacón de zapato de uno de los cubos que tenía a los pies y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia la puerta justo cuando ésta se abría. Doon oyó un golpe sordo y, al mismo tiempo, un fuerte «¡Ay!». Entonces vio aparecer por la puerta el rostro alargado y cansado de su padre.

La rabia de Doon se desvaneció.

—Padre, te he dado. Lo siento.

El padre de Doon se frotó la cabeza. Era un hombre alto, calvo como una patata pelada, con una frente amplia y una barbilla alargada. Sus ojos grises tenían una expresión amable, aunque un tanto desconcertada.

—Me has dado en la oreja —dijo—. ¿Qué ha sido eso?

—Me he enfadado durante un segundo —dijo Doon—. He tirado uno de esos viejos tacones.

—Ya lo veo —dijo su padre. Apartó unos tapones de botella que había sobre una silla y se sentó—. Hijo, ¿tiene esto algo que ver con tu primer día de trabajo?

—Sí —contestó Doon.

Su padre asintió.

—¿Por qué no me lo cuentas? —le dijo.

Doon se lo explicó. Cuando hubo terminado, su padre se pasó la mano por la calva, como si pretendiera alisar los cabellos que no tenía. Suspiró.

—Bueno —dijo—, suena mal, debo admitirlo. Especialmente lo del generador: eso sí que son malas noticias. Pero lo de las tuberías, bueno, es la tarea que te ha sido asignada y no hay nada que hacer. Lo que toca es lo que toca. Lo que hagas con lo que te toca, en cambio... es quizá la cuestión verdaderamente importante, ¿no crees?

Miró a Doon y sonrió, con algo de tristeza.

—Supongo —dijo Doon—. Pero ¿qué puedo hacer?

—No sé —dijo su padre—. Pero ya se te ocurrirá algo. Eres un chico listo. Lo principal es prestar atención. Fíjate en todo, incluso en aquello en lo que los demás no se fijan. Así sabrás lo que nadie más sabe, y eso siempre es de utilidad.

Se quitó el abrigo y lo colgó de un gancho en la pared.

—¿Cómo está el gusano? —preguntó.

—Todavía no he ido a verlo —respondió Doon.

Fue a su habitación y regresó con una pequeña caja de madera cubierta con una vieja bufanda. Puso la caja sobre la mesa, retiró la bufanda y él y su padre se acercaron para mirar en el interior.

En el fondo de la caja había un par de hojas de col mustias. Sobre una de ellas se encontraba un gusano de unos tres centímetros de largo. Unos días antes de que acabaran las clases, Doon había encontrado el gusano en el interior de una col que estaba cortando para la cena. Era de un color verde pálido, de tacto aterciopelado, muy suave, con diminutas patas regordetas.

A Doon siempre le habían fascinado los bichos. Había anotado sus observaciones sobre ellos en un libro que había titulado *Cosas que reptan y vuelan*. Cada una de las páginas estaba dividida en dos columnas. En la de la izquierda hacía los dibujos, con un lápiz tan afilado que la punta parecía una aguja. Dibujaba las alas de las polillas, con las ramificaciones de las venas; las patas de las arañas, que tenían pelos diminutos y pequeños piecitos a modo de garras; escarabajos, con sus antenas y armaduras relucientes. En la columna de la derecha escribía todo lo que observaba de cada criatura. Anotaba lo que comía, dónde dormía, dónde ponía los huevos y, si lo sabía, cuánto tiempo vivía.

Esto resultaba difícil con los animales que se movían muy rápidamente, como las arañas y las polillas. Para aprender sobre ellos, debía aprovechar cada momento del que disponía, ya que vivían en el exterior. Si los encerraba en una caja, se arrastraban durante unos días y luego morían.

Sin embargo, este gusano era distinto. Parecía totalmente feliz viviendo en la caja que Doon le había hecho. Hasta el momento, sólo había hecho tres cosas: comer, dormir (parecía dormir, aunque Doon no sabía realmente si el gusano cerraba los ojos... ni siquiera sabía si tenía ojos) y expulsar diminutas bolas de caca negra. Eso era todo.

—Hace cinco días que lo tengo —dijo Doon—. Ya es el doble de grande que cuando lo encontré. Se ha comido cinco centímetros cuadrados de hoja de col.

—¿Anotas todo eso?

Doon asintió.

—Quizá —dijo su padre— encuentres otros bichos interesantes en las tuberías.

—Quizá —respondió Doon.

Pero se dijo a sí mismo: «No, eso no es suficiente. No me puedo pasar el día vagando por las tuberías, frenando las pérdidas de agua, buscando bichos y pretendiendo que no hay una urgencia real. Tengo que encontrar algo importante que hacer ahí abajo, algo que sirva de ayuda. Tengo que hacerlo. Simplemente tengo que hacerlo».

Capítulo 4

Algo se pierde, nada se encuentra

UN día, cuando ya hacía varias semanas que Lina ejercía de mensajera, al llegar a casa descubrió que la abuela había tirado al suelo todos los cojines del sofá, había desgarrado la funda y estaba sacando pedazos del relleno.

—¿Qué haces? —gritó Lina.

La abuela levantó la vista. Algunas hebras del relleno se le habían quedado pegadas al vestido, y otras le colgaban del cabello.

—Algo se ha perdido —dijo—. Creo que podría estar aquí.

—¿Qué es lo que se ha perdido, abuela?

—No me acuerdo muy bien —dijo la anciana—. Algo importante.

—Pero, abuela, estás destrozando el sofá. ¿Dónde nos vamos a sentar?

La abuela tiró un poco más de la funda y sacó otro pedazo más de relleno.

—No importa —dijo—. Lo volveré a colocar más tarde.

—Hagámoslo ahora —dijo Lina—. No creo que nada se haya perdido ahí dentro.

—Eso tú no lo sabes —dijo la abuela, misteriosamente.

Pero se volvió a sentar; parecía cansada.

Lina empezó a poner orden en el caos.

—¿Dónde está la niña? —preguntó.

La abuela miró a Lina sin comprender.

—¿La niña?

—¿Te has olvidado de la niña?

—Ah, sí. Está... creo que está abajo, en la tienda.

—¿Sola?

Lina se levantó y corrió escaleras abajo. Encontró a Poppy sentada en el suelo de la tienda, enredada en una maraña de hilo amarillo. En cuanto vio a Lina, comenzó a aullar.

Lina la levantó y desenredó el hilo, mientras le hablaba con voz suave, a pesar de que estaba tan nerviosa que le temblaban las manos. Que la abuela se hubiera olvidado de la niña era algo peligroso. Poppy se podría haber caído por la escalera y haberse hecho mucho daño. Podría haber salido a la calle y haberse perdido. Últimamente la abuela se había vuelto muy olvidadiza, pero ésta era la primera vez que se había olvidado completamente de Poppy.

Cuando subieron la escalera, la abuela estaba arrodillada, juntando hebras de relleno y metiéndolas de nuevo en el sofá por el agujero que había hecho.

—No está aquí —dijo, con tristeza.

—¿Qué es lo que no está?

—Se perdió hace mucho tiempo —repuso la abuela—. Mi padre me lo contó.

Lina suspiró con impaciencia. Cada vez con más frecuencia, la mente de su

abuela parecía quedarse atrapada en el pasado. Podía explicar las reglas del juego de las habichuelas, al que había jugado por última vez cuando tenía ocho años, o contar qué había pasado durante el Día de los Cantos cuando tenía doce años, o con quién había bailado en el baile de la plaza Cloving cuando tenía dieciséis, pero se olvidaba por completo de lo que había hecho anteayer.

—Le oyeron hablar de ello cuando murió —le dijo a Lina.

—¿A quién le oyeron hablar?

—A mi abuelo. El séptimo alcalde.

—¿Y qué le oyeron decir?

—Ah —respondió su abuela, con la mirada perdida—. Ése es el misterio. Dijo que no podía encontrarlo. «Ahora se ha perdido», dijo.

—Pero ¿a qué se refería?

—No lo sé.

Lina se dio por vencida. De todas maneras, no importaba. Probablemente, el pobre señor habría perdido un cepillo o el calcetín izquierdo. Pero por alguna razón, la historia había echado raíces en la mente de la abuela.

A la mañana siguiente, de camino al trabajo, Lina se detuvo en la casa de su vecina, Eveleen Murdo. La señora Murdo era enérgica, de complexión delgada y recta como un clavo, pero, a su adusta manera, era muy buena. Hasta hacía unos años, había regentado una tienda que vendía papel y lápices; pero cuando el papel y los lápices comenzaron a escasear, su tienda cerró. Ahora pasaba los días sentada junto a la ventana superior de su casa, mirando a la gente con sus ojos penetrantes. Lina le habló a la señora Murdo de los olvidos de su abuela.

—¿Podría ir a verla de vez en cuando y comprobar que todo está bien? —le preguntó.

—Claro que sí, por supuesto —dijo la señora Murdo, asintiendo dos veces, con firmeza.

Lina se fue, sintiéndose mejor.

* * *

Ese día, Lina recibió un mensaje de parte de Arbin Swinn, el director del mercado de verduras de la calle Callay, para la amiga de Lina, Clary, la directora del invernadero. Lina se puso contenta de poder entregar ese mensaje, aunque la alegría estaba mezclada con algo de tristeza, puesto que su padre había trabajado en el invernadero. Le resultaba extraño no verle allí.

Los cinco invernaderos producían todos los alimentos frescos de Las Ascuas. Estaban situados más allá de la plaza Greengate, en el extremo este de la ciudad. Además de los invernaderos, allí no había otra cosa que montones de basura y colinas enmohecidas y malolientes ubicadas sobre un terreno rocoso, e iluminadas por algunos focos situados sobre postes.

Por aquel lugar no solía ir nadie que no fueran los recolectores de basura, que la tiraban allí. De vez en cuando iba algún grupo de niños a jugar. Hacían carreras por los lados de los montículos y se tiraban rodando por la pendiente.

Lina y Lizzie solían ir cuando eran pequeñas. De vez en cuando encontraban algún tesoro: una lata vacía, un sombrero viejo o un plato roto. Ahora ya no. Ahora había guardias apostados en los montículos de basura para asegurarse de que nadie husmeaba por allí. Cada día, un grupo de gente inspeccionaba metódicamente los montones de basura en busca de algo que pudiera resultar útil. Regresaban con patas de sillas rotas que podían servir para reparar marcos de ventana, clavos torcidos que podían convertirse en ganchos para la ropa, e incluso trapos asquerosos, llenos de suciedad, que podían limpiarse y usarse para tapar agujeros de cortinas o edredones. Lina nunca había pensado en los filtradores de basura, pero ahora se preguntó si estarían allí porque Las Ascuas se estaba quedando realmente sin nada.

Más allá de las montañas de basura, no había nada. Es decir, sólo las Regiones Desconocidas, donde la oscuridad era absoluta.

Desde el final de la calle Diggery, Lina pudo ver los invernaderos, largos y bajos. Parecían enormes latas, abiertas por la mitad y tendidas de lado. Su respiración se aceleró un poco. De alguna manera, los invernaderos eran su hogar. Sabía que seguramente encontraría a Clary en algún sitio cerca del invernadero 1, donde estaba la oficina, así que se dirigió primero hacia allí. Junto a la puerta había un pequeño cobertizo; Lina miró en su interior, pero sólo vio rastrillos y palas, así que abrió la puerta del invernadero. El aire cálido y con olor a tierra la invadió, y todo el amor que sentía por ese sitio regresó. Por costumbre, miró en dirección al techo, como si pudiera llegar a ver a su padre, subido a la escalera, haciendo pequeños ajustes al sistema de riego, los indicadores de temperatura y las luces.

La luz en el invernadero era más blanca que la luz amarillenta de las farolas de Las Ascuas. Provenía de unos tubos largos que recorrían el techo. En esa luz, las hojas de las plantas eran de un verde tan brillante que a Lina casi le dolían los ojos. En los días en los que había ido con su padre, había pasado horas vagando por los caminos de grava situados junto a los viveros de plantas, oliendo las hojas, metiendo los dedos en la tierra y aprendiendo a diferenciar las plantas por el aspecto y el olor. Estaban las judías y los guisantes, con sus zarcillos ensortijados, las espinacas, de color verde oscuro, las escarolas y las coles, pálidas y duras, algunas tan grandes como cabezas de bebés acabados de nacer. Lo que más le gustaba era frotar las hojas de las tomatas con los dedos y aspirar el olor acre, similar al polvo.

Había un camino recto y largo que llevaba de un extremo a otro del edificio. A mitad del camino estaba Clary, arrodillada junto a un vivero de zanahorias. Lina corrió hacia ella y Clary sonrió, se sacudió la tierra de las manos y se levantó.

Clary era alta y sólida, con manos grandes y nudillos huesudos. Tenía una mandíbula y unos hombros cuadrados, y el pelo castaño cortado de forma recta, muy corto. Por su aspecto podía dar la impresión de ser una persona huraña y antipática,

pero su carácter era justamente el contrario. «Se siente mucho más cómoda con las plantas que con las personas», solía decir el padre de Lina. Era fuerte pero tímida, con muchos conocimientos pero pocas palabras. A Lina siempre le había gustado. Incluso cuando era pequeña, Clary no la había tratado como un bebé, sino que le había dado cosas que hacer, como tirar de las zanahorias o sacar los bichos de las coles. Después de la muerte de los padres de Lina, ésta había ido a ver a Clary muchas veces, para hablar con ella o simplemente para trabajar silenciosamente a su lado. Clary siempre era amable con Lina, y trabajar con las plantas la distraía de su dolor.

—Bueno —dijo Clary, sonriendo a Lina. Se limpió las manos en los pantalones, ya sucios, y volvió a sonreír. Finalmente dijo—: Eres mensajera.

—Sí —respondió Lina—, y tengo un mensaje para ti. Es de Arbin Swinn: «Por favor, añade cuatro cajas más al pedido: dos de patatas y dos de coles».

Clary frunció el ceño.

—No puedo hacer eso —dijo—. Le puedo mandar las coles, pero sólo le puedo enviar una caja pequeña de patatas.

—¿Por qué? —preguntó Lina.

—Parece que tenemos una especie de problema con las patatas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Lina.

Clary tenía la costumbre de responder las preguntas de la manera más breve posible. Había que seguir preguntándole y preguntándole hasta que entendía que realmente uno quería saber qué pasaba y no estaba simplemente siendo educado. Entonces Clary empezaba a explicar, y uno podía ver cuántas cosas sabía en realidad y cuánto le gustaba su trabajo.

—Te lo enseñaré —le dijo. Guió a Lina hasta un vivero en el que las hojas verdes estaban moteadas de negro—. Es una plaga nueva. No la había visto antes. Cuando desentierras las patatas, supuran líquido, están blandas y apestan. Voy a tener que tirar todas las de este vivero. Sólo algunas macetas no están infectadas.

La mayoría de la gente de Las Ascuas consumía patatas con cada comida: hervidas, asadas, cocidas, en puré... También las habían comido fritas, antes de que se terminara el aceite para cocinar.

—Me daría mucha rabia si no pudiéramos comer más patatas —dijo Lina.

—A mí también —coincidió Clary.

Se sentaron en el borde del vivero de las patatas y charlaron durante un rato, sobre la abuela de Lina y la niña, sobre el problema que tenía Clary con las colmenas y sobre el sistema de riego del invernadero.

—No funciona bien desde... —Clary titubeó y miró de soslayo a Lina—. Hace mucho tiempo —dijo.

Lo que en realidad no quería decir era «desde que murió tu padre». Lina lo comprendió.

Se levantó.

—Debería irme. Tengo que llevarle la respuesta a Arbin Swinn.

—Espero que vuelvas —dijo Clary—. Puedes hacerlo siempre que quieras.

Lina le dio las gracias y se dio la vuelta para marcharse. Pero a la salida del invernadero, se oyeron pasos rápidos y unos sollozos altos y extraños. O más bien, lo que oyó fueron unos sollozos seguidos de unos gemidos, más sollozos, un grito y otra vez sollozos, esta vez más altos. Miró hacia el fondo de los invernaderos, donde había montones de basura.

—Clary —llamó—. Hay algo...

Clary salió y lo escuchó.

—¿Lo oyes?

—Sí —dijo Clary. Frunció el ceño—. Me temo que es... alguien que... —Miró detenidamente en dirección a los sollozos—. Sí, aquí viene. —Con una de sus fuertes manos agarró el hombro de Lina durante un instante—. Será mejor que te vayas —dijo—. Yo me encargo de esto.

—Pero ¿de qué se trata?

—No importa. Vete.

Pero Lina quería verlo. Una vez que Clary se hubo marchado, se escondió detrás del cobertizo y desde allí se puso a observar.

El sonido se acercó. Detrás de los montículos de basura apareció una figura. Se trataba de un hombre que corría y tropezaba con los brazos colgando a los lados. Parecía estar a punto de desplomarse, como si apenas se tuviera en pie. De hecho, cuando estuvo más cerca, se cayó. Tropezó con una manguera y cayó al suelo. Pareció como si sus huesos se hubieran desintegrado.

Clary se agachó y le dijo algo al oído, en una voz demasiado débil para que Lina pudiera oírlo.

El hombre resoplaba. Cuando se dio la vuelta y se sentó, Lina pudo ver que tenía la cara llena de rasguños y la mirada completamente desorbitada por el miedo. Sus sollozos se habían convertido en hipo. Lina lo reconoció: se trataba de Sadge Merrall, uno de los empleados del depósito de suministros. Era un hombre callado, de cara alargada, que siempre parecía estar preocupado.

Clary le ayudó a levantarse. Los dos caminaron lentamente hacia el invernadero y, a medida que se acercaban,

Lina pudo oír lo que decía el hombre. Hablaba muy deprisa, con voz débil y temblorosa, y apenas paraba para respirar.

—... estaba seguro de que podía hacerlo. Me dije a mí mismo: «Un paso tras otro, eso es todo, uno tras otro». Sabía que estaría oscuro. ¿Quién no sabe eso? Pero pensé: «La oscuridad no puede hacerme daño. Seguiré caminando».

Se tambaleó y se apoyó en Clary.

—Cuidado —dijo Clary.

Llegaron a la puerta del invernadero; Clary intentó abrirla, pero no podía. Sin pensarlo dos veces, Lina salió desde detrás del cobertizo y la abrió. Clary le echó una

mirada rápida con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Sadge no dejó de hablar:

—... pero cuanto más lejos iba, más oscuro estaba, y no se puede caminar por la oscuridad total, ¿verdad? Es como tener una pared delante de ti. Seguía dándome la vuelta para mirar las luces de la ciudad, porque era todo lo que se podía ver, y me decía a mí mismo: «No mires atrás, sigue avanzando». Pero tropezaba y me caía todo el rato... El suelo es agreste por allí, y me raspé las manos.

Levantó una mano y miró los rasguños rojizos, de los que brotaban gotas de sangre.

Le llevaron al despacho de Clary y le sentaron en una silla. Él siguió divagando.

—«Sé valiente», me dije a mí mismo. Y seguí y seguí, hasta que de repente, pensé: «¡Aquí podría haber cualquier cosa! Podría haber un abismo de mil metros de profundidad delante de mí. Podría haber algo que muerda... he oído las historias... ratas enormes, grandes como cubos de basura...». Tenía que salir de allí. Así que me di la vuelta y corrí.

—No importa. Ahora estás bien. Lina, tráele un poco de agua.

Lina encontró una taza y la llenó en el fregadero del rincón. Sadge la cogió con las manos temblorosas y se la bebió de un trago.

—¿Qué estabas buscando? —preguntó Lina.

Sabía lo que ella buscaría si hubiera salido hacia allí. Lo había pensado infinidad de veces.

Sadge la miró. Parecía no poder entender la pregunta. Finalmente dijo:

—Estaba buscando algo que pudiera ayudarnos.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Una escalera que llevara a algún sitio. O un edificio lleno de... cosas útiles.

—¿Y no encontraste nada? ¿No viste nada? —preguntó Lina con decepción.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Ahí fuera no hay nada! —Su voz se convirtió en un grito y su mirada volvió a ser de desesperación—. O, si hay algo, nunca lo encontraremos. ¡Nunca! Al menos, no sin luz. —Volvió a inspirar, de manera larga y temblorosa. Miró al suelo durante un rato y después se levantó—. Creo que ya estoy bien. Me voy.

Con pasos dubitativos, bajó el camino y salió por la puerta.

—Bueno —dijo Clary—. Siento que esto haya pasado mientras tú estabas aquí. Tenía miedo de que te asustaras, por eso te dije que te fueras.

Pero Lina no estaba llena de temor, sino de preguntas. Había oído historias de gente que había intentado adentrarse en las Regiones Desconocidas. Incluso ella misma se lo había planteado, y se había cuestionado las mismas cosas que Sadge. Se había imaginado aventurándose por la oscuridad hasta encontrar un muro, en el que habría una puerta que la conduciría por un túnel. Al final de ese túnel habría otra ciudad, la ciudad de la luz con la que Lina soñaba. Todo lo que le hacía falta era el

valor para alejarse de Las Ascuas y adentrarse en la oscuridad, y seguir caminando.

Habría sido posible si se pudiera llevar una luz que le mostrara el camino. Pero en Las Ascuas no había luces que se pudieran transportar. Las luces exteriores estaban fijadas a los postes o a los tejados de las casas, mientras que las interiores estaban adosadas al techo o tenían cables que había que enchufar. A lo largo de la historia de Las Ascuas, muchas personas inteligentes habían intentado inventar una luz portátil, pero todas habían fracasado. Un hombre había logrado prender un palo de madera tras mantenerlo pegado al hornillo eléctrico de su cocina. Corrió a través de la ciudad con el palo ardiendo, con la intención de usarlo como iluminación en su viaje. Pero cuando hubo llegado a los montículos de basura, la antorcha se había apagado. Otras personas tomaron nota de esa idea. Una mujer que vivía en la calle Dedlock, muy cerca del límite de la ciudad, llegó a adentrarse en las Regiones Desconocidas con un palo ardiendo. Pero el palo se consumió enseguida, y antes de que llegara muy lejos, la llama le chamuscó las manos y tuvo que tirarlo. Todo aquel que se había aventurado en las Regiones Desconocidas había vuelto al cabo de unas horas, sin obtener ningún resultado.

Lina y Clary se quedaron junto a la puerta abierta del invernadero, mirando cómo Sadge arrastraba los pies en dirección a la ciudad. A medida que se acercaba a los montículos de basura, los dos guardias que habían estado sentados en el suelo se incorporaron. Se acercaron a Sadge y cada uno lo tomó de un brazo.

—Uy —exclamó Clary—. Esos guardias se pasan el día buscando problemas.

—Pero Sadge no ha quebrantado ninguna ley —dijo Lina.

—Eso no importa. Necesitan hacer algo. Se divertirán un rato asustándole. —Uno de los guardias agitaba el dedo frente a Sadge y le decía algo en una voz tan alta que Lina casi podía oírlo—. Pobre hombre —dijo Clary, suspirando—. Ya es el cuarto este año.

Ahora los guardias se llevaban a Sadge, custodiándolo uno a cada lado. Entre ellos, Sadge parecía pequeño, débil y sin fuerzas.

—¿Qué crees que hay en las Regiones Desconocidas, Clary?

Clary miró al suelo, donde la luz del invernadero proyectaba sombras largas y estiradas entre ellas.

—No lo sé. Nada, supongo.

—¿Y crees que las luces de Las Ascuas son las únicas que hay en un mundo oscuro?

Clary suspiró.

—No lo sé —dijo.

Miró a Lina durante largo rato. Lina pensó que sus ojos parecían un poco tristes. Eran de un castaño profundo, casi del mismo color que la tierra de las macetas.

Clary se metió la mano en el bolsillo y sacó algo.

—Mira —le dijo. En la palma de su mano había una judía blanca—. Hay algo en esta semilla que sabe cómo hacer una planta de judías. ¿Cómo lo sabe?

—No lo sé —repuso Lina, mirando la judía blanca y chata.

—Lo sabe porque tiene vida en su interior —dijo Clary—. Pero ¿de dónde viene esa vida? ¿Qué es la vida?

Lina veía que las palabras se estaban acumulando en el interior de Clary. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas.

—Piensa en una lámpara, por ejemplo. Cuando la enchufas, de alguna manera se llena de vida. Se enciende. Eso es porque está conectada a un cable que a su vez está conectado al generador, que produce la electricidad, aunque no me preguntes de qué manera. Pero una judía no está conectada a nada. Y la gente tampoco. No tenemos enchufes ni cables conectados a generadores. Lo que hace que los seres vivos funcionen está en su interior. —Sus cejas oscuras se unieron por encima de los ojos—. Lo que quiero decir —finalizó— es que hay algo que no acabamos de entender. Dicen que los Constructores hicieron la ciudad. Pero ¿quién hizo a los Constructores? ¿Quién nos hizo a nosotros? Creo que la respuesta debe de estar en algún lugar fuera de Las Ascuas.

—¿En las Regiones Desconocidas?

—Puede ser. Quizá no. No lo sé.

Se frotó las manos como diciendo «es hora de volver a trabajar».

—Clary —dijo Lina, con rapidez—. Esto es lo que yo creo. —Su corazón se aceleró. Nunca había hablado de eso—. En mi cabeza, yo veo otra ciudad. —Lina observó, para ver si Clary se reía o sonreía demasiado. Como no lo hizo, continuó—: No es como Las Ascuas; es blanca y reluce. Los edificios son altos y parece que brillan. Todo es luminoso, no solamente en su interior sino también por fuera; incluso el cielo brilla. Sé que está sólo en mi imaginación, pero la siento de manera muy real. Creo que es real.

—Mmm —dijo Clary—. Y ¿dónde estaría esa ciudad?

—Eso es lo que no sé. O no sé cómo llegar a ella. Se me ocurre que puede haber una puerta en algún sitio, quizá en las Regiones Desconocidas: una puerta que sale de Las Ascuas y, tras la puerta, una carretera.

Clary se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Tengo que volver al trabajo. Pero toma esto. —Le dio a Lina la semilla de judía, cogió una maceta de una estantería y metió un poco de tierra dentro. Le dio la maceta a Lina y le dijo—: Mete la judía aquí y échale agua cada día. Parece que no es nada, solamente una pequeña piedra blanca, pero aquí dentro hay vida. Eso debe de ser algún tipo de pista, ¿no crees? Si pudiéramos entender cómo funciona...

Lina cogió la semilla y la maceta.

—Gracias —dijo.

Quería darle un abrazo a Clary, pero no lo hizo, por si la avergonzaba. En vez de eso, le dijo adiós y volvió corriendo a la ciudad.

Capítulo 5

En la calle Night

LA mente de la abuela estaba cada vez más y más confusa. Al llegar a casa por las noches, Lina la encontraba revolviendo los cajones de la cocina, rodeada de latas y tarros abiertos, o tirando de los edredones, intentando levantar los colchones con sus brazos delgaduchos.

—Era una cosa importante —decía—. Lo que se perdió era importante.

—Pero si no sabes lo que era —respondía Lina—, ¿cómo sabrás que lo has encontrado?

La abuela no intentaba responder a esa pregunta. Simplemente agitaba los brazos delante de ella y le decía:

—No importa, no importa. —Y seguía buscando.

Durante esos días, la señora Murdo pasaba más tiempo mirando a través de la ventana de la casa de Lina que en la suya. Le decía a la abuela que solamente venía a hacerle compañía.

—No quiero que me haga compañía —se quejaba la abuela a Lina.

—A lo mejor se siente sola, abuela. Deja que venga —respondía Lina.

A Lina le gustaba que la señora Murdo pasara tiempo en casa: era como si hubiera una madre presente. No se parecía en nada a la madre de Lina, que había sido del tipo soñador, con la cabeza en las nubes. La señora Murdo era maternal, pero de otra manera. Se aseguraba de que tuvieran un buen desayuno por la mañana, que generalmente consistía en patatas con salsa de champiñones y té de remolacha. Alineaba las vitaminas junto al plato y se aseguraba de que se las tomaran. Cuando la señora Murdo estaba en casa, los zapatos se hallaban en su lugar, los líquidos que se habían derramado sobre los muebles se limpiaban y Poppy llevaba siempre ropa limpia. Lina se podía relajar cuando la señora Murdo aparecía, porque sabía que ella se ocuparía de las cosas.

Cada semana, Lina, como todos los trabajadores que tenían entre doce y quince años, disfrutaba del jueves libre. Uno de esos jueves, mientras hacía cola en el mercado de la plaza Garn con la esperanza de conseguir una bolsa de nabos para el estofado de la cena, oyó una conversación sorprendente entre dos personas que tenía detrás.

—Todo lo que yo quería —dijo una voz— era un poco de pintura para la puerta de mi casa. Lleva muchos años sin pintarse. Está gris y la pintura está desconchada, tiene un aspecto horrible. Oí que en una tienda de la calle Night había algo de pintura. Tenía la esperanza de encontrar algo de azul.

—Azul quedaría bonito —dijo la otra voz, con nostalgia.

—Pero cuando llegué —continuó la primera voz—, el hombre me dijo que no tenía pintura, que jamás había tenido. Era un tipo muy desagradable. Todo lo que

tenía eran algunos lápices de colores.

¡Lápices de colores! Hacía años que Lina no veía lápices de colores en una tienda. Había tenido dos rojos, uno azul y uno marrón, que había usado para sus dibujos hasta que habían sido demasiado pequeños hasta para agarrarlos. Ahora sólo le quedaba un lápiz normal, y se estaba haciendo demasiado corto muy rápidamente. Deseaba tener lápices de colores para sus dibujos de la ciudad imaginaria. Tenía la idea de que se trataba de un lugar con muchos colores, aunque no sabía cuáles podrían ser. Había otras cosas en las que podría emplear mejor el dinero, por supuesto. El único abrigo de la abuela estaba muy agujereado y se deshacía por las costuras. «Pero la abuela apenas sale», se dijo Lina. Casi siempre estaba en casa o en la tienda de hilos. Realmente no necesitaba un abrigo, ¿verdad? Además, ¿cuánto podía costar un par de lápices? Seguramente podría comprar un abrigo para la abuela y algunos lápices.

Así que esa tarde salió en dirección a la calle Night y se llevó a Poppy con ella. Poppy había aprendido a ir montada a la espalda de Lina: rodeaba con las piernas su cintura y se sujetaba del cuello de Lina con sus dedos pequeños y fuertes.

En la calle Budloe, la gente se disponía en largas colas con sus fardos de ropa para hacer la colada frente a las lavanderías. Las lavanderas removían la ropa en las lavadoras con grandes palos. En otros tiempos, habían sido las máquinas las que hacían girar la ropa, pero ya no funcionaba ninguna.

Lina giró en la calle Hafter, donde las cuatro farolas seguían sin funcionar y un grupo de albañiles arreglaban parte de un techo que se había derrumbado. Orly Gordon la llamó desde la parte superior de una escalera, y Lina levantó la vista y la saludó. Más adelante pasó junto a una mujer que vendía trozos de cuerda y cordel, y un hombre que arrastraba un carro lleno de zanahorias y remolachas para las verdulerías. En una esquina, un grupo de niños jugaba con una pelota de trapo. Ese día las calles estaban vivas y llenas de gente. Lina se abrió paso entre la multitud con rapidez.

Pero a medida que se adentraba por la calle Otterwill, vio algo que le hizo bajar el ritmo. Un hombre se hallaba en los escalones del Salón de Reuniones, gritando y aullando, y una multitud se había congregado en torno a él. Lina se acercó, y cuando vio de quién se trataba, su estómago se contrajo. Era Sadge Merrall. Agitaba los brazos de manera alocada y tenía los ojos desorbitados. Soltó un torrente de palabras con voz aguda y rápida.

—He estado en las Regiones Desconocidas —gritó—. Allí no hay nada. Nada. Nada. ¿Creéis que allí hay algo que nos pueda salvar? ¡Ja! ¡Sólo hay oscuridad y monstruos, oscuridad y terribles agujeros profundos, una oscuridad que no termina! ¡Las ratas son del tamaño de las casas! ¡Las rocas son tan afiladas como cuchillos! ¡Allí fuera no hay esperanza para nosotros! ¡No hay esperanza! ¡No hay esperanza!

Siguió durante unos minutos y después cayó al suelo. Las personas que le observaban se miraron entre sí y menearon la cabeza.

—Se ha vuelto loco —oyó decir Lina a alguien.

—Sí, totalmente —dijo otra persona.

De repente, Sadge se levantó, como movido por un resorte, y continuó con sus terribles gritos. La gente se echó hacia atrás. Algunas personas se alejaron rápidamente. Otros se acercaron a Sadge, hablando con voz calmada. Lo sostuvieron de los brazos y se lo llevaron, mientras él continuaba gritando, escaleras abajo.

—¿Quién é? ¿Quién é? —dijo Poppy con su vocecita aguda.

Lina se dio la vuelta para no contemplar el horrible espectáculo.

—Calla, Poppy —dijo—. Se trata de un pobre hombre que no se encuentra bien. No debemos quedarnos mirando.

Se dirigió a la calle Night, situada junto a la plaza Greengate. Allí sentado, con las piernas cruzadas, permanecía un hombre greñudo que tocaba una flauta hecha con el tubo de un desagüe. Cinco o seis creyentes le rodeaban, cantando y dando palmadas.

—Pronto, pronto... Llegará pronto... —cantaban.

«¿Qué llegará pronto?», se preguntaba Lina, pero no se paró a preguntarles a ellos. Dos manzanas más adelante, llegó a una tienda que no tenía ningún cartel en la entrada. «Debe de ser ésta», pensó. Al principio le pareció que estaba cerrada. El escaparate estaba oscuro. Pero la puerta se abrió cuando Lina la empujó, y sonó una campana que ésta tenía atada. Un chico de pelo negro, dientes grandes y cuello largo surgió desde la trastienda.

—¿Sí? —dijo.

Lina lo reconoció. Era el hombre joven que le había dado el mensaje para el alcalde en su primer día de trabajo. Su nombre era Hooper... No, era Looper, eso es.

—¿Venden lápices? —preguntó dubitativa.

Las estanterías de la tienda estaban vacías, si se exceptuaba una pila de papel usado.

Poppy se retorció en la espalda de Lina y lloriqueó un poco.

—A veces —dijo Looper.

Los lloriqueos de Poppy se convirtieron en aullidos.

—De acuerdo, baja —le dijo Lina.

La depositó en el suelo, donde Poppy trastabilló y avanzó con dificultad.

—Me gustaría ver los lápices de colores —continuó Lina—. Si es que los tiene.

—Tenemos algunos —dijo Looper—. Son un poco caros.

Sonrió, mostrando sus dientes agresivos.

—¿Podría verlos? —preguntó Lina.

Looper volvió a la trastienda y regresó un instante más tarde con una caja pequeña, que puso sobre el mostrador. Le quitó la tapa y Lina se adelantó para mirar.

En el interior de la caja había al menos una docena de lápices de colores: rojo, verde, azul, amarillo, lila, naranja. Nunca les habían sacado punta, por lo que los extremos eran planos. Tenían gomas de borrar. El corazón de Lina se aceleró.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó.

—Probablemente demasiado para ti —dijo el muchacho.

—Probablemente no —respondió Lina—. Tengo trabajo.

—Bien, bien —dijo él, sonriendo otra vez—. No hay necesidad de ofenderse. — Levantó el lápiz amarillo y lo hizo girar entre sus dedos—. Cinco dólares el lápiz.

¡Cinco dólares! Por siete se podía comprar un abrigo. Un abrigo viejo y remendado, pero que abrigara, al fin y al cabo.

—Es demasiado —dijo Lina.

Él se encogió de hombros y comenzó a cerrar la caja.

—A lo mejor... —A Lina se le agolpaban los pensamientos en la cabeza—. Déjeme verlos otra vez.

El muchacho volvió a levantar la tapa y Lina se acercó a los lápices. Cogió uno. Estaba pintado de color azul claro, y en el extremo tenía el punto azul de la mina. La goma de borrar, de color rosa, se sostenía con una argolla de metal brillante. ¡Era tan hermoso! «Si pudiera comprar uno... —pensó Lina—. Entonces podría ahorrar un poco más y comprarle un abrigo a la abuela el mes que viene.»

—Decídete —dijo él—. Tengo otros clientes que están interesados, si tú no lo estás.

—De acuerdo. Me llevo uno. No, espere... —Lo que sentía se parecía al hambre. Era lo mismo que cuando la mano parecía adelantarse con voluntad propia, a coger comida. Era demasiado fuerte para resistirse—. Me llevo dos —dijo.

Al pensar en lo que estaba haciendo, la invadió una sensación de mareo.

—¿Cuáles? —preguntó él.

En esa caja de lápices había más colores que en toda Las Ascuas. Los colores de Las Ascuas eran todos parecidos: edificios grises, calles grises, cielo negro. Incluso la ropa de la gente se había descolorido por el uso. Era verde lodo, rojo ladrillo y azul grisáceo. Pero estos colores que ahora veía eran tan brillantes como las hojas y las flores del invernadero.

La mano de Lina se cernió sobre los lápices.

—El azul —dijo—. Y el amarillo... no, el... el...

El muchacho emitió un sonido de impaciencia desde el fondo de la garganta.

—El verde —dijo Lina—. Me llevo el azul y el verde.

Los sacó de la caja. Cogió el dinero del bolsillo del abrigo, se lo dio al muchacho y puso los lápices en el bolsillo. Ahora eran suyos; sintió una alegría feroz y desafiante. Se dio la vuelta para marcharse y fue entonces cuando se dio cuenta de que la niña ya no estaba en la tienda.

—¡Poppy! —gritó. Dio vueltas a su alrededor—. ¿Ha visto salir a mi hermana pequeña? —le preguntó al muchacho—. ¿Ha visto en qué dirección se fue?

Él se encogió de hombros.

—No me di cuenta —dijo.

Lina salió como una flecha a la calle y miró en ambas direcciones. Vio a mucha

gente, incluso a algunos niños, pero no vio a Poppy. Paró a una anciana:

—¿Ha visto a una niña pequeña, a un bebé, caminando sola? Lleva una chaqueta verde, con una capucha. —La mujer la miró con ojos apagados y negó con la cabeza—. ¡Poppy! ¡Poppy! —llamó Lina.

Su voz se convirtió en un grito. «Una niña tan pequeña no puede haber ido muy lejos —pensó—. A lo mejor se fue hacia la plaza Greengate, donde hay más gente.» Comenzó a correr.

Entonces las luces parpadearon. Volvieron a parpadear, y se apagaron. La oscuridad se cerró ante ella como si fuera un muro. Lina tropezó; pudo sostenerse en pie y se quedó quieta. No veía absolutamente nada.

Los gritos de alarma llegaron de ambos lados de la calle. Después, el silencio. Lina estiró los brazos hacia delante. ¿Estaba situada frente a la calle o frente a un edificio? El terror la recorrió. «Debo quedarme quieta —pensó—. Las luces volverán enseguida, siempre lo hacen.» Pero entonces pensó en Poppy en medio de la oscuridad y las piernas le flaquearon. «Tengo que encontrarla.»

Dio un paso. Al no chocar con nada, dio otro paso. Los dedos de la mano derecha dieron con algo duro. «La pared de un edificio», pensó. Mantuvo la mano ahí y dio otro paso. De repente, su mano se enfrentó al vacío. Aquello debía de ser la calle Dedlock. ¿O había pasado ya la calle Dedlock? No podía dibujarse una imagen clara de las calles en su cabeza. La oscuridad parecía llenar no sólo la ciudad, sino también su cabeza.

Con el corazón martilleándole el pecho, esperó. «Luces, volved —rogó—. Por favor, volved.» Quería gritarle a Poppy que se quedara quieta, que no se preocupara, que iría a buscarla enseguida. Pero la oscuridad la oprimía y no podía hablar. Apenas podía respirar. Quería arrancar la oscuridad de sus ojos, como si se tratara de unas manos.

A su alrededor llegaban sonidos de varios sitios, de gimoteos y pasos. En la distancia, oyó un grito incoherente. ¿Cuántos minutos habían pasado? El apagón más largo jamás registrado había sido de tres minutos y catorce segundos. Seguro que éste era más largo.

Lina lo podría haber soportado si hubiera estado sola. Pero la idea de que Poppy se hubiera perdido no la podía soportar. Y se había perdido porque ella había estado prestando más atención a una caja de lápices. ¡Había sido tan egoísta y avariciosa! ¡Ahora lo sentía tanto! Se obligó a dar otro paso. Pero, de repente, pensó: «¿Y si lo que estoy haciendo es alejarme de Poppy?». Comenzó a temblar y sintió que algo en su interior se hundía y se disolvía: la sensación de que iba a llorar. Las piernas se le aflojaron como papel mojado y se desplomó hasta quedar sentada en la calle, con la cabeza entre las rodillas. Temblando, con la cabeza envuelta en un remolino de terror, esperó.

Pasó una eternidad. A la izquierda, alguien sollozó. Una puerta se cerró de golpe. Alguien avanzó y paró de repente. En la mente de Lina se formó el principio de la

más terrible pregunta: «¿Y si las luces nunca...?». Puso los brazos entre las rodillas y detuvo la pregunta. «Volved, luces —se dijo—. Volved, volved, volved.»

Y de repente volvieron.

Lina se levantó de un salto. La calle estaba ahí, y la gente miraba hacia arriba con la boca abierta. A su alrededor, las personas comenzaron a llorar, a gemir y a sonreír en señal de alivio. Y de pronto, todos comenzaron a darse prisa, moviéndose con rapidez, para llegar a la seguridad de su hogar en caso de que volviera a ocurrir lo mismo.

Lina corrió hacia la plaza Greengate, parando a todo aquel que veía.

—¿Ha visto a una niña pequeña caminando sola antes de que se apagaran las luces? —preguntaba—. ¿Con una chaqueta verde con capucha? —Pero nadie quería escucharla.

En un lado de la calle Bee, junto a la plaza, había varias personas, hablando a la vez y moviendo los brazos. Lina se detuvo y les preguntó.

Ellos pararon de hablar y la miraron.

—¿Cómo quieres que viéramos nada? No había luz —dijo Nammy Proogs, una viejecita diminuta que tenía la espalda tan encorvada que para mirar hacia arriba tenía que girar la cabeza.

Lina dijo:

—No, se perdió antes de que las luces se apagaran. Se alejó de mi lado. Puede que haya venido en esta dirección.

—Hay que prestar atención a los bebés —la regañó Nammy Proogs.

—Los bebés necesitan que los vigilen —dijo una de las mujeres que había estado cantando con los creyentes.

—¿Una niña pequeña? ¿Con una chaqueta verde? —dijo otra persona. Se acercó a una tienda con la puerta abierta y gritó—: ¿Tienes a ese bebé ahí dentro?

Del interior salió alguien llevando a Poppy de la mano.

Lina corrió hacia ella y la levantó. Poppy comenzó a aullar.

—Ahora estás bien —dijo Lina, abrazándola con fuerza—. No te preocupes, cariño. Te perdiste un momento, pero ahora estás bien. Yo te cuido, no te preocupes.

Cuando levantó la vista para dar las gracias a la persona que la había encontrado, topó con una cara conocida. Se trataba de Doon. Tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto, aunque su pelo tenía peor pinta. Llevaba la misma chaqueta holgada marrón de siempre.

—Iba caminando sola por la calle —dijo él—. Nadie sabía de quién era, así que la metí en la tienda de mi padre.

—Es mía —dijo Lina—. Es mi hermana. Me asusté tanto cuando pensé que la había perdido... Se me ocurrió que se podía haber caído y haberse hecho mucho daño, o que se podía haber golpeado, o... De todas maneras, muchísimas gracias por haberla rescatado.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —dijo Doon.

Frunció el ceño y miró hacia el suelo.

Poppy se había calmado y estaba acurrucada contra el pecho de Lina, con el pulgar en la boca.

—Y ¿cómo va el trabajo? —preguntó Lina—. ¿Las tuberías?

Doon se encogió de hombros.

—Bien —dijo—. Es interesante.

Lina esperó, pero parecía que era lo único que él iba a decir.

—Bueno, gracias otra vez —dijo.

Encaramó a Poppy sobre su espalda.

—Has tenido suerte de que Doon Harrow estuviera cerca —dijo Nammy Proggs, que los había estado observando de reajo—. Es un chico con buen corazón. Me arregla todo lo que se estropea en casa. —Siguió a Lina, cojeando, mientras blandía un dedo—. Más vale que vigiles mejor a esa niña —gritó.

—No deberías dejarla sola —añadió el flautista.

—Lo sé —dijo Lina—. Tienen razón.

Cuando llegó a casa, acostó a Poppy en la cama, en el dormitorio que compartían. La abuela estaba durmiendo la siesta en el comedor cuando se había producido el apagón, así que no se había enterado de nada. Lina le dijo que las luces se habían ido durante unos minutos, pero no mencionó nada de la desaparición de Poppy.

Más tarde, en su habitación, mientras Poppy dormía, sacó los dos lápices de su bolsillo. Ya no eran tan hermosos como antes. Mientras los sostenía en la mano, recordó la necesidad tan poderosa que había sentido en esa tienda polvorienta. Ese sentimiento se mezcló con el miedo, la vergüenza y la oscuridad.

Capítulo 6

La caja del armario

ERA raro, pero nadie hablaba mucho del apagón. Normalmente, los apagones eran motivo de discusiones acaloradas, en las que la gente se agolpaba en las esquinas y decía «¿Dónde estabas cuando pasó?» o «No sé qué pasa con los electricistas, deberíamos deshacernos de ellos y buscar unos nuevos», y otras cosas por el estilo. Esta vez, el efecto fue el contrario.

Cuando a la mañana siguiente Lina se fue a trabajar, la calle estaba extrañamente silenciosa. La gente caminaba con prisa, mirando al suelo. Aquellos que se paraban a hablar lo hacían en voz muy baja, y después continuaban su camino apresuradamente.

Ese día, Lina llevó el mismo mensaje doce veces. Todos los mensajeros lo llevaban. Era muy simple y se pasaba de una persona a otra: «Siete minutos». El fallo eléctrico había durado más del doble que ningún otro.

El miedo se había apoderado de la ciudad. Lina lo sentía como un escalofrío. Se dio cuenta entonces de que lo que Doon había dicho el Día del Nombramiento era verdad. Las Ascuas estaba en grave peligro.

Al día siguiente apareció un cartel en todos los quioscos de la ciudad:

REUNIÓN CIUDADANA
SE PIDE A TODOS LOS CIUDADANOS
QUE SE REÚNAN EN LA PLAZA HARKEN
MAÑANA A LAS SEIS DE LA TARDE
PARA RECIBIR UNA IMPORTANTE INFORMACIÓN.
ALCALDE LEMANDER COLE

«¿Qué clase de información?», se preguntó Lina. ¿Buenas o malas noticias? Estaba impaciente por oírlas.

Al día siguiente, la gente se dirigió a la plaza Harken desde los cuatro puntos de la ciudad, y tuvieron que juntarse tanto que apenas tenían espacio para moverse. Los niños se sentaron sobre los hombros de sus padres. La gente de poca estatura empujaba para situarse en las primeras filas. Lina vio a Lizzie y la saludó. También vio a Vindie Chance, que había llevado a su hermano pequeño. Lina había decidido dejar a Poppy en casa, con la abuela. Se arriesgaba demasiado a perderla si la llevaba a una concentración semejante de gente.

El reloj de la ciudad dio la hora y sonaron seis vibrantes campanadas. Un murmullo de expectación recorrió la muchedumbre. La gente se puso de puntillas y estiró el cuello para ver qué pasaba. La puerta del Salón de Reuniones se abrió y salió el alcalde, flanqueado por dos guardias. Uno de ellos le tendió un megáfono y el alcalde empezó a hablar. Su voz sonaba confusa y entrecortada a través del altavoz.

—Ciudadanos de Las Ascuas... —dijo. Esperó. La multitud permaneció callada,

haciendo un esfuerzo por escuchar—. Ciudadanos de Las Ascuas —repitió el alcalde. Miró de un lado a otro. La luz brillaba en su calva cabeza—. Nuestra ciudad ha experimentado unas pequeñas dificultades. En tiempos como éstos se requiere mucha paciencia de todos.

—¿Qué ha dicho? —murmuró la gente—. ¿Qué ha dicho? No le he entendido.

—Pequeñas dificultades —dijo alguien—, que requieren mucha paciencia de todos.

—Pero hoy estoy aquí —continuó el alcalde— para asegurarnos que pasarán los tiempos difíciles. Estamos haciendo todo lo posible.

—¿Qué? —susurró alguien con fuerza—. ¿Qué ha dicho?

Los que estaban en las primeras filas pasaron el mensaje hacia atrás:

—Están haciendo todos los esfuerzos —dijeron—. Todos los esfuerzos.

—¡Más alto! —gritó alguien.

La voz del alcalde bramó con más fuerza a través del micrófono, pero cada vez con menos claridad:

—Nuestros esfuerzos. Por favor. Necesitamos vuestra paciencia.

—¡No le oímos! —gritó alguien más.

Lina sintió a su alrededor una convulsión y un sonido de queja. Alguien la empujó desde atrás, precipitándola hacia delante.

—Ha dicho que no debe cundir el pánico. Que el pánico es lo peor, que no hay necesidad de que cunda el pánico.

Los dos guardias situados en la escalera del Salón de Reuniones se acercaron un poco al alcalde. Éste levantó el megáfono y siguió hablando.

—¡Soluciones! —bramó—. ¡Necesitamos soluciones!

—Soluciones —gritaron los primeros de la fila a los del fondo—. Ha dicho que se están encontrando soluciones.

—¿Qué soluciones? —gritó una mujer situada junto a Lina.

Otras personas del tumulto repitieron como un eco lo que había dicho la mujer: «¿Qué soluciones? ¿Qué soluciones?». Los gritos se convirtieron en un coro que se hacía cada vez más fuerte.

Lina sintió otra vez que la empujaban desde atrás, ya que la gente se acercaba al Salón de Reuniones. Los brazos la empujaban; los cuerpos voluminosos le daban golpes, aplastándola contra los demás. El corazón le empezó a latir con mucha fuerza. «¡Tengo que salir de aquí!», pensó.

Intentó escabullirse de los brazos y corrió hacia cualquier espacio que pudiera encontrar, dirigiéndose hacia el final de la multitud. El ruido se elevaba. La voz del alcalde brotaba en fragmentos de sonidos incomprensibles, y la gente agolpada gritaba con rabia o con miedo de ser aplastada. Alguien pisó el pie a Lina y le tiró de la bufanda. Durante unos segundos, tuvo miedo de ser pisoteada. Pero al final logró liberarse y corrió hacia la entrada de la escuela. Desde allí vio que los dos guardianes se llevaban precipitadamente al alcalde a través de la puerta del Salón de Reuniones.

La gente comenzó a arrojar todo lo que encontraba: piedras, basura, papeles arrugados e incluso sus propios sombreros.

* * *

Al otro lado de la plaza, Doon y su padre luchaban por avanzar por la calle Gilly.

—Muévete rápido —le dijo su padre—. Es mejor que no nos alcance la muchedumbre.

Cruzaron la calle Broad e iniciaron el recorrido más largo hasta su casa, atravesando las callejuelas estrechas situadas detrás de la escuela.

—Padre —dijo Doon mientras caminaban apresuradamente—, el alcalde es tonto, ¿verdad?

Durante unos instantes, su padre permaneció en silencio. Luego dijo:

—Está en una posición difícil, hijo. ¿Qué crees que debería hacer?

—Para empezar, no mentir. Si realmente tiene la solución, debería haberla dicho. No debería pretender tener soluciones si no es así.

El padre de Doon sonrió.

—Eso sería un buen comienzo —reconoció.

—Me da mucha rabia la manera en la que nos habla —dijo Doon.

El padre de Doon le puso una mano en la espalda y lo condujo hacia la esquina.

—Últimamente, hay muchas cosas que te dan rabia —dijo.

—Pero tengo razón —respondió Doon.

—Quizá sí. El problema de la rabia es que te acaba dominando, y entonces ya no eres dueño de ti mismo: la dueña es ella.

Doon caminó en silencio. Por dentro, gruñía. Sabía lo que iba a decir su padre a continuación.

—Y cuando la dueña es la rabia, el resultado son...

—Ya lo sé —dijo Doon—. Consecuencias no planeadas.

—Exacto. Como darle a tu padre en la oreja con el tacón de un zapato.

—No era mi intención.

—A eso es a lo que me refiero.

Caminaron por la calle Pibb. Doon se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño mientras avanzaba por la acera. «Papá no tiene carácter —pensó—. Es tan tranquilo como un vaso de agua. Él no lo entiende.»

* * *

Lina corría. Ya había apartado de su mente el discurso del alcalde. Pasó a la gente que caminaba por la calle Otterwill, que volvía a abrir sus tiendas, y pudo oír algunos fragmentos de sus conversaciones:

—Piensa que le vamos a creer... —dijo una voz.

—Lo único que quiere es que estemos callados... —dijo otra voz.

—... acercamos al desastre... —dijo una tercera.

Todas las voces temblaban de rabia y miedo.

Lina no quería pensar en ello. Sus pies chocaban contra las piedras de la calle y su pelo revoloteaba al viento. Iría a casa, cocinaría una sopa de patata caliente para las tres y sacaría sus nuevos lápices para dibujar.

Subió de dos en dos los escalones situados junto a la tienda de hilos e irrumpió en el apartamento. Algo situado al pie de la entrada la hizo tropezar y caer de bruces. Lo miró. Junto a la puerta abierta del armario había una gran pila de abrigos, botas, bolsas y cajas, cuyo contenido estaba esparcido y mezclado por la habitación. Del interior del armario salía un sonido de golpes y traqueteos.

—¿Abuela?

Más golpes. La cabeza de la abuela se asomó desde el lado de la puerta del armario.

—Debería haber mirado aquí dentro hace mucho tiempo —dijo—. Aquí es donde debería estar, claro. ¡Tendrías que ver lo que hay aquí dentro!

Lina miró a su alrededor, contemplando el caos. Dentro del armario se habían depositado trastos durante décadas. Estaban metidos en cajas de cartón, apretujados en fundas de almohada y bolsas para hacer la colada, apilados de forma tan densa que no podías sacar una cosa sin sacar el resto. La estantería situada sobre el perchero de los abrigos estaba tan llena como el resto de ropa vieja, plagada de agujeros de polillas y moho. Cuando era pequeña, Lina había intentado explorar ese armario, pero no había llegado muy lejos. Había sacado una vieja bufanda que se había despedazado en sus manos y había abierto una caja que resultó estar llena de ribetes doblados de alfombras. Enseguida se cansó, volvió a meter todo en el armario y se rindió.

Pero la abuela estaba haciendo bien la tarea. Resoplaba y gruñía mientras liberaba el armario de la montaña de cosas apiladas en su interior y las tiraba a su espalda. Estaba claro que se lo estaba pasando bien. Mientras Lina observaba, saltaron del interior una bolsa de trapos y un zapato marrón sin cordones.

—Abuela —dijo Lina, súbitamente preocupada—. ¿Dónde está la niña?

—¡Ah, está aquí! —dijo la voz de la abuela desde las profundidades del armario—. Me ha estado ayudando.

Lina se levantó y miró a su alrededor. Enseguida vio a Poppy. Estaba sentada detrás del sofá, en medio del revoltijo. Frente a ella había una pequeña caja, de un material oscuro y brillante. Tenía una tapa con bisagras que estaba abierta y echada hacia atrás.

—Poppy, déjame ver eso —dijo Lina, agachándose.

Junto a la tapa había una especie de mecanismo. «Una cerradura», se dijo Lina. La caja era bonita, aunque estaba dañada. Tenía arañazos y abolladuras por toda la superficie, que a pesar de todo, era dura y lisa. Parecía haber contenido algo de mucho valor. Pero ahora la caja estaba vacía. Lina la levantó y comprobó que en su

interior no había nada.

—¿Había algo dentro, Poppy? ¿Encontraste algo dentro?

Pero Poppy solamente rió con satisfacción mientras mascaba un papel arrugado. En las manos tenía más trozos de papel, que iba rasgando. Los pedacitos de papel se desparramaban a su alrededor. Lina recogió uno. Estaba escrito con letra de imprenta, pequeña y perfecta.

Capítulo 7

Un mensaje lleno de agujeros

LA letra fue lo que despertó la curiosidad de Lina. No estaba escrito a mano, o si era así, estaba escrito en la letra más clara y limpia que jamás había visto. Se parecía más a las letras que se encontraban en las latas de comida o en el borde de los lápices. Esas palabras estaban escritas por algo que no era una mano, por algún tipo de máquina. Ésa era la letra de los Constructores. Así que ese papel debía de ser de los Constructores.

Lina recogió los trocitos de papel del suelo y abrió con delicadeza la boca y los puños de Poppy para extraer los pedacitos arrugados. Puso todo el contenido en la caja abollada y se la llevó a su habitación.

Aquella noche, a las ocho, mientras la abuela y Poppy dormían, Lina dispuso de una hora para examinar su descubrimiento. Sacó los pedazos de papel de la caja y los colocó en la mesa de la habitación. El papel era grueso, y de cada esquina rota salían unas fibras enmarañadas. Había muchos pedacitos sueltos y un trozo más grande con tantos agujeros que parecía un trozo de tela de encaje. Los pedazos que Poppy había masticado no se podían salvar: eran más bien una pasta compacta. Pero cuando Lina estiró el papel grande, vio que en uno de los bordes, que seguía intacto, había una columna de números. Juntó todos los trozos secos de papel y les dio vueltas durante un buen rato, intentando entender dónde encajaban dentro del pedazo más grande. Cuando los hubo ordenado lo mejor que pudo, esto fue lo que obtuvo:

INSTRUC SAL

ESTE DOC OFICI EN ESTRIC
SEGUR PERÍOD DE ÑOS

1. EXP
RÍ UB RÍA

2. EDR MARCADA CON S JUN
ORDE R

3. ORILL BAJO
HASTA BORDE APROX DOS BAJ .

4. VUELT AL AGU,
ENCUENTRA PUERTA DE .
LLAV TRÁS PEQUEÑ PAN ACERO DERECHA .
AVE, ABR PUER

5. ARCA, LLENA DE EQUIP NECES . VUELT

6. USAN CUERD , BAJA. REC ÓN RÍ . USAR
POR RÁPID

7. APROX 3 HORAS. DESEMBAR
. SEGUIR CAMIN .

Lina sólo entendió algunas palabras sueltas. De todas maneras, había algo en ese documento destrozado que resultaba emocionante. No se parecía a nada que Lina hubiera visto antes. Miró la primera palabra, en la parte superior de la hoja: «Instruc», y de repente supo a qué se debía referir. Ya había visto esa palabra muchas veces en la escuela. Tenía que ser el principio de «Instrucciones».

El corazón le comenzó a martillar en el pecho como si se tratara de un puño que golpeará una puerta. Había encontrado algo. Había encontrado algo extraño e importante: las instrucciones de algo. Pero ¿de qué? ¡Era terrible que Poppy lo hubiera encontrado primero y lo hubiera estropeado!

Lina pensó que quizá era eso a lo que su abuela se había estado refiriendo todo este tiempo. A lo mejor era eso lo que se había perdido. Pero, evidentemente, al no saber qué era lo que se había perdido, la abuela no habría reconocido la caja de haberla visto. La habría tirado fuera del armario como había hecho con el resto de las cosas. De alguna manera, no importaba si se trataba de eso o no. Era un misterio en sí mismo, fuera lo que fuera, y Lina estaba decidida a resolverlo.

El primer paso fue pegar los trozos sueltos, porque eran tan ligeros que un soplido podía hacerlos volar y desparramarlos. A Lina le quedaba un poco de pegamento en una botella vieja. Con mucho esfuerzo, puso una gota de pegamento en cada uno de los trocitos y los colocó en su lugar en una de las pocas hojas de papel enteras que le quedaban. Puso encima otra hoja de papel, y encima de ésta, la caja, para aplanarlo todo. Justo cuando había terminado, las luces se apagaron. Había olvidado echarle un vistazo al reloj que tenía junto a la repisa de la ventana. Se quitó la ropa y se metió en la cama en medio de la oscuridad.

Aquella noche estaba demasiado nerviosa para dormir bien. Su mente daba vueltas mientras ella intentaba descubrir a qué podía referirse el mensaje. Sabía que se trataba de algo que tenía que ver con salvar la ciudad. ¿Y si las instrucciones eran para arreglar la electricidad? ¿O para hacer una luz que se pudiera mover? Eso lo cambiaría todo.

Cuando las luces se encendieron a la mañana siguiente, dispuso de un rato antes de que Poppy se despertara para poder trabajar en el puzle. Pero ¡faltaban tantas palabras! ¿Cómo podría encontrarle sentido a todo ese revoltijo? Pensó en ello mientras se ponía la chaqueta roja y se ataba los zapatos con los cordones deshilachados y llenos de nudos. Si el papel era importante, no debería esconderlo. Pero ¿a quién se lo podía enseñar? Quizá a la capitana de mensajeros. Ella debía de saber sobre documentos oficiales y ese tipo de cosas.

—Capitana Fleery —dijo Lina cuando llegó al trabajo—, ¿podría venir después a mi casa? Sólo será un minuto. He encontrado algo que me gustaría enseñarle.

—¿Qué has encontrado? —preguntó la capitana Fleery.

—Un papel con algo escrito. Creo que puede ser algo importante.

La capitana Fleery levantó sus finas cejas y preguntó:

—¿Importante? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, no estoy segura. A lo mejor no lo es. Pero ¿le importaría echarle un vistazo de todas maneras?

Así que esa tarde, la capitana Fleery fue a casa de Lina e inspeccionó los trocitos de papel. Prestó atención a la escritura:

—¿«Exp»? ¿«Edr»? ¿«Orill»? ¿Qué tipo de palabras son éstas?

—No lo sé —dijo Lina—. Todas las palabras están cortadas porque Poppy las masticó.

—Ya veo —dijo la capitana Fleery. Volvió a mirar el papel—. Parecen las instrucciones de algo —dijo—. Una receta, supongo. Dice: «instrucciones» y luego «sal», como la que se usa para cocinar.

—Pero ¿quién tiene una letra tan pequeña y perfecta?

—Así era como se escribía antiguamente —dijo la capitana Fleery—. Podría tratarse de una receta muy vieja.

—Pero ¿para qué la habrían guardado en una caja tan hermosa? —Le mostró la caja a la capitana Fleery—. Creo que el papel fue guardado aquí por alguna razón. Además, las cosas no se guardan bajo llave a menos que se trate de algo importante...

Pero la capitana Fleery no parecía haberla oído.

—También podría tratarse de un ejercicio de clase —continuó—. Los deberes que alguien no llegó a entregar.

—Pero ¿alguna vez había visto un papel como éste? ¿No le parece que proviene de otro sitio?

La capitana Fleery se enderezó, con expresión desconcertada.

—No hay otros sitios, aparte de éste —dijo. Acto seguido, puso las manos sobre los hombros de Lina—. Querida, creo que estás dejando volar la imaginación. ¿No estarás demasiado cansada? ¿Muchas preocupaciones? Podría acortarte la jornada laboral unos días.

—No —respondió Lina—, estoy bien. De veras. Pero no sé qué hacer con ... — Señaló el papel.

—No importa —dijo la capitana Fleery—. No pienses en ello. Tíralo. Te preocupas demasiado. Ya lo sé, ya sé que todos nos preocupamos; hay mucho de qué preocuparse, pero no hay que dejar que eso nos afecte. —Miró a Lina detenidamente. Sus ojos tenían el color del agua sucia—. Nos van a ayudar.

—¿A ayudar?

—Sí, vendrán a salvarnos.

—¿Quiénes?

La capitana Fleery se agachó y bajó la voz, como si estuviera contándole un secreto:

—¿Quién creó nuestra ciudad, querida?

—Los Constructores —dijo Lina.

—Exacto. Los Constructores volverán y nos enseñarán el camino.

—¿Volverán?

—Muy pronto —dijo la capitana Fleery.

—¿Cómo lo sabe?

La capitana Fleery se enderezó de nuevo y se dio una palmadita sobre el corazón.

—Lo siento aquí —dijo—. Y lo he visto en sueños. Como todos, como el resto de los creyentes.

«Así que es eso en lo que creen —pensó Lina—. Y la capitana Fleery es una de ellos.» Se preguntó cómo podía estar tan segura, si sólo lo había visto en sueños. A lo mejor le pasaba lo mismo que a Lina con la ciudad iluminada: deseaba que fuera real.

La cara de la capitana se iluminó:

—Ya sé lo que debes hacer, querida. Ven a una de nuestras reuniones. Nuestros cantos te levantarán el ánimo.

—Oh, gracias —dijo Lina—, pero no creo que... a lo mejor...

Intentó ser educada, pero sabía que no iba a ir. No quería quedarse esperando a que aparecieran los Constructores. Tenía otras cosas que hacer.

La capitana Fleery le dio unas palmaditas en el hombro.

—No te sientas presionada, querida —dijo—. Si cambias de opinión, házmelo saber. Pero sigue mi consejo: olvídate de tu pequeño proyecto de puzzle. Túmbate y duerme una siesta; eso ayuda a aclarar la mente. —Su estrecho rostro irradiaba amabilidad hacia Lina—. Tómame el día libre mañana —dijo.

Alzó la mano a modo de despedida y bajó la escalera.

Lina aprovechó el día libre para ir al almacén de suministros y visitar a Lizzie Bisco. Lizzie era rápida y lista, y quizá podría darle buenas ideas.

En el almacén de suministros encontró una multitud de tenderos haciendo cola desordenadamente, en filas que salían por la puerta. Empujaban, se peleaban y discutían impacientemente. Lina se unió a ellos, pero parecían tan desesperados que se asustó un poco. «Ya deben de saber con seguridad que se acaban los suministros y están decididos a coger lo que puedan antes de que sea demasiado tarde», pensó Lina.

Cuando ya estaba cerca del principio de la fila, oyó la misma conversación varias veces:

—Lo siento —decía el empleado cuando un tendero pedía diez paquetes de agujas de coser, o una docena de vasos o veinte paquetes de bombillas—. Hay una gran escasez de ese producto. Sólo puede llevarse uno. —Otras veces decía—: Lo siento. Se nos ha acabado del todo.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Lina sabía que no siempre había sido así. Cuando Las Ascuas era una ciudad nueva, los almacenes habían estado llenos. Tenían todo lo que los ciudadanos podían querer. Había tantas cosas que parecía que los suministros nunca se iban a agotar.

La abuela de Lina le había contado que a los niños se los llevaba a hacer una visita guiada a los almacenes, como parte de su educación. Tomaban un ascensor desde la calle hasta un túnel largo y con muchas curvas, del que salían otros túneles.

El guía los llevaba por los largos pasadizos, abriendo una puerta tras otra.

—Esta zona —decía— es la de los artículos enlatados. Ahora llegaremos a los suministros escolares. Detrás de esta curva se encuentran los artículos de cocina y después están los útiles de carpintería.

Los niños se apiñaban en cada puerta, para ver bien.

—En cada habitación había cosas distintas —le había contado la abuela a Lina—: cajas con pasta de dientes en una habitación; botellas llenas de aceite para cocinar; pastillas de jabón; cajas de píldoras... había veinte habitaciones llenas solamente de pastillas de vitaminas. Una habitación estaba llena de latas de frutas. Había algo llamado piña. Me acuerdo muy bien de eso.

—¿Qué era la piña? —preguntó Lina.

—Era algo amarillo y dulce —dijo la abuela con ojos soñadores—. La probé cuatro veces antes de que se agotara.

Pero esas visitas guiadas habían terminado muchos años antes de que Lina naciera. La gente decía que los almacenes ya no eran lugares agradables a la vista. La mayoría de sus polvorientas estanterías estaban vacías. Se rumoreaba que en algunas habitaciones ya no quedaba nada. Si los niños hubieran visto las habitaciones en las que antes se guardaba la leche en polvo, o las vendas, los alfileres, los cuadernos, o especialmente las docenas de habitaciones en las que había habido miles de bombillas, no habrían sentido, como las generaciones anteriores de niños, que Las Ascuas sería eternamente rica. Si los niños de ahora hubieran visitado los almacenes, más bien habrían sentido miedo.

Lina pensaba en ello mientras esperaba en la cola para llegar al puesto de Lizzie. Cuando fue su turno, se acercó al mostrador, apoyó los codos y le susurró:

—Lizzie, ¿podríamos quedar cuando termines de trabajar? Te espero a la salida.

Lizzie asintió con entusiasmo.

A las cuatro en punto, Lizzie atravesó la puerta de la oficina. Lina le dijo:

—¿Podrías venir a mi casa un momento? Quiero enseñarte algo.

—Claro —respondió Lizzie.

Mientras caminaban, Lizzie hablaba:

—La muñeca me ha estado doliendo todo el día. Para ahorrar papel tenemos que escribir con la letra más pequeña del mundo, así que he acabado con unos calambres horribles en la muñeca y los dedos. Y la gente es muy desagradable. Hoy ha sido peor que nunca. Le he dicho a un tipo: «No puedes llevarte quince latas de maíz; sólo te puedes llevar tres». Y el tipo me ha respondido: «No me puedes decir eso, porque ayer vi muchas latas en el mercado de la calle Potter». Y yo le he dicho: «Pues por eso no quedan muchas». Y él me ha contestado: «No te hagas la lista conmigo, cabeza de zanahoria». ¿Qué se supone que debo hacer? Yo no puedo fabricar latas de la nada.

Pasaron por la plaza Harken, junto al Salón de Reuniones, y bajaron por la calle Roving, donde tres de los focos estaban rotos, por lo que había una gran zona de

oscuridad.

—Lizzie —dijo Lina, interrumpiendo el torrente de palabras de Lizzie—, ¿es cierto lo de las bombillas?

—¿Si es cierto el qué?

—Que no quedan muchas.

Lizzie se encogió de hombros.

—No lo sé. Casi nunca nos dejan bajar a los almacenes. Todo lo que llegamos a ver son los informes de los porteadores. La cantidad de tenedores que hay en la habitación 1146; los pomos de las puertas que hay en la 3291; los zapatos para niños que hay en la 2249...

—Pero ¿qué dice el informe de las bombillas?

—Nunca he podido ver ese informe —dijo Lizzie—. Ése y algunos otros, como el de las vitaminas, sólo los pueden ver algunas personas.

—¿Quiénes?

—Oh, el alcalde, y el viejo Cara Gorda, por supuesto. —Lina la miró de manera inquisitiva—. Ya sabes a quién me refiero: Farlo Batten, el jefe de los almacenes. Es tan cruel, Lina... tú le odiarías. Registra que hemos llegado tarde aunque entremos sólo dos minutos después de las ocho; nos vigila por encima del hombro cuando escribimos, lo cual es horrible, porque tiene mal aliento, y sigue lo que hemos escrito con el dedo y dice: «Esta palabra es ilegible, esta otra también es ilegible, esos números son ilegibles». Es su palabra preferida: ilegible.

Cuando llegaron a la calle de Lina, ésta metió la cabeza en la tienda de hilos y saludó a la abuela. Acto seguido, subieron la escalera hasta el apartamento. Lizzie siguió hablando de lo duro que resultaba permanecer de pie el día entero, de cómo le dolían las rodillas, de cómo se le clavaban los zapatos. Paró de hablar un momento para saludar a Eveleen Murdo, que estaba sentada junto a la ventana, con Poppy en el regazo, y continuó hablando mientras entraban en la habitación de Lina.

—Lina, ¿dónde estabas cuando el apagón? —preguntó, pero siguió hablando sin esperar respuesta—: Por suerte, yo estaba en casa. Pero dio miedo, ¿a que sí?

Lina asintió. No quería hablar de lo que había sucedido ese día.

—Odio esos apagones —continuó Lizzie—. La gente dice que va a haber cada vez más, y que algún día... —Paró, frunció el ceño y continuó—: Es igual, a mí no me pasó nada. Después de eso, me levanté y se me ocurrió otra manera de peinarme.

A Lina le parecía que Lizzie se asemejaba a un reloj al que se le hubiera dado demasiada cuerda y que iba demasiado rápido. Siempre había sido así, pero aquel día era especialmente evidente. Su mirada se dirigía de un lado a otro y sus dedos jugaban con el borde de la camisa. También parecía estar más pálida de lo habitual, y eso provocaba que sus pecas parecieran pequeñas manchas de barro sobre la nariz.

—Lizzie —dijo Lina, haciéndole señas para que se acercara a la mesa del rincón—. Te quiero enseñar...

Pero Lizzie no escuchaba.

—Tienes tanta suerte de ser mensajera, Lina —dijo—. ¿Es divertido? Ojalá hubiera podido ser mensajera. Hubiera sido una buena mensajera. Y mi trabajo es tan aburrido...

Lina se dio la vuelta y la miró.

—¿No hay nada que te guste?

Lizzie frunció los labios formando una pequeña sonrisa y miró a Lina de reojo.

—Hay una cosa —dijo.

—¿El qué?

—No te lo puedo decir. Es un secreto.

—Ah —repuso Lina, y pensó: «Pues entonces no tendrías que haber dicho nada».

—A lo mejor te lo explico algún día —dijo Lizzie—. No lo sé.

—Bueno, a mí me gusta mi trabajo —comentó Lina—, pero te quería hablar de una cosa que encontré ayer. Es esto.

Levantó la caja y sacó el papel que cubría el documento parcheado. Lizzie le echó un rápido vistazo.

—¿Es un mensaje que te dio alguien y que se rompió?

—No, estaba en nuestro armario. Poppy lo estaba masticando, por eso está roto. Pero mira la letra. ¿No es extraña?

—Aja —dijo Lizzie—. ¿Sabes quién tiene una letra preciosa? Myla Bone; trabaja conmigo. Deberías verla, las y y las g le salen enroscadas, y hace virutas en las mayúsculas. Por supuesto, a Cara Gorda no le gusta nada; dice que es ilegible...

Lina volvió a cubrir los trozos pegados entre sí con el papel protector. Se preguntó por qué había pensado que Lizzie se interesaría en su descubrimiento. Siempre se había divertido con Lizzie, pero solía ser una diversión relacionada con juegos: el escondite, el corre que te pillo, los juegos en los que hay que correr y saltar. A Lizzie nunca le había interesado nada que estuviera escrito en un papel.

Así que Lina guardó cuidadosamente el documento en su lugar y se sentó con Lizzie en el suelo. Escuchó y escuchó hasta que el cotorreo de Lizzie se acabó.

—Será mejor que me vaya —dijo Lizzie—. Ha sido divertido verte, Lina. Te echo de menos.

Se levantó y se ahuecó el pelo.

—¿Qué era lo que me querías enseñar? Ah, sí, esa letra tan elaborada. Muy bonita. Qué suerte has tenido al encontrarla. Ven a verme otra vez, pronto, ¿de acuerdo? Me aburro tanto en esa oficina...

Esa noche, Lina cocinó sopa de remolacha y Poppy volcó su plato, dejando un charco rojo sobre la mesa. La abuela miró fijamente dentro de su plato, dándole vueltas con la cuchara, pero no comió. Le dijo a Lina que no se encontraba muy bien; después de un rato, se fue a la cama. Lina limpió la cocina rápidamente. En cuanto hubiera terminado con sus tareas, podría volver a estudiar el documento. Lavó la ropa de Poppy y cosió los botones que se habían caído de su chaqueta de mensajera. Recogió los trapos, bolsas, cajas y sacos que la abuela había sacado del armario.

Cuando hubo terminado con todo y acostó a Poppy, le quedaba casi media hora para dedicar a los trozos de papel.

Se sentó en el pupitre y destapó el documento. Con los codos clavados a ambos lados y la barbilla apoyada sobre las manos, lo estudió minuciosamente. Pese a que la capitana Fleery y Lizzie no le habían prestado atención, Lina seguía pensando que esa página rota debía de ser importante. Si no, ¿por qué iba a estar metida en una caja cerrada de manera tan ingeniosa? «A lo mejor se la tendría que enseñar al alcalde», pensó con cierta reticencia. No le gustaba el alcalde ni confiaba en él. Pero si ese documento era importante para el futuro de la ciudad, él era la persona que debía estar enterada. Por supuesto, no podía invitar al alcalde a su casa. Se lo imaginó resoplando escaleras arriba, entrando con dificultad por la puerta, mirando con desaprobación la casa atestada de cosas y huyendo de las manos pegajosas de Poppy. No, no podía ser.

Pero tampoco quería llevar el documento, que tanto esfuerzo le había costado pegar, al Salón de Reuniones. Era demasiado frágil. Decidió que lo mejor sería escribirle una nota al alcalde y se sentó a hacerlo.

Encontró media hoja de papel en bastante buen estado y, usando un lápiz corriente (no iba a malgastar uno de sus lápices de colores para el alcalde), escribió:

Querido alcalde Cole:

He descubierto un documento que estaba en el armario. Son las instrucciones de algo. Creo que es importante, porque están escritas en una letra muy antigua. Desgraciadamente, mi hermana lo masticó, así que no está completo. Pero todavía se pueden leer algunas partes como ésta:

marcado con S

encuentra puerta de

pequeñ pan acero

Le enseñaré el documento si quiere verlo.

Atentamente,

Lina Mayfleet, mensajera.

Plaza Quillium, 34

Dobló la nota por la mitad y escribió «Alcalde Cole» en la parte delantera. A la mañana siguiente, la llevó al Salón de Reuniones de camino al trabajo. No había nadie en la mesa del guardia, así que Lina dejó la nota allí, para que éste la encontrara cuando llegase. Después, sintiendo que había cumplido con su deber, se fue a su puesto.

Pasaron varios días. Los mensajes que llevaba Lina estaban llenos de miedo y preocupación: «¿Te queda algo de bebida para bebés? En la tienda no tenían»; «¿Has oído lo que dicen del generador?»; «No podemos ir esta noche. El abuelo B. no quiere salir de la cama».

Cada día, al volver del trabajo, Lina le preguntaba a la abuela: «¿Hay algún mensaje para mí?»; pero nunca había ninguno. A lo mejor el alcalde no había recibido su nota. A lo mejor la había recibido pero no le había dado importancia. Una semana más tarde, Lina decidió que se había cansado de esperar. Si al alcalde no le interesaba lo que había encontrado, peor para él. A ella sí le interesaba, así que lo resolvería sola.

Dos veces en esa semana tuvo algo de tiempo cuando Poppy y la abuela se fueron a dormir, así que lo aprovechó para hacer una copia del documento, por si al original le llegara a pasar algo, ya que éste era muy frágil. Esto le llevó mucho tiempo. Usó una de las pocas hojas de papel que le quedaban: una etiqueta vieja, un poco rota, de una lata de guisantes. Copió el papel lo más fielmente que pudo e indicó los pedazos que faltaban con guiones entre las letras. Después lo guardó debajo del colchón, para mayor seguridad.

Finalmente, un día tuvo toda la noche libre. Poppy y la abuela estaban dormidas, y el apartamento estaba en orden. Lina se sentó en su escritorio y destapó el documento original. Se recogió el pelo para que no le cayera sobre la cara constantemente y colocó una hoja de papel (en blanco, exceptuando unos garabatos de Poppy) a su lado, para anotar todo lo que fuera descifrando.

Empezó por el título. La primera palabra, ya la había adivinado. Tenía que ser «Instrucciones». A ésa le podría seguir un «para». Después venía «Sal». No sabía a qué se refería. A lo mejor se trataba del nombre de alguien. Sally. Salisbury. «Instrucciones para Salisbury». Decidió titularlo «Las Instrucciones», para abreviar.

Siguió con la primera línea. «Este doc ofici» probablemente quería decir «Este documento oficial». A lo mejor «Segur» quería decir «seguro» o «seguridad». Después venían las palabras «períod», «de» y «ños». Pero a continuación faltaba mucho papel.

Estudió la línea que tenía un 1 al lado. «Exp». Eso podía ser «Experto» o «Explotar» o muchas otras cosas. Siguió con «rí». Podía ser parte de una palabra como «habría» o «quería». ¿Y qué hay de «ub» y «ría»? ¿Qué acababa con «ub»? «Club», pensó Lina. ¿Y con «ría»? A Lina le vino inmediatamente a la mente «saltaría». «Clubaría.» «Clubtaría.» No podía pensar en nada que tuviera sentido.

¿Qué otra cosa acababa en «ría»? Lina comenzó con el alfabeto y enumeró todas las palabras que se le ocurrieron que acabaran en «ría». La mayoría no tenían sentido: cantaría, pasaría, saltaría... «Esto es una tontería», pensó Lina con amargura. «Tontería.» La palabra podía acabar en «ería».

¿Y cómo empezaría? ¿«Clubería»? A lo mejor no empezaba con «cl». ¿«Pubería»?

De repente, se dio cuenta. «Tubería.» ¡Las tuberías!

Eso era. ¡Algo en el mensaje se refería a las tuberías!

Lina volvió a mirar «Exp» y «rí». ¡«Rí!»! ¡Podía ser «río!»! Rápidamente descendió hasta encontrar la línea 3, donde vio «orill rí». Parecía tratarse de «orilla

del río». La palabra «puerta» parecía saltar desde la línea 4, entera. ¡Una puerta! ¿Y si se tratara de la puerta que había estado anhelando, la que llevara a la otra ciudad? ¡A lo mejor, después de todo, la ciudad era real y éstas eran las instrucciones para encontrarla!

Quería saltar de la silla y ponerse a gritar. El mensaje decía algo del río, una puerta y las tuberías. Y ¿a quién conocía ella que supiera algo sobre las tuberías? A Doon, por supuesto.

Se imaginó la cara de Doon, seria, y sus ojos escrutadores enmarcados por las cejas oscuras. Se acordó de cómo se inclinaba sobre sus deberes en la escuela, agarrando fuertemente el lápiz, y cómo, en su tiempo libre, solía quedarse solo, en un rincón, estudiando una polilla, un gusano o un reloj desmontado. Al menos, ésa era una de las cosas que a Lina le gustaban de Doon: su curiosidad. Doon prestaba atención a las cosas.

Y las cosas le importaban. Se acordó de su actitud en el Día del Nombramiento, de cómo se había enfurecido con el alcalde y de lo dispuesto que había estado a intercambiar su trabajo con Lina para poder ayudar a salvar la ciudad. Y había llevado a Poppy al interior de la tienda de su padre cuando se produjo el apagón, para que no tuviera miedo.

¿Por qué habían dejado de ser amigos? Recordó vagamente el incidente del poste de luz. Ahora, después de tanto tiempo, parecía una tontería. Cuanto más pensaba en Doon, más le parecía que era la persona adecuada —la única persona— para interesarse por lo que ella había encontrado.

Dejó la hoja de papel en blanco sobre las Instrucciones y puso la caja encima. «Iré a buscar a Doon», pensó. El día siguiente era jueves: su día libre. Iría a buscarle y le pediría ayuda.

Capítulo 8

Exploraciones

DOON había adquirido la costumbre de adentrarse solo por las tuberías. Hacía con rapidez el trabajo que le habían asignado en el túnel: no era difícil, una vez se aprendía a manejar la llave inglesa, los cepillos y los tubos de engrudo. La mayoría de los trabajadores hacían su trabajo con prontitud y se juntaban en pequeños grupos a jugar a las cartas, a hacer carreras de salamandras o simplemente a charlar y dormir.

Pero a Doon todo eso no le interesaba. Si iba a estar metido en las tuberías, al menos aprovecharía el tiempo. Desde el apagón, todo parecía más urgente que nunca. Cuando las luces parpadeaban, tenía miedo de que el viejo generador pudiera pararse abruptamente para siempre.

Así que mientras los demás holgazaneaban, él se dirigía a los límites de las tuberías, para ver si podía captar algo. «Presta atención», le había dicho su padre, y eso era lo que estaba haciendo. Intentaba seguir el mapa mientras podía, pero en algunas zonas, éste era poco claro. Incluso había túneles que no figuraban en el mapa. Para no perderse, iba dejando en el suelo pequeñas cosas (arandelas, tornillos, pedazos de alambre, todo lo que pudiera encontrar en el arnés de herramientas), que después recogía en el camino de vuelta.

Su padre tenía algo de razón: había cosas interesantes en las tuberías, si se prestaba atención. Ya había encontrado tres criaturas reptantes: un escarabajo negro del tamaño de una cabeza de alfiler, una polilla con las alas peludas y lo mejor de todo: un animal con un cuerpo suave y brillante, y un caparazón en espiral. El día que lo encontró, mientras observaba, fascinado, cómo el animal reptaba por su brazo, aparecieron un par de trabajadores. En cuanto lo vieron, se echaron a reír.

—¡Es el chico de los bichos! —dijo uno—. ¡Está buscando bichos para el almuerzo!

Lleno de rabia, Doon se levantó y se puso a gritar. El movimiento súbito hizo que el animal cayera al suelo y Doon oyó un crujido bajo su pie. Los trabajadores, divertidos, no se percataron y siguieron gastándole bromas, pero Doon se dio cuenta inmediatamente de lo que había hecho. Levantó el pie y vio el revoltijo aplastado.

«Consecuencias no planeadas», se dijo con amargura. Le daba rabia su propia rabia, la manera en que surgía y manejaba la situación. Recogió los pedacitos de caparazón y pringue de debajo de su bota, y pensó: «Lo siento, no quería hacerte daño».

Durante los días siguientes, Doon fue más y más lejos en las tuberías, con la esperanza de encontrar algo que fuera no sólo interesante sino también importante. Pero lo que encontraba no parecía serlo. Una vez halló unos alicates viejos que se le habían caído a alguien, y en un par de ocasiones, monedas. Encontró un armario con suministros que parecía haber sido completamente olvidado, pero todo lo que había

en el interior eran algunas cajas llenas de tapones, arandelas, y una fiambarrera herrumbrosa con lo que parecían unos restos pasados de comida.

Encontró otro armario de suministros en el extremo sur de las tuberías. Al menos, eso fue lo que pensó que era. Estaba al final de un túnel y una cuerda lo atravesaba. De la cuerda colgaba un cartel en el que se leía: «Derrumbado. No entrar». Doon se agachó bajo la cuerda y entró de todas maneras. No pudo ver ningún signo de derrumbamiento pero, de todas maneras, no había luz. Anduvo a tientas durante veinte pasos, más o menos, hasta que llegó al final del túnel, donde se hallaba una puerta cerrada con llave. Doon no podía verla pero la podía tocar. Volvió hacia atrás, pasó por debajo de la cuerda de nuevo y caminó. A poca distancia encontró una trampilla en el techo del túnel. «Un panel de madera que debe llevar a los depósitos», pensó. Si hubiera tenido algo sobre lo que apoyarse, habría podido intentar abrirlo, pero ahora su mano quedaba a treinta centímetros de la trampilla. Probablemente estaba cerrada. Se preguntó si los Constructores habrían usado este tipo de aberturas durante la construcción de la ciudad para llegar más fácilmente de un sitio a otro.

Al terminar de realizar su trabajo cerca del túnel principal, a veces caminaba a lo largo del río. Permanecía alejado del extremo este, donde estaba el generador, porque no quería pensar en él. En vez de eso, iba en la otra dirección, hacia donde el río salía de las tuberías. El camino se desnivelaba en esa zona y era más abrupto. El río estaba bordeado por grupos de rocas con aristas que parecían surgir del suelo como hongos. A Doon le gustaba sentarse en las rocas y seguir con los dedos las superficies agrietadas y rayadas, causadas de alguna manera desconocida por el recorrido y el goteo del agua. En algunos sitios había hendiduras que casi parecían letras escritas.

Pero Doon no encontró cosas importantes. Parecía que las tuberías no tenían ninguna utilidad para una persona que quisiera salvar la ciudad. El generador era ineficaz. Nunca entendería el funcionamiento de la electricidad. Creía que podría usar la electricidad para inventar una luz móvil si estudiaba lo suficiente. Había desmontado bombillas e interruptores de pared para ver cómo estaban dispuestos los cables, pero había recibido una sacudida dolorosa y vibrante por todo el cuerpo. Cuando había enroscado los cables de la misma manera exacta él solo, nada había pasado. Finalmente había entendido que lo que producía la luz era lo que pasaba a través de los cables, y él no tenía ni idea de qué era eso.

Ahora sólo se le ocurrían dos opciones: podía darse por vencido y no hacer nada, o podía empezar a trabajar en otro tipo de luz móvil.

Doon no quería darse por vencido; así que en su día libre se fue a la biblioteca de Las Ascuas a buscar la palabra «fuego».

La biblioteca ocupaba un edificio entero de la plaza Bilbollio. La puerta estaba situada al final de un pequeño pasillo en el centro del edificio. Doon avanzó por el pasillo, abrió la puerta y entró. No había nadie, aparte del bibliotecario, el viejo Edward Pocket, que permanecía sentado frente a su escritorio escribiendo algo con un lápiz firmemente aferrado entre los nudillos. La biblioteca tenía dos habitaciones muy

grandes: una para las obras de ficción, que eran las historias que inventaba la gente con su imaginación, y otra para las obras de los hechos, que era información sobre el mundo real. Las paredes de las dos habitaciones estaban llenas de estanterías, y en las estanterías había cientos de paquetes de páginas. Cada paquete se sujetaba con trozos atados de cuerda resistente. Los paquetes se apoyaban entre sí en ángulo y permanecían apilados en montones desiguales. Algunos eran gruesos y otros eran tan finos que sólo se necesitaba un clip para mantenerlos sujetos. Las páginas de los paquetes más viejos estaban amarillentas y deformadas, con los bordes ondulados.

Éstos eran los libros de Las Ascuas, escritos a lo largo de los años por sus ciudadanos. Sus muy tupidas páginas contenían muchas cosas imaginadas y todo aquello de lo que se tenía conocimiento.

Edward Pocket levantó la vista y saludó brevemente a Doon, que era uno de los visitantes más frecuentes. Doon devolvió el saludo. Entró en la sala de las obras de hechos y se dirigió a la estantería marcada con una F. Los libros estaban ordenados por temas, pero aun así, no era fácil encontrar lo que se buscaba. Un libro sobre polillas podía estar bajo la P de «polilla», la I de «insecto», o la B de «bicho». Podía incluso llegar a figurar bajo la V de «voladores». Generalmente, para encontrar los libros sobre un tema, había que buscar en toda la biblioteca. Pero como estaba buscando «fuego», le pareció que podía empezar por la F.

El fuego era poco común en Las Ascuas. Cuando ardía un fuego era porque había ocurrido un accidente. Solía tratarse de un trapo que se había dejado demasiado cerca del hornillo eléctrico o de un cable pelado del que había saltado una chispa que había encendido una cortina. Cuando esto pasaba, los ciudadanos se apresuraban a apagarlo con cubos de agua. De todas maneras, era posible empezar un fuego a propósito. Se podía mantener un pedazo de madera en el hornillo hasta que surgiera una llama, y durante un instante se encendería, dando una luz anaranjada.

El truco consistía en mantener la llama. De tener una luz que durara, Doon podría ir a explorar las Regiones Desconocidas y ver lo que había allí. Eso era lo único que se le ocurría que podía hacer.

Sacó un libro de la estantería F. Se titulaba *Folios*. Lo dejó. El siguiente se titulaba *Cómo reparar fachadas*. También lo dejó en su sitio. Vio *Enfermedades con fiebre*, *Cómo superar el fracaso*, *Cómo divertirse con fibras de cuerda* y *Recetas de fruta envasada*, antes de encontrar *Todo sobre el fuego*. Se sentó a una de las mesas cuadradas de la biblioteca y se puso a leerlo.

Pero la persona que había escrito el libro no sabía más sobre el fuego que Doon. La mayor parte del libro estaba dedicado a describir los peligros del fuego. Una parte muy larga explicaba cómo hacía cuarenta años había ardido un edificio de la plaza Winifred, y cómo todas las puertas y todos los muebles se quemaron. El humo invadió el aire durante días. Otra parte del libro explicaba qué hacer en caso de que en el horno se prendiera fuego.

Doon cerró el libro y suspiró. Era inútil. Él podría haber escrito un libro mejor

que ése. Se levantó y paseó nerviosamente por la biblioteca. A veces se podían encontrar cosas útiles simplemente eligiendo al azar en las estanterías. Él lo había hecho muchas veces: había alargado el brazo y agarrado algo, con la esperanza de topar con la información que estaba buscando. De ser así, se trataría de algo que otra persona habría escrito, sin entender su importancia. Un par de frases que iluminarían la mente de Doon repentinamente, encajando perfectamente con otras cosas que Doon ya sabía y dando así la solución a todo.

Pese a que había encontrado a menudo cosas interesantes en estas búsquedas, nunca había encontrado nada realmente importante. Aquel día sucedió lo mismo. Encontró una colección titulada *Palabras misteriosas del pasado*, que leyó durante un rato. Se trataba de palabras y frases antiguas de las que no se recordaba el significado. Leyó unas cuantas páginas.

¡Santo Cielo! Indica sorpresa. No se sabe con claridad qué quiere decir «cielo». Podría tratarse de un sinónimo de «foco».

Burrada. Quiere decir «tontería», aunque nadie sabe de dónde procede la expresión.

A mansalva. Indica «en grandes cantidades». Podría hacer referencia al hecho de matar insectos.

Todos en el mismo barco. Quiere decir «todos en un aprieto». Se desconoce el significado de «barco».

Interesante, pero inútil. Dejó el libro en la estantería y justo cuando estaba a punto de salir de la biblioteca, se abrió la puerta y entró Lina Mayfleet.

Capítulo 9

La puerta en el túnel acordonado

LINA vio a Doon al instante, mientras él intentaba dejar un libro en la estantería. Cuando se dio la vuelta, él también la vio, y sus cejas oscuras se alzaron expresando sorpresa cuando ella se le acercó apresuradamente.

—Tu padre me ha dicho que estarías aquí —dijo ella—. Doon, he encontrado algo. Quiero enseñártelo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Creo que es algo importante. Tiene que ver con las tuberías. ¿Vendrías a verlo a mi casa?

—¿Ahora? —preguntó Doon.

Lina asintió.

Doon cogió su vieja chaqueta marrón y siguió a Lina hasta la salida de la biblioteca y a través de la ciudad, hasta la plaza Quillium.

La tienda de la abuela estaba cerrada y oscura cuando llegaron, y Lina se sorprendió al subir la escalera y ver a Eveleen Murdo sentada junto a la ventana.

—Tu abuela está en su dormitorio —dijo la señora Murdo—. No se sentía muy bien, así que me pidió que viniera.

Poppy estaba sentada en el suelo, golpeando la pata de una silla con una cuchara.

Lina presentó a Doon y le llevó a la habitación que compartía con Poppy. Él miró a su alrededor. De repente, Lina se sintió muy cohibida al ver su habitación a través de los ojos de él. Era una habitación pequeña, con muchas cosas apretujadas en su interior. Había dos camas estrechas, una mesa muy pequeña en una esquina y un taburete de cuatro patas para sentarse. Las paredes estaban llenas de ropa colgada de ganchos, y había más ropa tirada descuidadamente en el suelo. Bajo la ventana estaba la mancha marrón formada por la maceta de tierra que contenía la semilla de judía. Lina le había echado agua cada noche, porque así se lo había prometido a Clary, pero seguía sin haber nada más que tierra plana, poco prometedora.

Las posesiones más preciadas de Lina estaban situadas en unas estanterías al lado de la ventana: los trozos de papel que usaba para dibujar, sus lápices, una bufanda con un hilo de plata ribeteado. En las zonas de las paredes de las que no colgaba ropa, había dispuesto algunos de sus dibujos.

—¿Qué son? —preguntó Doon.

—Son cosas que imagino —dijo Lina, ligeramente avergonzada—. Son dibujos de... otra ciudad.

—Ah, te lo has inventado.

—Más o menos. A veces los sueño.

—Yo también dibujo —dijo Doon—. Pero otro tipo de cosas.

—¿Como cuáles?

—Generalmente insectos —dijo Doon.

Le habló de su colección de dibujos y del gusano que estaba observando.

A Lina eso le sonaba mucho menos interesante que una ciudad por descubrir, pero no lo dijo. Condujo a Doon hasta la mesa.

—Esto es lo que te quería enseñar —le dijo.

Levantó la caja de metal. Antes de que pudiera sacar los papeles que había debajo, Doon cogió la caja y la comenzó a examinar.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó.

—Estaba en el armario —dijo Lina.

Le explicó a Doon la búsqueda desafortunada de la abuela, y cómo había encontrado la caja con el cerrojo abierto y a Poppy con el papel en la boca. Mientras ella hablaba, Doon daba vueltas a la caja, abriendo y cerrando el cerrojo, y también miraba el seguro.

—Aquí hay un mecanismo extraño —dijo, mientras daba golpecitos a un pequeño compartimento metálico de la parte delantera de la caja—. Me gustaría poder ver lo que hay aquí dentro.

—Esto es lo que había en la caja —dijo Lina, levantando el papel que cubría los retazos enganchados—. Al menos, lo que queda de lo que había.

Doon se acercó y puso las manos a los lados del papel.

Lina dijo:

—Se titula «Instrucciones para Salisbury». O para «Sally». En cualquier caso, es el nombre de algo. Quizá de un alcalde, o de un guardia. Yo lo llamo «Las Instrucciones». Se lo dije al alcalde, porque pensé que podía ser importante. Le escribí una nota pero no ha contestado. No creo que esté interesado.

Doon no dijo nada.

—No hace falta que aguantes la respiración —dijo Lina—. He pegado los trozos. Mira —dijo, señalando el papel—. Esta palabra debe de ser «tuberías». Esta otra debe de ser «río». Y mira ésta: «puerta».

Doon no contestó. Se le había caído el pelo sobre la cara, así que Lina no podía ver la expresión de su rostro. Lina continuó:

—Primero pensé que se trataba de las instrucciones para hacer algo. Para arreglar la electricidad, quizá. Pero después pensé: «¿Y si son instrucciones para llegar a otro sitio?». —Doon no dijo nada, así que Lina continuó—: Me refiero a otro lugar que no sea como éste, a otra ciudad. Creo que las instrucciones dicen: «Hay que bajar a las tuberías y buscar una puerta».

Doon se apartó el pelo de la cara pero no se enderezó. Miró las palabras incompletas y frunció el ceño.

—Borde —murmuró—. «Pequeñ pan acero.» ¿A qué se referirá con esto?

—¿Un pan comestible? —dijo Lina—. Pero no entiendo cómo un pan de acero puede resultar comestible, ni qué haría en un sitio como las tuberías.

Pero Doon no respondió. Parecía estar hablando solo. Siguió leyendo, mientras

seguía las líneas con el dedo.

—Abrir —susurró—. Seguir. —Finalmente se volvió para mirar a Lina—. Creo que tienes razón —dijo—. Creo que esto es importante.

—¡Estaba segura de que tú lo verías! —gritó Lina. Estaba tan aliviada que las palabras brotaban de su garganta como un torrente—: ¡Porque tú te tomas las cosas muy en serio! Tú le dijiste la verdad al alcalde el Día del Nombamiento. Yo no quería creerlo, pero entonces ocurrió lo del apagón y me di cuenta de que las cosas estaban tan mal como tú decías. —Se detuvo, sin aliento—. Esa puerta tiene que ser la puerta que lleva a la salida de Las Ascuas.

—No lo sé —dijo Doon—. A lo mejor. O quizá es una puerta que lleve a algo importante, aunque no se trate de eso.

—Pero tiene que ser eso. ¿Qué otra cosa podría ser tan importante como para encerrarla bajo llave en una caja tan elaborada?

—Bueno, supongo que podría tratarse de un depósito que contuviera unas herramientas especiales o algo así. —Su rostro se transformó con una expresión de sorpresa—. De hecho, vi una puerta en un sitio en el que no esperaba encontrar nada, en el túnel 351. Estaba cerrada con llave. Pensé que se trataba de un viejo armario de suministros. Me pregunto si no será ésa la puerta que buscamos.

—¡Tiene que ser ésa! —gritó Lina. Su corazón se detuvo.

—No estaba cerca del río —dijo Doon, dubitativamente.

—¡Eso no importa! —respondió Lina—. El río atraviesa las tuberías, eso es todo. Probablemente diga: «Descended junto al río, después seguid por aquí, luego por allí...».

—A lo mejor —dijo Doon.

—¡Seguro! —gritó Lina—. ¡Sé que es ésa! Es la puerta que indica la salida de Las Ascuas.

—Pero no sé si eso tiene sentido —dijo Doon—. Una puerta en las tuberías sólo puede llevar a algún lugar bajo tierra, y no entiendo cómo eso...

Lina no tenía paciencia para escuchar el razonamiento de Doon. Quería bailar por toda la habitación; estaba muy nerviosa.

—¡Tenemos que comprobarlo! —dijo—. ¡Tenemos que comprobarlo cuanto antes!

Doon tenía cara de estar asustado.

—Bueno, puedo ir y tratar de abrir la puerta de nuevo —dijo—. Antes estaba cerrada con llave, pero supongo que...

—Yo también quiero ir —dijo Lina.

—¿Quieres bajar a las tuberías?

—¡Sí! ¿Puedes hacer que entre?

Doon dudó un instante.

—Creo que sí. Si vienes a la hora de salida y esperas junto a la puerta, yo me quedaré sin que nadie me vea, hasta que todo el mundo se haya ido, y te dejaré entrar.

—¿Mañana?

—De acuerdo. Mañana.

* * *

Al día siguiente, Lina paró en casa el tiempo justo para quitarse la chaqueta de mensajero y atravesó la ciudad a toda prisa, hasta llegar a las tuberías.

Doon la esperaba junto a la puerta y ella le siguió hacia dentro. Allí, Doon le dio un impermeable y unas botas para que se los pusiera. Bajaron por la larga escalera de piedra y, cuando llegaron al túnel principal, Lina se quedó quieta, mirando el río.

—No sabía que fuera tan grande —dijo cuando recuperó la voz para hablar.

—Sí —dijo Doon—. Dicen que cada tanto alguien se cae. Si te caes, no hay esperanza de que te saquen. El río te traga y te lleva.

Lina se estremeció. Allí abajo hacía frío. Sintió frío por todo el cuerpo. Frío en la piel, en la sangre, en los huesos.

Doon la condujo por el camino situado junto al río. Después de un rato llegaron a una abertura en la pared, que tomaron, mientras dejaban atrás el río. Doon siguió guiándola por las curvas de los túneles. Las botas de goma pisaban charcos de agua. Lina pensó cuán horrible sería trabajar allí abajo todo el día, cada día. Era un lugar espeluznante, al que la gente no pertenecía. Ese río negro... parecía sacado de una pesadilla.

—Aquí tienes que agacharte —dijo Doon.

Habían llegado al túnel acordonado.

—Pero aquí no hay luz —dijo Lina.

—No —respondió Doon—. Tenemos que tantear el camino. No está muy lejos.

Esquivó la cuerda y entró. Lina hizo lo mismo. Se adentraron en la oscuridad. Lina mantuvo una mano en la pared mojada y puso un pie delante del otro con cuidado.

—Aquí está —dijo Doon. Se había detenido unos pasos delante de Lina. Ella lo siguió—. Acerca las manos —dijo él—. La podrás tocar.

Lina sintió una superficie lisa y dura. Tenía un pomo de metal y, debajo, una cerradura. Parecía una puerta normal, no una entrada a un mundo nuevo. Pero eso es lo que hacía que todo fuera tan emocionante: nada era lo que parecía.

—Intentémoslo —susurró.

Doon agarró el pomo y lo giró.

—Está cerrada —dijo.

—¿Hay algo de pan por ahí?

—¿Pan?

—Las instrucciones decían algo de «pequeño pan de acero». A lo mejor se referían a la llave.

Tantearon a su alrededor, pero no había nada. Tan sólo las paredes de roca. Dieron

golpecitos a las paredes, pusieron la oreja junto a la puerta, sacudieron el pomo, lo estiraron y lo empujaron. Finalmente, Doon dijo:

—Bueno, no podemos entrar. Supongo que será mejor que nos vayamos.

Entonces oyeron el ruido. Era un sonido parecido a un correteo y algo que se arrastraba, que parecía provenir de un lugar cercano. Lina dejó de respirar y se agarró al brazo de Doon.

—Rápido —susurró Doon.

Regresó al túnel iluminado, seguido por Lina. Se agacharon para pasar por debajo de la cuerda y dieron un giro; entonces pararon, se quedaron inmóviles y escucharon. Un sonido de algo que golpeaba el suelo con fuerza. Un golpe. Una pausa... y después, el sonido de un impacto, un respingo corto y contundente y una palabra pronunciada en voz ronca y baja.

Después, pasos lentos, cada vez más cerca.

Se pegaron a la pared y permanecieron quietos. Los pasos se detuvieron durante un momento y después hubo un gruñido. Entonces los pasos continuaron, pero parecían hacerse más débiles. Durante un momento, en la distancia, se produjo otro sonido: el tintineo de una llave girando en una cerradura, seguido del chasquido de un pestillo que se abre.

Lina miró a Doon con asombro. ¡Alguien había entrado en el túnel acordonado y había abierto la puerta! Acercó los labios a la oreja de Doon.

—¿Intentamos ver quién es? —susurró.

Doon sacudió la cabeza.

—Creo que no deberíamos —dijo—. Deberíamos irnos.

—Podríamos mirar desde la esquina.

Era demasiado tentador como para no hacerlo. Se arrastraron hasta el lugar en el que el túnel giraba. Desde allí, podían ver la entrada al túnel acordonado. Observaron mientras aguantaban la respiración.

En un minuto oyeron un golpe y un chasquido: la puerta cerrándose, la cerradura girando y nuevamente los pasos, esta vez rápidos. Una pierna larga pasó por encima de la cuerda y el dueño de la pierna giró y se alejó. Todo lo que llegaron a ver fue su espalda: un abrigo negro, y pelo negro revuelto. Caminaba tambaleándose de una manera que a Lina le resultó extrañamente familiar. En unos segundos, se había desvanecido entre las sombras.

Cuando salieron de las tuberías, se sacaron las botas y el impermeable; se apresuraron a sentarse en un banco de la plaza Plummer y comenzaron a hablar de manera vertiginosa.

—¡Alguien llegó antes que nosotros! —dijo Lina.

Doon dijo:

—Caminaba despacio cuando entró, como si buscara algo.

Y cuando salió, caminaba tan deprisa...

—¡Como si hubiera encontrado algo! ¿Qué sería? ¡No puedo soportar no saberlo!

Doon se levantó de un salto. Se paseó de un lado a otro frente al banco.

—Pero ¿cómo consiguió la llave? —preguntó—. ¿Habrás encontrado unas instrucciones como las que tú hallaste? Y ¿cómo se metió en las tuberías? No creo que trabaje allí.

—Había algo en su manera de caminar que me resultó familiar —dijo Lina—. Pero no sé muy bien por qué.

—Bueno, de cualquier forma, él abrió la puerta y nosotros no podemos hacerlo —dijo Doon—. Si la puerta va a algún sitio, si es la salida de Las Ascuas, muy pronto se lo dirá a toda la ciudad. Será un héroe. —Doon volvió a sentarse—. Si ha encontrado la salida, por supuesto que nos alegraremos —dijo con tristeza—. No importa quién la encuentre, mientras ayude a salvar la ciudad.

—Claro que sí —dijo Lina.

—Sólo que pensé que seríamos nosotros los que la encontraríamos —comentó Doon.

—Sí —dijo Lina, mientras pensaba en lo fantástico que hubiera sido plantarse delante de todos los ciudadanos de Las Ascuas y anunciar su descubrimiento.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, perdidos en sus pensamientos. Pasó un hombre con un carro lleno de trozos de madera. Una mujer, apoyada en una ventana iluminada en la calle Gappery, llamó a unos niños que jugaban en la plaza de abajo. Un par de guardias con sus uniformes rojos y marrones caminaban tranquilamente por la plaza, riéndose. El reloj de la ciudad dio seis campanadas que Lina pudo sentir, como escalofríos, bajo las costillas.

—Supongo que ahora tendremos que esperar a ver si hay un anuncio oficial —dijo Doon.

—Supongo que sí —respondió Lina.

—A lo mejor la puerta no es nada importante, después de todo —dijo Doon—. Quizá sólo se trata de un armario de suministros, viejo y sin usar.

Pero Lina no quería creer eso. A lo mejor no se trataba de la puerta hacia otro sitio, pero aun así era un misterio: un misterio relacionado con un enigma mayor, que ellos trataban de resolver. Estaba convencida de ello.

Capítulo 10

Cielo azul y despedida

LINA no durmió bien aquella noche. Tuvo pesadillas en las que algo peligroso acechaba en la oscuridad. Cuando las luces se encendieron a la mañana siguiente y abrió los ojos, en lo primero que pensó fue en la puerta de las tuberías, pero inmediatamente quedó decepcionada al recordar que la puerta estaba cerrada y que era otra persona, y no ella, quien sabía lo que había detrás.

Entró a despertar a la abuela.

—Es hora de despertarse —dijo, pero la abuela no contestó.

Permanecía tumbada, con la boca medio abierta, y respiraba de una manera ronca y extraña.

—No me siento muy bien —dijo finalmente, con voz débil.

Lina le tocó la frente. Estaba caliente. En cambio, sus manos estaban muy frías. Corrió a buscar a la señora Murdo y después fue a la plaza Cloving, a decirle a la capitana Fleery que no iría a trabajar. Acto seguido, corrió a la calle Oliver, a la oficina de la doctora Tower, y golpeó la puerta hasta que la doctora le abrió.

La doctora Tower era una mujer delgada, con el pelo despeinado y sombras bajo los ojos. En cuanto vio a Lina, pareció que su cansancio aumentaba.

—Doctora Tower —dijo Lina—, mi abuela está enferma. ¿Vendrá a verla?

—Iré —dijo—. Pero no puedo prometer que sea capaz de ayudarla. No tengo muchos medicamentos.

—Venga a verla. A lo mejor no los necesita.

Lina condujo a la doctora hasta su casa, que estaba a unas pocas manzanas de distancia. Cuando vio a la abuela, la doctora suspiró.

—¿Cómo se encuentra, abuela Mayfleet? —preguntó.

La abuela la miró con ojos adormilados.

—Creo que estoy enferma —dijo.

La doctora Tower le puso una mano en la frente. Le pidió que sacara la lengua y escuchó su respiración y los latidos de su corazón.

—Tiene fiebre —le dijo a Lina—. Es necesario que te quedes con ella. Hazle una sopa y que beba agua. Ponle trapos húmedos sobre la frente. —Cogió la mano huesuda de la abuela entre las suyas, fuertes y rojizas—. Hoy, lo mejor para usted será dormir —dijo—. Su querida nieta la cuidará.

Y eso es lo que hizo Lina durante todo el día. Cocinó una sopa ligera de espinacas y cebollas, que le dio de comer a la abuela a cucharadas. Le acarició la frente, la tomó de la mano y le contó cosas que la animaran. Mantuvo a Poppy todo lo silenciosa que pudo. Pero mientras hacía todo eso, en el fondo de su mente permanecía el recuerdo de los días en que su padre había estado enfermo, cuando parecía apagarse como una bombilla que pierde energía y su respiración se asemejaba cada día más al agua que

pasa a través de una tubería atascada. Aunque no quería, no pudo sino recordar la noche en que su padre exhaló aire y no volvió a tomar otra bocanada. Recordó otra mañana, unos meses después, cuando la doctora Tower salió de la habitación de su madre con un bebé que lloriqueaba y con la cara ensombrecida por las malas noticias.

Al caer la tarde, la abuela se hallaba inquieta. Se incorporó con el codo.

—¿Lo encontramos? —le preguntó a Lina—. ¿Lo encontramos, finalmente?

—¿Si encontramos qué, abuela?

—La cosa que se había perdido —dijo la abuela—. Esa cosa vieja que mi abuelo perdió...

—Sí —dijo Lina—. No te preocupes, abuela: lo encontramos. Ahora está a salvo.

—Bien. —La abuela se hundió de nuevo entre las almohadas y sonrió mirando el techo—. Qué alivio —dijo.

Tosió un par de veces, cerró los ojos y se durmió.

Lina también se quedó en casa al día siguiente. Fue un día largo. La abuela durmió la mayor parte del tiempo. Poppy estaba encantada de que Lina estuviera en casa y se le acercaba, tropezaba, le traía cosas que encontraba (cucharas, un zapato suelto) y las golpeaba contra las rodillas de Lina mientras decía:

—¡Juega gon ezto! ¡Juega gon ezto!

Lina jugó con ella a gusto durante un rato, pero se acabó cansando de golpear cucharas, tirar de los trapos y arrastrar zapatos.

—Hagamos otra cosa —le dijo a Poppy—. ¿Dibujamos?

La abuela se había acabado un tazón entero de sopa durante la cena y se estaba volviendo a quedar dormida, así que Lina sacó sus lápices de colores y dos etiquetas de latas que había estado reservando. Por la parte de atrás eran completamente blancas, y eran suficientemente buenas para dibujar, una vez hubieran sido alisadas. Con el cuchillo más afilado de la cocina, talló los extremos de los lápices hasta sacarles punta. Le dio a Poppy el lápiz verde y una etiqueta. Ella cogió el lápiz azul y alisó la otra etiqueta sobre la mesa.

¿Qué podía dibujar? En cuanto cogía un lápiz, era como si se abriera un grifo en el interior de su mente que dejara fluir la imaginación. Podía sentir cómo surgían las imágenes a presión, igual que el agua en una tubería. Siempre creía que acabaría dibujando algo maravilloso, pero al final lo que dibujaba no se acababa adecuando del todo a esa sensación. Era como cuando intentaba explicar un sueño: las palabras no transmitían todo lo que sentía.

Poppy agarró el lápiz con el puño y realizó un garabato alocado.

—Miiiiira —gritó.

—Precioso —dijo Lina.

Entonces, sin tener una idea demasiado clara de lo que iba a hacer, empezó su dibujo. Comenzó en la parte izquierda de la etiqueta. Primero dibujó una caja alta y alargada: un edificio. Después siguió con otras cajas, que situó al lado: un conjunto de edificios. Acto seguido, dibujó algunas personas diminutas que caminaban por la

calle, junto a los edificios. Dibujó lo que dibujaba casi siempre: la otra ciudad. Y cada vez que la dibujaba, tenía la misma sensación frustrante: había más cosas que dibujar. Había otras cosas en esa ciudad, cosas maravillosas, pero no se las podía imaginar. Todo lo que sabía es que esa ciudad brillaba de un modo diferente a Las Ascuas. Lo que no sabía era de dónde venía ese resplandor.

Dibujó más edificios y los llenó de puertas y ventanas. Puso farolas y añadió un invernadero. Dibujó todo tipo de edificios, de todos los tamaños, por toda la hoja. Todos los edificios eran blancos, porque ése era el color del papel.

Dejó el lápiz y contempló lo que había hecho. Era el momento de colorear el cielo. En los dibujos que había realizado anteriormente, el cielo era del color real: negro. Pero esta vez decidió hacerlo de color azul, porque estaba usando el lápiz azul. Metódicamente, mientras Poppy rayaba y garabateaba a su lado, Lina coloreó el espacio sobre los edificios con líneas cortas, hasta que el cielo quedó enteramente azul.

Echó la cabeza hacia atrás y miró el dibujo. Pensó: «¿No sería extraño tener un cielo azul?». Pero le gustaba cómo quedaba. Cielo azul. Sería hermoso.

Poppy había empezado a usar su lápiz para hacer agujeros en el papel. Lina dobló su dibujo y le quitó la hoja a Poppy.

—Hora de cenar —dijo.

* * *

En algún momento de la noche, Lina se despertó súbitamente y le pareció que había oído algo. ¿Había estado soñando? Permaneció tumbada, quieta, con los ojos abiertos en medio de la oscuridad. El sonido volvió; era una llamada débil y temblorosa: «Lina...».

Se levantó y se dirigió hacia la habitación de la abuela. Aunque había vivido en la misma casa durante toda su vida, aún le resultaba difícil moverse en ella por la noche, cuando la oscuridad era absoluta. Parecía como si los muebles se hubieran movido ligeramente de sitio y las paredes se hubieran desplazado un poco. Lina permaneció cerca de las paredes, tanteando el camino. Allí estaba la puerta de su habitación. Allí la cocina y la mesa. Se estremeció al golpearse un dedo del pie contra una de las patas. Si seguía un poco más llegaría a la pared de enfrente, donde estaba la puerta de la habitación de la abuela. La voz de la abuela parecía una fina línea que atravesaba el aire oscuro.

—Lina... Ven y ayúdame... Necesito...

—Voy, abuela —gritó Lina.

Tropezó con algo —un zapato, quizá— y cayó sobre la cama.

—¡Aquí estoy, abuela! —dijo.

Buscó su mano, y la encontró muy fría.

—Me siento muy rara —dijo la abuela. Su voz era un susurro—. Soñé... soñé con

un bebé... o el bebé de alguien...

Lina se sentó en la cama. Con cuidado, siguió la silueta de su abuela hasta llegar a los hombros. Sus dedos se enredaron en los mechones de la abuela. Presionó un dedo junto a su garganta, buscando el pulso, tal como le había enseñado la doctora. Era fuerte, como si se tratara de una polilla herida que da vueltas en círculos irregulares.

—¿Te traigo un poco de agua, abuela? —preguntó Lina. No sabía qué otra cosa hacer.

—Nada de agua —dijo la abuela—. Quédate un rato conmigo.

Lina puso un pie debajo de la abuela y la manta sobre su regazo. Le cogió la mano y la acarició suavemente con un dedo.

Ninguna de las dos dijo nada durante largo rato. Lina se quedó escuchando la respiración de su abuela. Inspiraba aire de manera profunda y temblorosa, y lo dejaba ir con un suspiro. A continuación había un silencio largo, antes de que ella volviera a empezar. Lina cerró los ojos. No tenía sentido mantenerlos abiertos: no había nada que ver, aparte de la oscuridad. Sentía únicamente la mano fría y delgada de su abuela, y el sonido de su respiración. Cada tanto, la abuela murmuraba unas palabras que Lina no lograba descifrar, a lo que Lina respondía acariciándole la cabeza y diciendo:

—No te preocupes, está bien. Casi es de día.

Sin embargo, no sabía si eso era cierto o no.

Tras un largo rato, la abuela se sacudió ligeramente y pareció que despertaba.

—Vete a la cama, querida —dijo—. Ya estoy bien. —Su voz era clara, pero muy débil—. Vete a dormir.

Lina se adelantó, hasta que su cabeza quedó apoyada en el hombro de la abuela. Su pelo le hacía cosquillas en la cara.

—De acuerdo —susurró—. Buenas noches, abuela.

Le apretó los hombros suavemente. Mientras se levantaba, le invadió una tremenda oleada de soledad. Quería ver el rostro de la abuela, pero la oscuridad lo ocultaba todo. Aún podía faltar mucho hasta la mañana siguiente; no tenía manera de saberlo. Anduvo a tientas hasta su propia cama y cayó en un profundo sueño. Horas después, cuando el reloj dio las seis y se encendieron las luces, Lina se acercó a la habitación de su abuela con temor. La encontró pálida y muy quieta, sin un atisbo de vida.

Capítulo 11

Las provisiones de Lizzie

LINA pasó todo el día en la casa de la señora Murdo, que era igual que la suya, pero más ordenada. Tenía un sofá, un sillón voluminoso cubierto de un material peludo a rayas y una mesa grande. La mesa, a diferencia de la suya, no se tambaleaba. Sobre la mesa había una cesta, dentro de la cual se hallaban tres nabos; todos eran de color lavanda en un extremo y blanco en el otro. Lina pensó que la señora Murdo los habría puesto allí no sólo porque se los iba a comer durante la cena, sino también porque eran bonitos.

Lina se sentó de lado en el sofá, con las piernas estiradas, y la señora Murdo la cubrió con una manta de color gris verdoso.

—Esto te mantendrá caliente —le dijo, poniéndola alrededor de las piernas de Lina.

Lina no tenía frío, pero sí estaba muy triste, lo que, de alguna manera, era similar. La manta la hacía sentir bien, como si alguien la estuviera sosteniendo. La señora Murdo le dio a Poppy una bufanda larga para que jugara y cocinó una sopa cremosa de champiñones. Lina se quedó allí todo el día, arrebujada en su manta. Pensó en su abuela, que había tenido una vida larga y en general feliz. Lloró un poco y se durmió. Luego se despertó y jugó con Poppy. El día fue extraño pero confortable, como si se tratara del final de una época y el principio de otra.

A la mañana siguiente, Lina se levantó y se preparó para ir a trabajar.

La señora Murdo le dio té de remolacha y espinacas salteadas para desayunar.

—Se acerca el Día de los Cantos —le indicó a Lina mientras comían—. ¿Te sabes tu parte?

—Sí —dijo Lina—. La recuerdo bastante bien del año pasado.

—Me gusta bastante el Día de los Cantos —dijo la señora Murdo.

—A mí me encanta —dijo Lina—. Creo que es mi día favorito del año.

Una vez al año, los ciudadanos se juntaban para cantar las tres mejores canciones de Las Ascuas. El solo hecho de pensar en ello hacía que Lina se sintiera mejor. Acabó su desayuno y se puso la chaqueta roja.

—No te preocupes por Poppy, yo la cuidaré —dijo la señora Murdo, mientras Lina se aproximaba a la puerta—. Cuando vuelvas esta noche hablaremos de cómo nos organizamos.

—¿Cómo nos organizamos? —dijo Lina.

—Bueno, vosotras dos no os las podéis arreglar solas, ¿a que no?

—¿No podemos?

—Por supuesto que no —dijo con dureza la señora Murdo—. ¿Quién va a cuidar de Poppy mientras tú vas a entregar mensajes? Os tenéis que mudar a vivir conmigo. Tengo una habitación libre, y es bastante bonita. Ven a verla.

Abrió la puerta y Lina echó un vistazo. Nunca había visto una habitación tan acogedora. Tenía una cama llena de bultos, cubierta con una manta de un azul desvaído, y una cabecera con cuatro almohadas mullidas. Junto a la cama había una mesita con cajones, y los pomos de los cajones tenían forma de lágrima y estaban cubiertos de espejos. Las alfombras eran de todas las gamas de verde y azul, y en la esquina había una mesa maciza y una silla con un respaldo que parecía una escalera.

—Ésta será vuestra habitación —dijo la señora Murdo—. Tuya y de Poppy. Tendréis que compartir la cama, pero es suficientemente grande.

—Es preciosa —dijo Lina—. Es usted muy amable, señora Murdo.

—Bueno —dijo rápidamente la señora Murdo—, es puro sentido común. Necesitáis un sitio para vivir. Yo lo tengo. Ahora vete, te veré esta tarde.

Habían pasado tres días desde que Doon y Lina habían visto al hombre en las tuberías, y todavía no se había producido ningún anuncio oficial, así que si el hombre había descubierto una salida de Las Ascuas, se la estaba guardando para sí mismo. Lina no podía entender por qué.

Mientras Lina corría por la ciudad con los mensajes de su primer día de vuelta al trabajo, le parecía que el humor de la gente era aún más sombrío que antes. Las colas en los mercados eran largas y silenciosas, y la gente se reunía en las plazas y hablaba en voz baja. Muchas tiendas —parecían ser más cada día que pasaba— colgaban carteles con la palabra «Cerrado» o «Abierto lunes y martes. Solamente». Cada tanto, las luces parpadeaban, y la gente se detenía y miraba hacia arriba con terror. Cuando el parpadeo cesaba y las luces permanecían encendidas, la gente simplemente tomaba aire y seguía caminando.

Lina siguió entregando los mensajes con normalidad, pero por dentro se sentía extraña. A cada lugar al que corría, oía en su interior las mismas palabras, como el son de un tambor: «Sola en el mundo, sola en el mundo». No era exactamente así. Tenía a Poppy. Tenía amigos. Tenía a la señora Murdo, que era una mezcla de amiga y familiar. Pero se sentía como si hubiera crecido de repente, en los últimos tres días. Ahora era una especie de madre. Lo que le ocurriera a Poppy dependía de ella en mayor o menor medida.

Mientras transcurría el día, dejó de pensar en la frase «sola en el mundo, sola en el mundo» y comenzó a plantearse su nueva vida en casa de la señora Murdo. Pensó en la habitación verde y azul y planeó dónde colocar sus dibujos en las paredes. El que había dibujado con el lápiz azul quedaría especialmente bien porque haría juego con las alfombras. Se llevaría las almohadas de su casa, para añadirlas a las que ya había en la cama: así tendrían seis. A lo mejor podría buscar algunos vestidos viejos o camisas de color azul y hacer fundas con ellos. La habitación verde y azul, el apartamento ordenado, las comidas preparadas y las mantas bien dispuestas por la noche le dieron una sensación de comodidad, de lujo, casi. Se sentía muy agradecida por la bondad de la señora Murdo. Pensó: «No estoy preparada para estar sola en el mundo».

Más tarde, Lina tuvo que dar un mensaje en la calle Lampling. Lo entregó y, mientras volvía, divisó a Lizzie saliendo del almacén de suministros. Su pelo anaranjado era inconfundible.

—¡Lizzie! —gritó.

Lizzie no parecía haberla oído, ya que seguía caminando. Lina volvió a gritar:

—¡Lizzie, espera! —Esta vez quedó claro que Lizzie la había oído, pero en vez de volverse, caminó más deprisa. «¿Qué le pasa?», se preguntó Lina. Corrió detrás de ella, y la agarró por la parte posterior del abrigo—. ¡Lizzie, soy yo!

Lizzie paró y se dio la vuelta.

—¡Oh! —dijo. Su cara estaba roja—. ¡Eres tú! ¡Hola! Pensé que era... no me di cuenta de que eras tú. —Sonrió ampliamente, pero tenía la mirada distraída—. Iba hacia mi casa —dijo, con los brazos abrazados a un saco.

—Te acompaño —dijo Lina.

—Ah. Bien —dijo Lizzie, aunque la idea no pareció gustarle demasiado.

—Lizzie, ha ocurrido algo triste —dijo Lina—. Mi abuela ha muerto.

Lizzie le lanzó una mirada de reojo, pero no dejó de caminar.

—Qué lástima —dijo, en tono ausente—. Pobrecita.

¿Qué le pasaba? Lizzie solía interesarse por los problemas de los demás. Además, podía simpatizar con ellos, siempre que no estuviera inmersa en sus propios problemas.

Lina cambió de tema.

—¿Qué hay en el saco? —preguntó.

—Tan sólo unas provisiones —dijo Lizzie—. Pasé por el mercado después del trabajo.

—Ah, ¿sí?

Lina estaba desconcertada. Acababa de ver salir a Lizzie de la oficina del almacén.

Lizzie no contestó. Comenzó a caminar y a hablar muy deprisa.

—Hoy ha sido un día muy atareado en el trabajo. Trabajar es muy duro, ¿verdad, Lina? Creo que trabajar es mucho más duro que ir a la escuela, y no es tan interesante. Haces lo mismo cada día. Me canso tanto... ¿Tú no te cansas, corriendo de aquí para allá todo el día?

Lina empezó a decir que le gustaba correr y que casi nunca se cansaba, pero Lizzie no esperó su respuesta.

—Bueno, al menos hay un par de cosas buenas. Adivina: tengo novio. Lo conocí en el trabajo. Le gusto mucho, dice que mi pelo es exactamente del mismo color que un hornillo al rojo vivo.

Lina rió.

—Es cierto, Lizzie —dijo—. Parece que tu cabeza esté ardiendo.

Lizzie también rió y levantó una mano para ahuecarse el pelo. Acto seguido, frunció los labios y batió las pestañas.

—Dice que soy tan guapa como un tomate rojo.

Ahora cruzaban la plaza Torrick, que estaba atestada de gente. La gente acababa de salir del trabajo y se alineaba frente a las tiendas, para después salir corriendo con paquetes. Un grupo de niños estaba sentado en el pavimento, jugando a algo.

—Y tu novio, ¿quién es? —preguntó Lina.

Justo en ese momento, Lizzie tropezó. Había estado pavoneándose de su belleza, sin prestar atención a por dónde iba, y su pie dio con una zona irregular de la calzada. Se tambaleó y cayó. A medida que caía, el saco se le escapó de las manos y chocó contra el suelo, abriéndose por un lado y dejando salir unas latas que rodaron en todas direcciones.

Lina buscó el brazo de Lizzie.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

Pero Lizzie salió disparada a recoger las latas, dejando claro que se encontraba bien. Quiriendo ayudar, Lina fue en busca de las latas. Había dos debajo de un banco, y otra se dirigía hacia los niños, que miraban a Lizzie avanzar como una araña enloquecida. Lina recogió las latas de debajo del banco y por un segundo se le cortó la respiración. Una de ellas era una lata de melocotones. Decía MELOCOTONES y tenía un dibujo de un globo anaranjado. No conocía a nadie que hubiera visto una lata de melocotones en años. Miró la otra. Era igualmente increíble: MAÍZ A LA CREMA. Lina recordó haber probado el maíz a la crema cuando tenía cinco años, y había sido un lujo emocionante.

Alguien gritó. Levantó la mirada. Uno de los niños había recogido una lata.

—¡Mirad esto! —gritó. El resto de los niños se apiñaron en torno a él—. ¡Compota de manzana!

Los otros niños murmuraron: «Compota de manzana, compota de manzana», como si nunca hubieran oído esas palabras.

Lizzie permanecía de pie, con todas las latas, exceptuando las dos que habían caído en manos de Lina y la que había recogido el niño. Se quedó parada durante un momento, mirando alternativamente a Lina y al grupo de niños. De repente, esbozó una sonrisa, radiante y falsa.

—Gracias por ayudarme —dijo—. Las encontré en una estantería de la parte de atrás del mercado. Qué sorpresa, ¿verdad? Os las podéis quedar.

Saludó con la mano a los niños, volvió a saludar a Lina y se fue, agarrando el saco por la parte superior, de modo que le colgaba al lado y le golpeaba las piernas.

Lina no la siguió. Caminó en dirección a su casa, pensando en el saco lleno de latas. En las estanterías de los mercados no se encontraban latas de melocotones, compota de manzana y maíz a la crema. Lizzie mentía. Y si las latas no provenían del mercado, ¿de dónde venían? Sólo había una respuesta: de los almacenes. De alguna manera, Lizzie las había conseguido porque trabajaba en la oficina de los almacenes. ¿Había pagado por ellas? ¿Cuánto? ¿O se las había llevado sin pagar?

La señora Murdo había hecho un estofado de remolacha y judías para la cena de

esa noche. Cuando Lina le mostró las dos latas, soltó un respingo, sorprendida.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó.

—Me las dio una amiga —dijo Lina.

—¿Y de dónde las sacó tu amiga?

Lina se encogió de hombros.

—No lo sé.

La señora Murdo frunció el ceño ligeramente, pero no hizo más preguntas. Abrió las latas y se dieron un festín: maíz a la crema con el estofado y melocotones de postre. Era la mejor comida que Lina había probado en años, pero su disfrute quedó un tanto empañado por la pregunta acerca de la procedencia de las latas.

A la mañana siguiente, Lina se dirigió a la calle Broad. Antes de empezar a entregar los mensajes, iba a tener que hablar con Lizzie.

La espió desde la distancia, a media manzana de la oficina. Paseaba mientras miraba los escaparates y llevaba una bufanda verde alrededor del cuello. Lina corrió rápidamente y se situó detrás de ella.

—Lizzie —dijo.

Lizzie se volvió. Cuando vio a Lina, se estremeció. No dijo nada. En vez de eso, se dio la vuelta y siguió caminando. Lina agarró un extremo de la bufanda verde y detuvo a Lizzie con una sacudida.

—Lizzie —dijo—. ¡Para!

—¿Por qué? —dijo Lizzie—. Voy al trabajo.

Intentó escabullirse pero no llegó muy lejos, ya que Lina tenía firmemente aferrada la bufanda.

Lina habló en voz baja. Había gente a su alrededor —un par de ancianos apoyados contra una pared, un grupo de niños que parloteaba frente a ellas, trabajadores que iban en dirección a los almacenes— y no quería que las oyeran.

—Tienes que decirme cómo conseguiste esas latas —dijo.

—Ya te lo dije: las encontré en la parte de atrás del mercado, en una estantería. Suelta la bufanda.

Lizzie intentó arrancar la bufanda de la mano de Lina, pero ésta la tenía firmemente agarrada.

—No es cierto —dijo Lina—. En ningún mercado se dejarían olvidadas cosas como éstas. Dime la verdad.

Tiró fuertemente de la bufanda.

—¡Para!

Lizzie estiró la mano y agarró un mechón de pelo de Lina. Lina pegó un grito y tiró aún más fuerte de la bufanda. Las dos se enfrentaron, agarrándose de los pelos y los abrigos. Chocaron con una mujer que les habló con brusquedad y finalmente cayeron sobre el pavimento.

Lina fue la primera en reírse. Era igual que cuando se peleaban por diversión, persiguiéndose la una a la otra y riendo a gritos. Ahí estaban otra vez, casi dos chicas

hechas y derechas, sentadas en el borde de la calzada.

Un momento más tarde, Lizzie también se echó a reír.

—Mira que eres taruga —dijo—. De acuerdo, te lo diré. De todas maneras, quería hacerlo. —Lizzie se adelantó, apoyándose en los codos, y bajó la voz—. La cosa es así —dijo—: hay un trabajador del almacén que se llama Looper. Es un porteador. ¿Le conoces? Iba dos clases por delante de nosotras. Looper Windly.

—Sé quién es —dijo Lina—. Llevé un mensaje al alcalde de su parte, en mi primer día. Alto, con el cuello larguirucho. Los dientes grandes. Pinta rara.

Lizzie pareció sentirse herida.

—Bueno, yo no le describiría de esa manera. Yo creo que es guapo.

Lina se encogió de hombros.

—Bueno. Continúa.

—Looper explora los almacenes. Entra en los que no tienen llave. Quiere saber cuál es la situación real, Lina. No es como la mayoría de los trabajadores, que van tirando, haciendo sus trabajos para después irse a casa. Quiere descubrir cosas.

—¿Y qué ha descubierto? —preguntó Lina.

—Que hay ciertas cosas, muy poco corrientes, que se han ido quedando en algunas salas. Ya sabes, Lina —dijo—, que hay un montón de habitaciones ahí abajo. Algunas, especialmente las de los extremos, están marcadas como vacías en el libro de contabilidad, así que nadie las visita nunca. Pero Looper ha descubierto que no todas están vacías.

—Y se ha estado llevando cosas.

—Solamente algunas. Y no muy a menudo.

—Y te da algunas.

—Sí. Porque le gusto.

Lizzie esbozó una pequeña sonrisa y se cruzó de brazos.

«Ya veo —pensó Lina—. Así es como se siente con respecto a Looper.»

—Pero Looper está robando —dijo Lina—. Y, Lizzie, no sólo está robando cosas para ti. ¡También tiene una tienda! ¡Roba cosas y las vende a precios altísimos!

—No es cierto —dijo, pero parecía preocupada.

—Sí lo es. Lo sé porque compré algo en su tienda hace unas semanas. Tiene una caja entera de lápices de colores.

Lizzie frunció el ceño.

—A mí nunca me dio lápices de colores.

—No te tendría que dar nada, ni vender esas cosas. ¿No crees que todo el mundo debería estar enterado de la comida que encontró?

—¡No! —gritó Lizzie—. Escucha: si sólo queda una lata de melocotones, sólo se la comerá una persona, ¿verdad? ¿Por qué tendría que estar enterado todo el mundo? Acabarían peleándose por ella. ¿Qué tendría eso de bueno? —Lizzie alargó una mano y la puso sobre la rodilla de Lina—. Escúchame: le pediré a Looper que te busque algunas cosas buenas. Sé que lo hará si yo se lo pido.

Antes de que tuviera tiempo para pensar, Lina se oyó a sí misma diciendo:

—¿Qué clase de cosas?

Los ojos de Lizzie brillaron.

—Me dijo que hay dos paquetes de papel de colores. Y algo de jarabe para la tos. Y tres pares de zapatos para chica.

Eso era un tesoro. ¡Papel de colores! Y jarabe para la tos y zapatos... Hacía casi dos años que Lina no conseguía zapatos nuevos. Su corazón se aceleró. Lo que Lizzie decía era verdad: si la gente supiera que había ese tipo de cosas maravillosas en los almacenes, se pelearían entre ellos para conseguirlas. Pero ¿y si nadie lo supiera? ¿Qué diferencia habría si ella se quedara los zapatos nuevos o el papel de colores? De repente, Lina deseó esas cosas con tanta fuerza que se sintió débil. Por su cabeza cruzó una imagen: las estanterías de la casa de la señora Murdo llenas de cosas buenas, y ellas tres más seguras y felices que los demás.

Lizzie se acercó y bajó la voz:

—Looper encontró una lata de piña. La iba a compartir con él, pero te daré un poco si no se lo cuentas a nadie.

¡Piña! Esa cosa exquisita, perdida hace tanto tiempo, de la que su abuela le había hablado. ¿Acaso había algo de malo en que comiera un poco, simplemente para saber a qué sabía?

—Ya he probado los melocotones, la compota de manzana y una cosa llamada macedonia —dijo Lizzie—. Y ciruelas, maíz en crema, salsa de arándanos y espárragos...

—¿Todo eso? —Lina estaba desconcertada—. Entonces, ¿todavía quedan muchas cosas como éstas?

—No —dijo Lizzie—. No queda casi nada. De hecho, nos hemos terminado todo eso.

—¿Tú y Looper?

Lizzie asintió con petulancia.

—Looper dice que se iba a acabar pronto de todas maneras, así que ¿por qué no hacerlo nosotros?

—Pero, Lizzie, ¿por qué vosotros? ¿Por qué vosotros y no otras personas?

—Porque nosotros lo encontramos y tenemos acceso a ello.

—No creo que sea justo —dijo Lina.

Lizzie le habló como si tratara con un niño no muy inteligente.

—Tú también puedes quedarte con algo. Por eso te lo estoy contando. Aún quedan algunas cosas valiosas.

Pero Lina no estaba pensando en ese tipo de injusticia. Se trataba de que dos personas se estaban quedando cosas que todo el mundo hubiera deseado. No era capaz de pensar de qué manera podía arreglarse. No se podía repartir un frasco de compota de manzana de manera equitativa entre todos los ciudadanos. Pese a todo, había algo inapropiado en coger cosas simplemente porque se podía. No sólo

resultaba injusto para todos los demás, sino malo para aquel que lo cogía, de algún modo. Se acordó del ansia que había sentido cuando Looper le mostró los lápices de colores. No había sido una sensación agradable. No quería volver a desear cosas de aquella manera.

Se levantó.

—No quiero nada que provenga de Looper.

Lizzie se encogió de hombros.

—Vale —dijo, pero su cara pequeña y pálida tenía un aire de consternación—. Peor para ti.

—Gracias de todos modos —dijo Lina, y se alejó, cruzando la plaza Torrick.

Al principio caminó deprisa, y más adelante arrancó a correr.

Capítulo 12

Un descubrimiento espantoso

UNA semana después de que Lina y Doon vieran salir al hombre de la puerta misteriosa, a Doon se le asignó la tarea de arreglar una tubería atascada en el túnel 207. Resultó ser un trabajo fácil. Abrió la tubería, metió un cepillo fino en su interior y brotó un chorro de agua que le mojó la cara. Una vez hubo rearmado la tubería, no le quedó nada que hacer, así que decidió ir hacia el túnel 351 para echarle un vistazo a la puerta cerrada.

«Es extraño que no se haya realizado ningún anuncio oficial sobre el descubrimiento de una salida de Las Ascuas», pensó. A lo mejor la puerta no estaba donde ellos habían creído que estaba.

Así que se dirigió al extremo sur de las tuberías. Cuando llegó al pasillo acordonado del túnel 351, se metió y caminó por la oscuridad, tanteando la dirección. Estaba bastante seguro de que la puerta estaría cerrada, como siempre. Tenía la cabeza en otras cosas y pensaba en su gusano verde, que se había estado comportando de manera extraña. Había dejado de comer y se quedaba en un lado de la caja, con la barbilla hacia dentro. También pensaba en Lina, a quien no había visto en varios días. Se preguntaba dónde estaría. Cuando llegó a la puerta, alargó la mano, de manera ausente, hacia el pomo y lo que tocó le sorprendió tanto que retiró la mano como si le hubieran pinchado. Volvió a tantear, cuidadosamente. ¡Había una llave en la puerta!

Durante un momento bastante largo, Doon permaneció quieto como una estatua. Después agarró el pomo y lo giró. Empujó la puerta muy despacio y ésta se abrió sin hacer ningún ruido.

La abrió solamente unos centímetros, lo suficiente como para ver a través del resquicio. Lo que vio le hizo dar un grito ahogado.

No había ningún camino, pasaje o escalera, detrás de esa puerta. Lo que había era una habitación bien iluminada, cuyo tamaño no podía adivinar porque estaba repleta de cosas. A cada lado había cajas, cajones, sacos, paquetes y fardos. Había montones de latas, pilas de ropa, filas de tarros y botellas y grandes cantidades de cajas de bombillas. Las pilas llegaban hasta el techo y se amontonaban contra las paredes, tapando todo excepto un pequeño espacio en el medio. En ese espacio se había dispuesto una pequeña sala de estar, con una alfombra verde, una butaca y una mesa. La mesa contenía platos con restos de comida, y en la butaca, que quedaba frente a Doon, había una masa amorfa, una persona con la cabeza echada hacia atrás, por lo que lo único que se veía de ella era una barbilla señalando el techo. La masa se sacudió y murmuró. Un segundo antes de retroceder y cerrar la puerta, Doon pudo divisar una oreja carnosa, un pedazo de mejilla grisácea y una boca abierta, violácea.

* * *

Ese día Lina tuvo que llevar más mensajes que nunca. Se habían producido cinco apagones seguidos durante la semana, todos bastante cortos.

Lina oyó que el más largo había sido de cuatro minutos y medio. Jamás había habido tantos apagones seguidos. Todo el mundo estaba nervioso. Gente que normalmente iba caminando a visitar a alguien, ahora prefería enviar mensajes. A menudo ni siquiera salían de casa para enviar el mensaje, sino que le hacían una seña a algún mensajero desde la puerta.

A las cinco de la tarde, Lina ya había llevado treinta y nueve mensajes. La mayoría de ellos eran parecidos: «No voy a la reunión esta noche. He decidido quedarme en casa»; «No iré a trabajar mañana»; «En vez de quedar en la plaza Cloving, ¿por qué no vienes a casa?». Los ciudadanos de Las Ascuas se estaban escondiendo, se resguardaban. Cada vez había menos gente hablando en las plazas, bajo los focos. En vez de eso, se paraban unos instantes a murmurar algunas palabras y después aceleraban el paso.

Lina iba de camino a casa de la señora Murdo —Poppy y ella se habían instalado allí con todas sus cosas— cuando oyó pasos rápidos. Se volvió sobresaltada y vio a Doon avanzando hacia ella.

Al principio, resoplaba tanto que no podía hablar.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —dijo Lina.

—La puerta —resolló—. La puerta del 351. La abrí.

El corazón de Lina dio un salto.

—¿La abriste?

Doon asintió.

—¿Es la salida? —susurró Lina con fuerza.

—No —dijo Doon. Miró a sus espaldas. Agarró el brazo de Lina y la arrastró hacia una zona oscura de la calle—. No lleva a la salida de Las Ascuas —susurró—, sino a una habitación grande.

La cara de Lina se apagó.

—¿Una habitación? Y ¿qué hay allí?

—De todo. Comida, ropa, cajas, latas. Cajas repletas de bombillas. De todo. Montones apilados hasta el techo. —Sus ojos se engrandecieron—. Y había alguien allí, en medio de todo, durmiendo.

—¿Quién?

Un gesto de horror atravesó la cara de Doon.

—El alcalde —dijo—. Dormido como un tronco en una butaca, con un plato vacío enfrente.

—¡El alcalde! —susurró Lina.

—Sí. El alcalde tiene un tesoro, una habitación secreta en las tuberías.

Se miraron, sin habla. Súbitamente, el pie de Doon dio un golpe contra el suelo. Su cara estaba roja.

—Ésa es la solución de la que nos habla. Es una solución para él, pero no para el

resto. ¡Él tiene todo lo que necesita y nosotros nos quedamos con las sobras! Le da igual la ciudad. ¡Todo lo que le preocupa es su gorda barriga!

Lina se sentía mareada, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer?

No podía pensar; estaba demasiado aturdida.

—¡Decírselo a todo el mundo! —dijo Doon, temblando de rabia—. ¡Decirle a toda la ciudad que el alcalde nos roba!

—Espera. Espera. —Lina puso su mano sobre el brazo de Doon e intentó concentrarse—. Vamos —dijo finalmente—. Sentémonos en la plaza Harken. Yo también tengo algo que decirte.

En la parte norte de la plaza Harken había un grupo de creyentes de pie, dando palmadas y cantando una de sus canciones. Últimamente parecían cantar más alto y con más alegría que nunca. Sus voces eran estridentes, y gritaban:

—¡Vienen pronto a salvarnos! ¡Día feliz! ¡Día feliz!

Junto al Salón de Reuniones ocurría algo inusual. Alrededor de veinte personas caminaban en círculo, portando pancartas hechas a partir de tabloncillos viejos o sábanas que habían sido pintadas. Las pancartas decían: ¿QUÉ SOLUCIONES, ALCALDE COLE? y ¡QUEREMOS RESPUESTAS! De vez en cuando, los manifestantes gritaban los lemas de las pancartas. Lina se preguntaba si el alcalde estaría prestando algo de atención.

Doon y Lina encontraron un banco vacío en la zona sur de la plaza Harken y se sentaron.

—Ahora escúchame —dijo Lina.

—Te estoy escuchando —respondió Doon, pese a que su cara permanecía enrojecida y tenía pinta de estar muy enfadado.

—Ayer vi a Lizzie salir de los almacenes —dijo Lina.

Le explicó lo de las latas, lo de Looper, el nuevo amigo de Lizzie, y a qué se dedicaba éste.

Doon se golpeó la pierna con el puño.

—Así que ya son dos los que roban —dijo él.

—Espera, hay más. ¿Te acuerdas que te dije que había algo que me resultaba familiar en el hombre que vimos salir de la puerta en el túnel? Ahora sé de qué se trataba. Era la forma en que caminaba, agachándose hacia un lado, y el pelo, negro, sin peinar, que se disparaba hacia arriba. Lo he visto dos veces. No sé cómo no le reconocí en cuanto lo vi; quizá es porque antes sólo lo había visto de frente. Llevé un mensaje de su parte en mi primer día de trabajo.

Doon se agitaba, impaciente.

—Bueno, ¿y de quién se trataba? ¿Quién era?

—Era Looper. Looper, el que trabaja en los almacenes. El novio de Lizzie. Y, Doon —dijo Lina, adelantándose—, el mensaje que él me dio era para el alcalde y decía así: «Entrega a las ocho».

La boca de Doon se abrió de par en par.

—Eso quiere decir...

—Se está llevando cosas del almacén para dárselas al alcalde. Le da otras a Lizzie y el resto lo vende en la tienda.

—¡Oh! —gritó Doon, y se golpeó la cabeza con la mano—. ¿Cómo no me di cuenta antes? Hay una trampilla en el techo cerca del túnel 351. Debe de llevar directamente a los almacenes. Looper entra por ahí. Eso fue lo que oímos ese día, ¿te acuerdas? Algo que se deslizaba, que sería la trampilla; después un golpe, que sería un saco lleno de cosas al tocar el suelo, y después un sonido de alguien que saltaba y aterrizaba en el suelo.

—Y acto seguido alguien que caminaba silenciosamente...

—¡Porque acarreaba todas las cosas!

—Y caminaba deprisa hacia la salida porque ya se lo había dejado todo al alcalde. —Lina tomó aire. El corazón le martilleaba en el pecho y tenía las manos frías—. Tenemos que pensar qué hacer —dijo—. Si ésta fuera una situación normal, el alcalde lo contaría.

—Pero es el alcalde quien comete el delito —dijo Doon.

—Así que supongo que deberíamos decírselo a los guardias —repuso Lina—. Son la más alta autoridad después del alcalde. Aunque no me gustan mucho —añadió, recordando cómo había sido arrastrada precipitadamente escaleras abajo desde el tejado del Salón de Reuniones—. Y mucho menos el jefe de guardias.

—Pero tienes razón —dijo Doon—. Deberíamos decírselo a los guardias. Bajarán a las tuberías y verán que estamos diciendo la verdad. Entonces podrán arrestar al alcalde, devolver todas las cosas a los almacenes y explicar a los ciudadanos lo que está pasando.

—Ésa es una buena idea —dijo Lina—. Así tú y yo nos podremos dedicar a lo realmente importante.

—¿A qué te refieres?

—A descifrar las Instrucciones. Ahora que sabemos que la puerta que encontramos no era la correcta, tenemos que encontrar la de verdad.

—No sé —dijo Doon—. A lo mejor nos hemos equivocado con esas Instrucciones. Podrían referirse a un viejo armario de herramientas de las tuberías. —Puso cara de decepción—. «Instrucciones para Salisbury.» ¿Quién es Salisbury? ¿O Sally? ¿De quién o qué se trata? ¿No podría ser un papel escrito para un tipo de las tuberías especialmente estúpido que no sabía orientarse? —Sacudió la cabeza—. No lo sé. Creo que a lo mejor esas Instrucciones son una burrada.

—¿Una «burrada»? ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir «una tontería». Lo leí en un libro de la biblioteca.

—Pero ¡no pueden ser una tontería! ¿Por qué las habrían guardado en una caja como ésa? ¿Con esa cerradura tan extraña?

Pero Doon no quería pensar en las Instrucciones.

—Mañana nos ocuparemos de eso. Ahora, vayamos a buscar a los guardias.

—Espera —dijo Lina, agarrándole de la manga de la chaqueta—. Tengo otra cosa que explicarte.

—¿Qué?

—Mi abuela ha muerto.

—¡Oh! —La cara de Doon se apagó—. Eso es muy triste —dijo—. Lo siento.

Su compasión hizo que los ojos de Lina se llenaran de lágrimas. Doon pareció asustarse durante un momento, pero acto seguido se adelantó y la rodeó con sus brazos. Le dio un abrazo tan rápido y fuerte que hizo que ella tosiera y se echara a reír. Se dio cuenta de que Doon, ese chico delgado de ojos oscuros, con su mal genio, su horrible chaqueta marrón y su buen corazón, era la persona a quien mejor conocía. Era su mejor amigo.

—Gracias —dijo ella—. Bueno. —Le sonrió—. Vamos a hablar con los guardias.

Cruzaron la plaza y subieron la escalera del Salón de Reuniones. Barton Snode, el guardia auxiliar que Lina había conocido en su primera visita, estaba sentado en el mismo escritorio, junto a la puerta de la oficina del alcalde. Snode tenía pinta de estar aburrido. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y su barbilla se movía de un lado al otro, muy lentamente.

—Señor —dijo Doon—. Tenemos que hablar con usted.

El guardia levantó la vista.

—Claro que sí —afirmó—. Adelante.

—En privado —dijo Lina.

El guardia pareció sorprenderse. Sus pequeños ojos iban de uno a otro lado.

—Esto es privado —dijo—. Aquí no hay nadie más.

—Pero podría aparecer alguien —insistió Doon—. Lo que tenemos que decir es secreto y muy importante.

—¿Muy importante? —dijo Snode—. ¿Secreto? —Su cara se iluminó. Gruñó al levantarse de la silla y les hizo señas para que pasaran a un pasillo estrecho situado a un lado del salón principal—. ¿De qué se trata? —preguntó.

Se lo contaron. A medida que hablaban y se interrumpían el uno al otro para asegurarse de que explicaban todos los detalles, las cejas del guardia se iban alzando gradualmente, por encima de sus ojos.

—¿Vosotros visteis esa sala? —dijo—. ¿Es cierto? ¿Estáis seguros? —Su mandíbula mascaba más rápidamente—. Queréis decir que el alcalde... el alcalde está...

En ese momento se abrió una puerta un poco más abajo del pasillo, de la que salieron tres guardias, incluido al jefe de guardias, a quien Lina reconoció por la barba. Avanzaron a zancadas por el pasillo, hablando en voz baja, y mientras pasaban por delante de ellos, el jefe de guardias le lanzó una rápida mirada a Lina. «¿Me ha reconocido?», se preguntó ella. No estaba segura.

Barton Snode acabó la frase en un susurro ronco:

—¿Queréis decir que el alcalde está... robando?

—Exactamente —dijo Doon—. Pensamos que deberían estar informados, porque ¿quién más puede arrestar al alcalde? Y una vez lo hayan hecho, los guardias pueden devolver todas las cosas que él ha robado al lugar al que pertenecen.

—Y explicar a la gente que hay que buscar un nuevo alcalde —añadió Lina.

Barton Snode se apoyó con fuerza contra la pared y se frotó la barbilla con una mano. Parecía estar pensando.

—Hay que hacer algo —dijo—. Esto es un escándalo. Un escándalo. —Volvió hacia su escritorio, y Doon y Lina le siguieron—. Escribiré una nota —dijo, tomando un lápiz de uno de los cajones.

Lina observó cómo escribía en un pedazo de papel: «Alcalde roba. Habitación secreta».

Cuando terminó, dejó ir un suspiro de satisfacción.

—Muy bien —repuso—. Se tomarán las medidas necesarias, podéis estar seguros de ello. Algún tipo de medida, seguro. Muy pronto.

—Bien —dijo Doon.

—Gracias —respondió Lina, y ambos se dieron la vuelta para marcharse.

Los tres guardias permanecieron de pie en la puerta principal del Salón de Reuniones mientras Lina y Doon salían. El jefe de guardias se apartó para dejarlos salir, y ellos pasaron a través de la puerta, hasta los anchos escalones de la entrada. Lina miró por encima del hombro. Antes de que la puerta se cerrara del todo, vio que el jefe de guardias se acercaba a la mesa de recepción, de donde Barton Snode se levantaba y avanzaba, con los ojos brillantes a causa de las importantes novedades.

Capítulo 13

Descifrando el mensaje

DOON se encaminó a casa, mientras que Lina fue en dirección opuesta, a través de la plaza Harken. El pequeño grupo de creyentes se había marchado, pero los manifestantes seguían desfilando con sus pancartas. Algunos todavía levantaban el puño en alto y gritaban, pero la mayoría caminaba en silencio, con pinta de cansancio y decepción. Lina se sentía un poco de la misma manera. Cuando Doon le dijo que había visto una puerta, no dudó de que se trataba de la misma puerta de la que hablaban las Instrucciones. Había puesto tantas esperanzas en la puerta de las tuberías... Pero las esperanzas la habían hecho precipitarse a sacar conclusiones erróneas. Se había apresurado, como siempre. A veces eso era algo bueno, pero no siempre.

Ahora Doon pensaba que las Instrucciones no eran importantes. Lina no quería que él tuviera razón. Ni siquiera ahora pensaba que la tuviera. Pero sus pensamientos eran como los nudos de los hilos. Necesitaba a alguien sabio y sensato que la ayudara a entender las cosas. Se encaminó hacia la calle Glome.

Pese a que eran casi las seis de la tarde, aún pudo encontrar a Clary en su oficina, al final del invernadero 1. Se trataba de una habitación pequeña y llena de cosas. En un extremo, sobre una mesa alta, había tarros y palas. Sobre la mesa había estanterías llenas de tarros con semillas y cajas con cuerdas, alambres y varias clases de polvos. El escritorio de Clary era una mesa destartalada, llena de pedazos de papel cubiertos de notas escritas con su letra redonda y clara. Junto a la mesa había dos sillas igual de destartaladas, una a cada lado. Lina se sentó frente a Clary.

—Tengo que contarte algunas cosas importantes —dijo—. Y todas son secretas.

—De acuerdo —dijo Clary—. Sé guardar secretos.

Llevaba una camisa remendada que se había desteñido y del azul había pasado a ser gris. Llevaba el pelo corto y castaño detrás de las orejas, y del lado derecho le colgaba un pedacito de una hoja. Cruzó los brazos y los apoyó en el escritorio.

—Lo primero —comenzó Lina— es que encontré las Instrucciones. Pero Poppy las masticó.

—Las Instrucciones —dijo Clary—. No estoy enterada de su existencia.

Lina se explicó. Le contó todo: cómo le había mostrado las Instrucciones a Doon, lo que habían conseguido entender, cómo él había ido a explorar las tuberías y había encontrado la puerta, y lo que vio al abrirla.

Clary dejó escapar un sonido de descontento y sacudió la cabeza.

—Eso está mal —dijo—. Y es una lástima. Me acuerdo de cuando el alcalde empezaba su carrera. Siempre ha sido un necio, pero entonces no era mala persona. Me apena saber que su peor faceta ha ganado. —Los ojos negros de Clary parecían ensombrecerse y hacerse más tristes—. Hay mucha oscuridad en Las Ascuas, Lina.

No sólo en el exterior; también en nuestro interior. Todo el mundo tiene algo de oscuridad en el interior. Es como una criatura hambrienta. Quiere cosas, cosas y cosas con una fuerza tremenda. Y cuantas más cosas le das, más grande y más hambrienta se vuelve.

Lina lo sabía. Lo había notado en la tienda de Looper, cuando dudó sobre los lápices de colores. Durante un momento, sintió pena por el alcalde. Su hambre se había hecho tan grande que no había manera de saciarla. Su enorme cuerpo no podía contenerla y le hacía olvidarse de todo lo demás.

Clary dejó escapar un largo suspiro y algunos de los trozos de papel revolotearon. Se pasó los dedos por el pelo, tocó el pedacito de hoja y se lo quitó. Entonces dijo:

—Y las Instrucciones...

—Ah, sí —dijo Lina—. Pueden ser importantes o pueden no serlo. Ya no estoy segura.

—Me gustaría verlas, si tú me dejas.

—Por supuesto que puedes, pero tendrás que venir a casa.

—Iré ahora, si te parece bien —dijo Clary—. Tenemos tiempo de sobra antes de que se apaguen las luces.

Lina llevó a Clary escaleras arriba, hasta su nueva habitación en casa de la señora Murdo.

—Bonita habitación —dijo Clary, mirando a su alrededor con interés—. Y veo que tienes un brote.

—¿Un qué? —preguntó Lina.

—Tu judía —aclaró Clary, señalando la pequeña maceta con tierra junto a la ventana.

Lina se acercó para ver a qué se refería Clary. Era cierto: la tierra se estaba levantando un poco. Tocó el bultito, retiró la tierra y descubrió un bucle de color verde pálido. Se parecía a un cuello, como si la criatura del interior de la judía estuviera intentando escapar pero todavía no hubiera logrado sacar la cabeza. Evidentemente, ella ya sabía que las plantas procedían de las semillas. Pero haber puesto una judía plana y blanca en tierra, prácticamente haber olvidado su existencia y ahora ver cómo se esforzaba por salir...

—¡Lo está haciendo! —exclamó—. ¡Está viva!

Clary asintió, sonriendo.

—Todavía me maravilla cada vez que lo veo —afirmó.

Lina sacó las Instrucciones y Clary se sentó frente a la mesa para estudiarlas. Dio vueltas al documento durante un buen rato, siguiendo las líneas con el dedo, murmurando parte de las palabras.

—Lo que habéis descifrado hasta ahora me parece correcto —dijo—. Creo que «ub ría» es «tuberías» y «orill» debe de ser «orilla». Así que este trozo debe de decir «orilla abajo». Aquí hay un espacio muy grande, y después, «hasta borde». Me pregunto, ¿el borde de qué, exactamente? Y con «orilla abajo», ¿querrá referirse a

caminar río abajo?

—Sí, creo que sí —dijo Lina.

—¿O quiere decir que hay que bajar a la orilla del río, hacia el agua? A lo mejor «borde» se refiere al borde del agua.

—Pero eso no puede ser. El río baja como una pared, no se puede bajar hasta el río; te caerías.

Lina pensó en el agua rápida y oscura, y se estremeció.

—Esta palabra —dijo Clary señalando el papel con el dedo—. A lo mejor no es «borde», sino otra cosa. Podría ser una «orden». O un «acorde». Aunque eso no tiene mucho sentido. Pero podría tratarse de un «cordel».

Lina se dio cuenta de que Clary no era mejor descifradora que ella. Suspiró y se sentó en el borde de la cama.

—Es imposible —dijo.

Clary se enderezó rápidamente.

—No digas eso. Este papel roto es la cosa más esperanzadora que he visto en mi vida. ¿Sabes qué es esta palabra? —dijo, señalando la palabra de la parte superior del papel: «Sal».

—El nombre de alguien, ¿verdad? Es el título, así que tiene que estar dirigido a alguien. «Instrucciones para Sally», o quizá «para Salisbury». Es la persona a quien están destinadas las instrucciones.

—No lo creo —repuso Clary—. Es mucho más sencillo que eso. Si es el principio de una palabra, ¿qué puede ser?

—No lo sé —respondió Lina.

—«Salida». «Instrucciones para la salida.» Ése es el título del documento.

* * *

Cuando Clary se fue, todavía quedaba una hora para que se apagarán las luces. Lina atravesó la ciudad corriendo, hasta llegar a la plaza Greengate. Miró en el interior de la tienda de Artículos Pequeños, en la que el padre de Doon estaba intentando alcanzar algo en una estantería; subió corriendo la escalera y golpeó la puerta del apartamento de Doon. Acto seguido oyó unos pasos rápidos y Doon abrió la puerta.

—Tengo algo emocionante que contarte —dijo Lina, sin aliento.

—Entonces entra.

Lina cruzó la habitación repleta de cosas y se quedó de pie, junto a una lámpara. Sacó de su bolsillo un pequeño pedacito de papel en el que había escrito «Sal».

—Mira esta palabra —dijo.

—Es del título de las Instrucciones; el nombre de alguien —dijo Doon.

—No —repuso Lina—. No tiene por qué ser el nombre de alguien. Puede ser el principio de «salida». Se lo mostré a Clary y ella se dio cuenta. Así que quiere decir

«salida».

—¡La salida! —exclamó Doon.

—¡Sí! La salida. La escapatoria. ¡Son instrucciones para salir de Las Ascuas!

—Así que es real —dijo Doon.

—Lo es. Tenemos que averiguar el resto. O todo lo que podamos. ¿Puedes venir ahora?

Doon marchó disparado hacia su habitación, salió con la chaqueta y ambos echaron a correr.

* * *

—A ver —dijo Lina. Estaban en el suelo de la habitación verde y azul de la casa de la señora Murdo—. Tomemos la primera línea.

Desplazó el dedo cuidadosamente.

EXP
RÍ

UB RÍA

—Sabemos que «ub ría» quiere decir «tuberías» —dijo ella—. «Exp» podría referirse a «expandir», o «explorar» o «exponer»...

—Hay mucho espacio entre «exp» y el resto —dijo Doon—. Tiene que haber más palabras ahí.

—Pero ¿quién sabe cuáles son? Sigamos. —Lina se retiró impacientemente el pelo de la cara—. Mira el número 2.

EDR MARCADA CON S JUN
ORDE R

Lina puso el dedo sobre «edr».

—¿Qué será esto?

—A lo mejor es «edredón», de una cama —aventuró Doon—. O el verbo «medrar», que quiere decir «crecer», o...

—Apuesto a que simplemente es «piedra» —dijo Lina—. En las tuberías hay muchas piedras.

Doon tuvo que admitir que probablemente ella tenía razón.

—Así que... —dijo— sería «una piedra marcada con una S...». El resto debe de decir «en el borde del río». «Piedra marcada con una S en el borde del río.»

Se miraron con alegría.

—¡S de salida! —gritó Lina—. ¡S de salida!

Se volvieron a abalanzar sobre el documento.

—No queda mucho de la línea siguiente —dijo Doon.

3. ORILL BAJO
HASTA BORDE APROX DOS BAJ .

—Esta parte debe de decir «orilla abajo hasta el borde»... y algo más.

—El «borde del río» tendría sentido. Pero después de «borde» viene «aprox». ¿A qué se referirá?

Doon se volvió a sentar y miró hacia el techo, como si pudiera encontrar allí la respuesta.

Lina susurró:

—«Orilla abajo hasta el borde...» —Pensó en lo que Clary había elucubrado al respecto—. A lo mejor no se trata del borde del río. A lo mejor es un «reborde», algo que sobresale. «Orilla abajo hasta el reborde.» Podría haber algo sobresaliendo cerca del agua.

—Sí, debe de ser eso. Hay una piedra marcada con una S, y orilla abajo, en ese punto del río, tiene que haber un reborde. Creo que lo estamos consiguiendo.

Una vez más se agacharon sobre el papel, con las cabezas juntas.

—Vale —dijo Doon—. A ver la línea 4.

4. VUELTA AL AGU,
ENCUENTRA PUERTA DE
LLAV TRÁS PEQUEÑO PAN ACERO DERECHA .
AVE, ABR PUER

—Aquí es donde habla de la puerta —dijo Lina—. De alguna manera, la puerta está cerca del reborde. ¿Tiene sentido?

—Y hay un «pequeño pan de acero». ¿Qué querrá decir eso? ¿Qué tendrá que ver un pan con esto?

—Pero mira. Mira. —Lina dio golpecitos al papel, insistentemente—. Aquí dice «llav» y aquí dice «ave». ¡Está hablando de una llave!

—Pero ¿adónde lleva esta puerta? —cuestionó Doon, echándose hacia atrás—. Acuérdate, ya hemos pensado antes en esto. Una puerta a la orilla del río nos llevaría debajo de las tuberías.

Lina consideró ese hecho.

—A lo mejor lleva a un túnel largo que sale de Las Ascuas y va subiendo gradualmente hasta que llega a la otra ciudad.

—¿A qué otra ciudad? —Doon elevó la vista hacia los dibujos colgados de las paredes de la habitación de Lina—. ¡Ah! —dijo—. Te refieres a esa ciudad.

—Bueno, podría ser.

Doon se encogió de hombros.

—Supongo que sí. O podría tratarse de otra ciudad exactamente igual a ésta.

Ésa era una idea lúgubre. Los dos sintieron que sus ánimos se debilitaban un poco ante aquella idea. Así que volvieron a la tarea de descifrar el papel.

—Sigamos con la línea que viene después —dijo Lina.

Pero Doon volvió a sentarse. Miró el techo y esbozó una media sonrisa.

—Tengo una idea. Si encontramos la salida, tendremos que anunciárselo a todo el

mundo. ¿No sería fantástico hacerlo durante el Día de los Cantos? Nos pondríamos frente a toda la ciudad y diríamos que la hemos encontrado.

—Sería genial —afirmó Lina—. Pero eso es sólo dentro de dos días.

—Sí. Tenemos que darnos prisa.

En cuanto se agacharon de nuevo sobre el documento, Doon se acordó de mirar la hora. Eran las nueve menos cuarto. Apenas tenía tiempo de regresar a casa.

—Vuelve mañana —le dijo Lina—. Y mientras trabajas, busca la piedra marcada con la S.

* * *

Esa noche, Doon no pudo dormir bien; no encontraba la posición en la cama. Ésta parecía estar llena de bultos y arrugas, y chirriaba y gemía cada vez que él se movía. Se agitó tanto que el ruido acabó despertando a su padre, que se acercó a su habitación y le preguntó:

—¿Qué sucede, hijo? ¿Pesadillas?

—No —respondió Doon—. Simplemente que no puedo dormir.

—¿Te preocupa algo? ¿Algo te da miedo?

Doon quería decir: «Sí, papá. Me preocupa que el alcalde de la ciudad se lleve las cosas que necesita la gente, y tengo miedo de que cualquier día las luces se apaguen para siempre. Me paso una buena parte del tiempo preocupado y asustado, pero también estoy ansioso porque creo que existe una salida, y creo que la podemos encontrar. Y todas estas sensaciones se me acumulan en la cabeza y no me dejan dormir».

Podría haberle contado todo a su padre. Él se habría zambullido en el asunto con mucho entusiasmo. Les habría ayudado a descifrar las Instrucciones y a dar a conocer los robos del alcalde; incluso habría bajado a las tuberías para buscar la roca marcada con la S. Pero ahora Doon quería guardarse todas esas cosas, no decírselas a nadie. Al día siguiente, los guardias anunciarían que un joven astuto había descubierto el crimen del alcalde, y su padre, al oír los anuncios oficiales junto al resto de Las Ascuas, le diría a la persona que tuviera al lado:

—¡Están hablando de mi hijo! ¡Mi hijo!

Así que, en respuesta a la pregunta de su padre, simplemente dijo:

—No, padre. Estoy bien.

—Bueno, entonces intenta quedarte quieto —le recomendó su padre—. Buenas noches, hijo —añadió, mientras cerraba la puerta.

Doon tiró de las mantas y las subió hasta que le tocaron la barbilla. Cerró los ojos. Pero aun de esta forma seguía sin poder dormir.

Así que intentó un método que ya le había funcionado en otras ocasiones. Eligió un lugar que le resultara conocido —como la escuela, por ejemplo—, y se imaginó caminando en el interior, observando cada detalle a medida que pasaba. A veces,

dejaba vagar los pensamientos, pero siempre acababa volviendo a ese paseo imaginario. Algo en el proceso siempre terminaba dándole sueño. Esa noche decidió volver a sus exploraciones en las tuberías. Hizo que su mente se dedicara a la tarea durante largo rato, mirando, con toda la claridad de la que era capaz, todo lo que había visto en el reino subterráneo: las largas escaleras, los túneles, la puerta, el camino junto al río y las rocas junto al camino. Sintió que el sueño se acercaba y que las extremidades le pesaban cada vez más, pero cuando estaba a punto de ceder, vio dentro de su mente las rocas arrugadas que bordeaban el río en el extremo oeste de las tuberías; esas rocas cuyas rugosidades y líneas le habían recordado algún tipo de escritura. Sus ojos se abrieron de par en par en medio de la oscuridad y el corazón le comenzó a dar golpes en el pecho. Se resignó a no dormir y pasó el resto de la noche en un estado de impaciencia espantosa.

Capítulo 14

La salida

EL día siguiente era el Día del Ensayo de los Cantos, y en esa jornada se permitía a todo el mundo dejar de trabajar a partir de las doce del mediodía para que pudiera practicar las canciones del Día de los Cantos. Era un día de poco trabajo para los mensajeros. Lina tuvo mucho tiempo para pensar, allí sentada en su puesto de la plaza Garn. Puso los codos sobre las rodillas, descansó la barbilla entre las manos y se dedicó a mirar el pavimento que había enfrente del banco, muy liso y gastado por el paso de la gente. Pensó en el alcalde, metido en su habitación llena de objetos robados, atiborrándose de melocotones y espárragos y envolviendo su enorme cuerpo con ropa nueva y elegante. Pensó en la gran cantidad de cajas de bombillas y agitó la cabeza, anonadada. Si él todavía tenía bombillas mientras el resto de la gente de Las Ascuas ya se había quedado sin ellas, ¿disfrutaría estando en su habitación iluminada mientras la ciudad se ahogaba en la oscuridad? Y cuando finalmente se acabara del todo la energía, sus bombillas serían inútiles. Las posesiones no lo podían salvar, ¿cómo se podía haber olvidado de eso? Debía de pensar de la misma manera en que lo hacía Looper: como no había esperanza, al menos disfrutaría mientras pudiera. Se apoyó en el banco, estiró las piernas y tomó aire. Muy pronto, los guardias entrarían en la habitación secreta y detendrían al alcalde, que estaría atiborrándose de delicias robadas. A lo mejor ya lo habían hecho. A lo mejor hoy llegarían las sensacionales noticias: «¡El alcalde arrestado! ¡Robaba a los ciudadanos!». Quizá lo anunciarían durante el Día de los Cantos, para que todo el mundo pudiera oírlo.

Nadie fue a enviar ningún mensaje, así que después de un rato, Lina dejó el puesto y encontró un escalón en el que sentarse en un callejón junto a la calle Calloo. Se echó el pelo hacia atrás y se hizo una trenza para evitar que le molestara. Después sacó de su bolsillo la copia de las Instrucciones que había hecho justo después de haberle mandado la nota al alcalde. La desplegó y se dispuso a estudiarla.

Eso es lo que estaba haciendo cuando, poco antes de las doce, levantó la vista y vio a Doon corriendo hacia ella. Debía de venir directamente de las tuberías, ya que tenía una mancha de humedad en una de las perneras del pantalón. Hablaba muy deprisa; estaba alterado.

—¡Te he estado buscando por todas partes! —gritó—. ¡La he encontrado!

—¿Qué has encontrado?

—¡La S! Al menos, parece una S. Debe de ser una S, aunque ni te darías cuenta si no la estuvieras buscando...

—¿Te refieres a la roca marcada con una S? ¿En las tuberías?

—¡Sí, sí! ¡La he encontrado! —Respiraba con dificultad y tenía los ojos resplandecientes—. La había visto antes, pero no pensé que se tratara de una S; no era más que un garabato que se parecía a algo escrito. Hay muchas rocas que parecen

estar llenas de cosas escritas.

—¿Qué rocas? ¿Dónde está?

Lina se había puesto en pie y botaba de la emoción.

—Bajando hacia el extremo oeste del río. Cerca de donde desaparece por ese enorme agujero en la pared de las tuberías. —Hizo una pausa para intentar recuperar el aliento—. Y escucha —dijo—. Podríamos ir ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí, piensa en los ensayos. Todo el mundo se va a casa, así que las tuberías estarán cerradas y vacías.

—Pero si están cerradas, ¿cómo vamos a entrar?

Doon extrajo una llave larga de su bolsillo, sonriendo.

—Me metí en la oficina cuando salía y tomé prestada la llave de repuesto. Lister, el director de las tuberías, estaba en el lavabo, practicando sus cantos. Hoy no se dará cuenta de que falta la llave. Y mañana, todo el mundo tiene el día libre —dijo, arrastrando los pies con impaciencia—. Así que vamos.

El reloj dio la primera de las doce campanadas. Lina guardó su copia de las Instrucciones en el bolsillo.

—Vamos.

* * *

Las tuberías estaban vacías y silenciosas. Lina y Doon atravesaron el vestíbulo, donde estaban las hileras de botas e impermeables colgando de los ganchos. No cogieron ninguna de las dos cosas. No entraban para recorrer los túneles de las tuberías, de eso estaban seguros. No iban a enfrentarse al agua o a las tuberías que goteaban.

Bajaron por la larga escalera y llegaron al túnel principal, donde el río rugía junto al camino. Su superficie oscura estaba salpicada por motas de luz.

Doon avanzó junto al río. Mientras se acercaban a la zona oeste, Lina vio las formaciones rocosas que Doon le había descrito. Eran formas voluminosas y extrañas, con líneas similares a las arrugas de la gente muy mayor. En un lugar cercano, Lina podía ver dónde desaparecía el río a través de un gran agujero en la pared de las tuberías.

Doon se arrodilló junto a un montículo de piedras y pasó un dedo por la intrincada superficie.

—Mira aquí —dijo.

Lina bajó la vista y vio las líneas cavadas en la roca. Al principio costaba distinguir la S, porque estaba rodeada de otras líneas y porque había esperado verla escrita en trazo marcado y bien definido. Pero una vez la encontró, escrita con una caligrafía ondulatoria, estuvo segura de que estaba allí a propósito. Estaba centrada en su roca y las líneas eran profundas y regulares.

—Desde aquí tendríamos que mirar hacia el río —dijo Doon—. Eso es lo que decían las Instrucciones: «Orilla abajo hasta el reborde».

Se tumbó boca abajo junto a la roca y avanzó hasta que su cabeza quedó colgando junto al borde de la pared del río.

Lina lo observaba con ansiedad. Apoyado sobre las palmas de las manos y con los codos sobresaliendo, su cabeza, agachada, era casi invisible. Se quedó en esa posición varios segundos, hasta que gritó:

—¡Sí! ¡Ve algo! —Se incorporó—. Hazlo tú —dijo—. Mira en la orilla, justo por debajo de nosotros.

Lina hizo lo mismo que Doon. Se tumbó en el suelo y se inclinó hacia delante, hasta que su cara quedó en el borde del paseo. A dos metros de profundidad, más o menos, vio cómo pasaba el agua, agitándose. Metió la barbilla y miró la orilla del río. Era una pared de roca brillante, humedecida por el agua.

En un principio, eso fue todo lo que pudo ver. Pero siguió mirando, y enseguida pudo distinguir unas barras de hierro atornilladas contra la pared, una debajo de la otra, casi directamente bajo ella. Se parecían a los peldaños de una escalera. De hecho, se dio cuenta de que formaban una escalera. Las barras proporcionaban una manera de bajar hasta el río. No era la forma más agradable de hacerlo ya que parecían resbaladizas y el agua avanzaba terriblemente deprisa. Debido a la falta de luz y al rocío del agua al pasar, no podía ver si había algún lugar en el que apoyarse una vez abajo. Pero la S era claramente una S, y las barras eran una escalera. Aquél debía de ser el lugar correcto.

—¿Quién baja primero? —preguntó Doon.

—Hazlo tú —respondió Lina, levantándose y alejándose del borde.

—De acuerdo.

Doon se dio la vuelta, dando la espalda al río, y se desplazó con facilidad sobre las rocas, tanteando con el pie hasta encontrar la primera barra. Lina lo vio hundirse, poco a poco. Tras un momento, su voz gritó desde abajo:

—¡Ya he llegado! ¡Ahora te toca a ti!

Lina se desplazó de espaldas, tal como Doon acababa de hacer, dejando que un pie pasara por el borde y descendiera hasta encontrar el primer peldaño de la escalera. Puso todo el peso sobre ese pie, agarrándose con los dedos fríos a una protuberancia de las rocas, y bajó poco a poco hasta que tuvo los dos pies apoyados en el peldaño. Su corazón latía con tanta fuerza que tuvo miedo de que sus dedos temblorosos se soltaran de su agarradera.

Ahora tenía que descender. Tanteó con el pie hasta encontrar el siguiente peldaño y se dejó ir. No hubiera sido tan difícil de no ser por el río, que parecía esperar para tragársela.

—¡Ya casi estás! —gritó Doon. Su voz provenía de un lugar situado directamente debajo de ella—. Hay un reborde. Un peldaño más y lo notarás.

Y lo notó, sólido bajo sus pies. Durante un momento permaneció aferrada a la

escalera. Ahora el agua rugiente se encontraba tan sólo a unos centímetros de ella. «No pienses en ello», se dijo. Se movió hacia un lado, a donde estaba Doon. Frente a ellos se abría un espacio rectangular, cavado en la pared de roca, como si se tratara de la entrada a un edificio. Parecía tener dos metros de altura y dos más de ancho, y hubiera sido imposible de ver desde cualquier otro punto de las tuberías. Había que bajar verticalmente por la pared del río para descubrirlo.

Avanzaron por la entrada y dieron algunos pasos hasta el interior. Había suficiente luz proveniente del túnel, a sus espaldas.

Lina se detuvo.

—¡Ahí está la puerta! —exclamó.

—¿Qué?

El río bramaba con tal fuerza que tenían que gritar para oírse.

—¡La puerta! —chilló Lina con alegría.

—¡Sí! —gritó a su vez Doon—. ¡La veo!

Al final del pasaje había una puerta ancha, de aspecto sólido. Era de un color gris pálido, con motas marrones y verdosas que tenían pinta de ser moho. Lina apoyó en ella las palmas de las manos. Era de metal y estaba fría. La puerta tenía un asa de metal, debajo de la cual se veía el ojo de una cerradura.

Lina buscó en su bolsillo la copia de las Instrucciones. La desplegó, y Doon miró por encima de su hombro. Juntos examinaron el papel, con los ojos entrecerrados por el esfuerzo de leer con la poca luz que provenía del túnel. —Es esta parte, justo ahí —dijo, señalando:

3. ORILL BAJO
HASTA BORDE APROX DOS BAJ .

4. VUELT AL AGU,
ENCUENTRA PUERTA DE .
LLAV TRÁS PEQUEÑ PAN ACERO DERECHA .
AVE, ABR PUER

Lina siguió con el dedo la línea 3.

—Ésta debe de querer decir: «Bla bla bla orilla abajo hasta el reborde, aproximadamente dos metros por debajo». Eso es lo que acabamos de hacer. La línea número 4 dice algo de... «vuelto al agua, encuentra puerta...» y algo más. Y entonces «llav tras», que debe de ser «llave detrás» y después el pequeño pan de acero. ¿Tú ves un pan de acero por algún lado?

Doon seguía estudiando el papel.

—Aquí dice algo de «derecha». Deberíamos buscar a la derecha de la puerta.

Y lo encontraron fácilmente. No tenía nada que ver con un pan, sino que se trataba de un pequeño recuadro de metal, fijado a la pared.

—Un pequeño panel —dijo Lina.

Pasó la mano por la superficie y notó una marca en uno de los lados. Cuando la

presionó, el panel se abrió fácilmente y sin hacer ruido, como si estuviera contento de que lo hubieran encontrado. En su interior había una llave plateada que colgaba de un gancho.

Lina hizo un movimiento para cogerla, pero retiró la mano enseguida.

—¿Lo hago yo? —dijo—. ¿O tú?

—Hazlo tú —respondió Doon.

Así que Lina cogió la llave del gancho y la introdujo en el agujero de la cerradura. La giró y oyó un chasquido. Agarró el asa y empujó, pero no pasó nada. Empujó con más fuerza.

—No se mueve —dijo.

—A lo mejor se abre hacia fuera —indicó Doon.

Lina tiró de ella, pero la puerta siguió sin moverse.

—Tiene que abrirse —dijo Lina—. ¡Hemos logrado hacer girar la llave! —Empujó y tiró del asa y la puerta se movió, pero no hacia delante o hacia atrás, sino hacia uno de los lados—. ¡Ah! ¡Así es como funciona! —gritó Lina.

Tiró del asa hacia la izquierda y la puerta se desplazó en dirección a una ranura de la pared, con un sonido áspero. Delante encontraron un espacio totalmente oscuro.

Miraron. Lina había esperado ver algo cuando la puerta se abriera. Había pensado que detrás habría luz y un camino o una carretera.

—¿Entramos? —preguntó Lina.

Doon asintió.

Lina atravesó el umbral. El aire olía a algo frío y húmedo y estaba muy cargado. Giró a la derecha y puso la mano sobre la pared. Era lisa y suave, como el suelo.

—Puede que haya un interruptor —dijo.

Tanteó la pared junto a la puerta, desde el suelo hasta lo más arriba que pudo, pero no encontró nada.

Doon giró a la izquierda e hizo lo mismo, con idéntico resultado.

—Nada —dijo.

Doon y Lina se desplazaron muy despacio, en direcciones opuestas, manteniendo una mano contra la pared y tanteando con los pies antes de dar cada paso. Cada uno de los dos se encontró con una esquina, y volvió a girar. Ahora se adentraban en la oscuridad. Ambos pensaron lo mismo: «¿La salida de Las Ascuas es un túnel largo y oscuro? ¿Debemos avanzar kilómetro a kilómetro en la negrura más absoluta?».

Pero, de repente, Lina dio un grito de sorpresa.

—Hay algo en el suelo. —Su pie había golpeado un objeto. Se arrodilló y lo tocó cuidadosamente con las manos. Era un cubo de metal, de unos veinticinco centímetros—. Es una caja, creo. Dos cajas —añadió, a medida que lo palpaba.

Doon avanzó hacia ella en la oscuridad y sus rodillas chocaron contra el filo de algo duro.

—Aquí también hay algo —dijo—. No es una caja. —Pasó las manos por la superficie—. Es grande y tiene los bordes redondeados.

—Las cajas son lo suficientemente pequeñas como para poder levantarlas —dijo Lina—. Saquémoslas a la luz, para ver qué contienen. Ven y ayúdame.

Doon llegó hasta Lina y levantó una de las cajas. Atravesaron la puerta en dirección contraria y dejaron las cajas a unos metros del río. Estaban hechas de un metal verde oscuro, tenían asas de metal gris en la parte superior y una especie de pestillo a uno de los lados. Los pestillos se abrían con facilidad. Lina y Doon levantaron las bisagras y miraron en el interior.

Lo que vieron les sorprendió y decepcionó al mismo tiempo. La caja de Lina estaba llena de unos bastones lisos y blancos, de unos veinte centímetros de longitud. En el extremo de cada uno sobresalía un trocito de cuerda. En la caja de Doon había docenas de paquetes envueltos en un material resbaladizo.

Abrió uno y encontró una gran cantidad de pequeños palitos de madera, cada uno con una mancha azul en el extremo. Ambas cajas tenían una etiqueta en el interior de la tapa. La de la caja de Lina tenía escrito: VELAS. En la de Doon ponía CERILLAS, y debajo tenía una tira blanca hecha con un material rugoso y granulado.

—¿Qué quiere decir «velas»? —dijo Lina, desconcertada.

Sacó uno de los bastones blancos, que era resbaladizo, casi grasiento.

—Y ¿qué significa «cerillas»? —dijo Doon. Sacó uno de los palillos de uno de los paquetes. La cosa azul no era madera—. ¿Podría ser algo con lo que escribir? ¿Como un lápiz? A lo mejor escribe en color azul.

—Pero ¿qué sentido tiene dejar una caja de pequeños lápices azules? —preguntó Lina—. No lo entiendo.

Doon frunció el ceño ante el palillo con la punta azul.

—No se me ocurre qué otra cosa puede ser —dijo finalmente—. Intentaré escribir algo.

—¿Encima de qué?

Doon miró a su alrededor. El suelo estaba demasiado mojado por el río como para intentarlo.

—Podría hacerlo sobre las Instrucciones —dijo.

Lina se las dio. Frotó de forma cuidadosa la punta azul sobre el papel. No dejó ninguna marca. La frotó por encima de su brazo. Tampoco dejó marca.

—Inténtalo con esta cosa blanca —dijo Lina, señalando la tira blanca del interior de la caja.

Doon rascó la punta azul sobre la superficie rugosa. Al instante, el extremo del palillo se convirtió en una llama. Doon pegó un grito y tiró el palillo. Éste cayó al suelo, a un metro de distancia; ardió con fuerza durante un instante y chisporroteó hasta apagarse.

Se miraron, con la boca abierta por el asombro. Había dejado un olor extraño e intenso en el aire, que les producía un picor en la nariz.

—¡Hace fuego! —dijo Doon—. ¡Y luz!

—¡Déjame probar uno! —dijo Lina.

Cogió un palillo de la caja y lo frotó contra la tira rugosa. Se encendió de manera violenta, pero Lina consiguió sostenerlo durante un instante, hasta que sintió el calor sobre los dedos y lo dejó ir. El palillo en llamas pasó por encima del borde y cayó al río.

—Palillos de fuego —dijo Doon—. ¿Esto es lo que va a salvar a Las Ascuas?

—No sé de qué manera —dijo Lina—. Son demasiado pequeños. Se apagan muy deprisa. —Se estremeció. Las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Agarró uno de los bastones blancos—. En fin, y esto ¿para qué sirve?

Doon agitó la cabeza, desconcertado.

—A lo mejor, una vela es una especie de asidero —dijo—. A lo mejor se puede atar el palillo con la cuerda, y así lo puedes sostener durante más tiempo mientras arde.

—De todas maneras se apagaría con la misma rapidez —dijo Lina.

—Sí —repuso Doon—. Pero es todo lo que se me ocurre. Intentémoslo.

Con mucho esfuerzo, ataron el pedacito de cordel del bastón alrededor de uno de los palillos. Lina aguantó el bastón mientras Doon rascaba el extremo azul hasta conseguir la llama. Miraron cómo el palillo ardía con fuerza, formando sombras que danzaban a sus espaldas. La madera se volvió negra, y el palillo carbonizado se desmenuzó y cayó al suelo. Pero la luz no se apagó. La cuerda se había prendido. Mientras ellos lo contemplaban, el cordel chisporroteó, echó humo y finalmente ardió ininterrumpidamente, llenando la pequeña habitación con un cálido resplandor.

—Es la luz móvil —dijo Doon, sobrecogido.

Lina recuperó todo su entusiasmo.

—Y ahora... y ahora... —dijo— podemos volver a la habitación y ver qué hay allí.

Volvieron al pasaje de la puerta y entraron. Lina sostuvo la luz móvil a toda la distancia que le permitía el brazo. Gracias a su brillo titilador pudieron ver algo hecho de metal plateado. Caminaron poco a poco a su alrededor, examinándolo. Era largo y bajo, y ocupaba el centro de la habitación. Uno de los extremos acababa en punta; el otro era plano. En medio había dos tiras de metal. En el exterior había, atadas, cuatro cuerdas robustas, una en cada extremo y una a cada lado. Y en el suelo de la cosa, había dos palos, cada uno con un extremo plano.

—Mira —dijo Lina—. Tiene una palabra escrita en uno de los lados. —Se agacharon junto a la punta y acercaron la llama a la palabra. En grandes letras negras y cuadradas se leía: BARCA.

—Barca —repitió Doon—. ¿Qué significa?

—No lo sé —dijo Lina—. Y aquí hay otra palabra, en los palos: REMOS. No sé a qué se refiere, pero se parece a la pala con la que nos solía dar la señorita Polster cuando nos portábamos mal en la escuela.

Una vez más, sacó del bolsillo su copia de las Instrucciones y la consultó, aproximando la luz de la llama.

—Mira —dijo—. Aquí mismo: «arca» debe de ser «barca».

5. ARCA, LLENA DE EQUIP NECES . VUELT

—Y lo que sigue debe de decir: «llena del equipo necesario» —propuso Doon—. Se debe de referir a lo que hay en las cajas.

—Y luego está esto —dijo Lina, siguiendo con el dedo la siguiente línea.

6. USAN CUERD , BAJA. REC ÓN RÍ . USAR
POR RÁPID

—Esta palabra debe de ser «cuerdas» —dijo—. Y más adelante dice «baja»... y después... ¿Esta palabra puede ser «recto»? Pero ¿recto hacia dónde?

—Eso no tiene sentido —dijo Doon—. No hay hacia dónde avanzar, a menos que sea de vuelta a las tuberías. —Miró las palabras y de repente dio un respingo—. Dirección al río —dijo—. Dice «en dirección al río». Debe de ser algo así como que hay que usar las cuerdas para bajar la barca y dirigirse al río. —Miró a Lina y habló con asombro—. La barca va por el agua. Es un medio de transporte.

Se miraron en medio de la luz titiladora, dándose cuenta de lo que significaba. No había ningún túnel para salir de Las Ascuas. La salida era el río. Para salir de Las Ascuas, tenían que ir por el río.

Capítulo 15

Una huida desesperada

—PERO esto no puede ser —dijo Doon—. Si el río es la salida de Las Ascuas, ¿por qué hay solamente una barca? Sólo caben dos personas.

—No lo sé —dijo Lina—. Sí, es extraño.

—Miremos un poco más.

Se levantaron. Doon fue hasta donde habían dejado las cajas y buscó otra vela. La llevó hasta la habitación de la barca y la encendió; en el cuarto había ahora el doble de luz. Entonces se dieron cuenta de algo que no habían visto antes: en la pared del fondo había una puerta casi tan grande como la habitación. Cuando se acercaron pudieron comprobar que se trataba de una puerta corredera. Doon agarró el asa que había a la izquierda y tiró de ella hacia un lado. La puerta se abrió y mostró más oscuridad.

Entraron. Podían adivinar por el eco de sus voces que estaban en una habitación enorme, aunque el techo era bajo; podían verlo simplemente alzando un poco la vista. La luz de la vela reflejaba algo brillante, y se dieron cuenta de que la habitación estaba llena de barcas. Había hileras y más hileras de barcas iguales a la que habían encontrado en la primera habitación.

—Debe de haber cientos —susurró Lina.

—Suficientes para todo el mundo, supongo —dijo Doon.

Dieron una vuelta, pero no había mucho que ver. Todas las barcas eran iguales. Cada una contenía dos cajas de metal y dos remos. Hacía frío en la habitación, y el aire les resultaba cargado. Las llamas de las velas ardían con debilidad, así que volvieron a la habitación pequeña y cerraron la puerta tras de sí.

—Supongo que esta primera barca es una especie de muestra —dijo Lina—. Con ella aprendemos de qué consta, mediante los letreros: BARCA; REMOS; VELAS; CERILLAS.

Volvieron junto al río. Lina apagó su vela y comenzó a cerrar las cajas que habían abierto. Doon también cerró la suya.

—Me voy a llevar ésta —dijo—, para poder examinarla más tarde. También me llevo unas cerillas.

Sacó un paquete de cerillas de la caja y se las metió en el bolsillo.

Lina volvió a poner las cajas en la habitación de la barca y cerró la puerta. Entonces, Doon y ella permanecieron junto al río y miraron cómo corría a un palmo de distancia. Un poco más allá, río abajo, se metía en la boca oscura de la pared y desaparecía.

—Bueno —dijo él—. La hemos encontrado.

—La hemos encontrado —repitió Lina, asombrada.

—Y mañana, cuando comiencen los cantos —finalizó Doon—, nos plantaremos

en la plaza Harken y se lo diremos a toda la ciudad.

* * *

Cuando salieron de las tuberías eran casi las seis. No se habían dado cuenta de que habían permanecido abajo tanto tiempo. Tanto el padre de Doon como la señora Murdo estarían preguntándose dónde se habían metido. Permanecieron unos instantes bajo una farola, lo suficiente para acordar una hora para encontrarse y planear cómo hacer su aparición. Después se fueron corriendo a casa. Cuando el padre de Doon le preguntó por qué había tardado tanto, él dijo que el ensayo de los cantos se había alargado. Quería decirle a su padre: «¡Hemos encontrado la salida! ¡Estamos salvados!», pero se contuvo en espera de su momento de gloria. Al día siguiente, cuando su padre le viera en los escalones del Salón de Reuniones, se emocionaría tanto que la sorpresa y el orgullo harían que le temblaran las rodillas, y la gente a su alrededor lo tendría que sostener para que no se cayera.

¡Y el anuncio de que el alcalde era un ladrón! Probablemente también tendría lugar mañana. Doon casi se había olvidado de ello a causa de la emoción que le había producido encontrar las barcas. La detención del alcalde y la salvación de la ciudad, ¡los dos acontecimientos a la vez! Sería un día increíble. Los pensamientos se agolpaban en la mente de Doon y no lo dejaban dormir.

* * *

El Día de los Cantos era festivo para toda la ciudad, y las tiendas y el resto de las actividades cerraban sus puertas. Esto quería decir que Doon no tenía que ir a las tuberías. Su padre tampoco tenía por qué ir a la tienda, pero fue de todas maneras, porque si no estaba allí, jugueteando con la mercancía, no sabía qué otra cosa hacer.

Doon se entretuvo con el desayuno de palitos de zanahoria y puré de rábanos mientras esperaba a que su padre se fuera. Quería prepararse para su trayecto hasta el río. Probablemente no se irían hasta pasados unos días. Lina y él anunciarían el hallazgo esa misma noche, aunque la gente necesitaría tiempo para prepararse hasta que dejaran la ciudad. Pero Doon estaba demasiado alterado para quedarse sin hacer nada.

En cuanto su padre se fue, Doon sacó la funda de su almohada. Ése sería su saco de viaje. Metió dentro la vela y las cerillas, y la llave que había cogido del despacho de las tuberías. También incluyó un buen pedazo de cuerda que había encontrado en los montículos de basura y había atesorado durante años, y una botella de agua. Metió una navaja muy vieja que su padre le había dado, había pasado de generación en generación y la usaba para cortarse el flequillo cuando ya le hacía cosquillas en las pestañas. Introdujo algo de ropa, por si se mojaba; y papel y lápiz, para poder dejar constancia por escrito de lo sucedido en el viaje. Junto con esas cosas, también incluyó una pequeña manta —podía hacer frío en la nueva ciudad— y un paquete con

comida: seis zanahorias, un puñado de vitaminas, unos guisantes y champiñones envueltos en una hoja de lechuga, y dos rábanos y dos remolachas hervidas. Eso debería ser suficiente. Claro que cuando llegaran a donde iban, la gente que viviera allí les daría algo de comer. Le hizo un nudo a la funda en la parte superior y después lo desató. A lo mejor se dejaba algo que podía querer incluir más tarde.

Se quedó de pie en medio del apartamento y miró a su alrededor, observando la gran cantidad de cosas que había. No quería llevarse nada más. Bueno, sí, una cosa. Volvió a su cuarto y hojeó las páginas de su cuaderno de bichos. La araña blanca. La polilla con el dibujo en zigzag de las alas. La abeja con las rayas marrones y amarillas. Miró los dibujos durante largo rato, memorizando su belleza y rareza. Las diminutas hileras de pelos, pinzas y patas. ¿Debería llevárselos? Quizá no había animales como éstos a donde fuera que iban. A lo mejor nunca podría volver a verlos.

No, debía dejarlos, porque el saco tenía que ser pequeño y ligero. Volvió a colocar el libro de los bichos bajo su cama y sacó la caja en la que guardaba el gusano verde. Retiró la bufanda para comprobar una vez más el estado del cautivo. Unos días antes, el gusano había hecho algo curioso: se había envuelto en una cubierta de hilos. Desde entonces, colgaba inmóvil de un tallo de col. Doon lo había estado observando cuidadosamente. O estaba muerto o estaba experimentando la transformación sobre la que había leído en un libro de la biblioteca y que casi no podía creer: pasar de ser una cosa que reptaba a ser una cosa que volaba. De momento, el gusano envuelto no había dado señales de vida.

Pero ahora pudo ver cómo se movía. El envoltorio, que tenía forma de pastilla vitamínica, se agitó de un lado a otro, y después hacia delante y hacia atrás. Había algo empujando en la punta, y un instante después Doon pudo ver cómo emergía un bulto peludo. Doon observó mientras contenía el aliento. Salieron dos patas que más bien parecían pelos y que se agarraron y tiraron del envoltorio de hilos. En unos minutos, la criatura había salido. «Instrucciones para la salida», pensó Doon, y sonrió. Al principio, las alas del animal estaban pegadas al cuerpo, pero enseguida se abrieron y Doon pudo comprobar en qué se había convertido: en una polilla con alas de color marrón claro. Levantó la caja y la acercó a la ventana. La polilla movió las antenas peludas y dio unos cuantos pasos por la hoja de col marchita. Durante varios minutos se quedó quieta y sus alas temblaron ligeramente. Entonces revoloteó por el aire, alzándose más y más alto, hasta que fue solamente un punto pálido en el cielo oscuro.

Doon se quedó mirando hasta que la polilla desapareció. Sabía que acababa de presenciar algo maravilloso. ¿Qué energía había hecho que el gusano se transformara en polilla? Esa energía era más grande que cualquiera que los Constructores pudieran poseer. La energía que hacía funcionar la ciudad de Las Ascuas era débil en comparación, y estaba a punto de agotarse.

Durante unos minutos se quedó mirando por la ventana, pensando en qué llevarse para el viaje. ¿Debería añadir clavos, alambre? ¿Necesitaría dinero? ¿Convendría que

se llevara algo de jabón?

Soltó una carcajada y se dio una palmada en la frente. Se olvidaba una y otra vez de que toda la población de Las Ascuas lo acompañaría en el viaje. Si necesitaba algo que no tuviera, siempre se lo podría pedir a otra persona.

Así que hizo un nudo en la funda de la almohada. Estaba a punto de cerrar la ventana cuando vio a tres hombres con el uniforme rojo y marrón de los guardias de la ciudad que avanzaban por la plaza. Pararon y miraron a ambos lados durante unos instantes. Uno de ellos quedó situado frente a la vieja jorobada Nammy Proggs, que no se encontraba muy lejos de la entrada de la tienda de Artículos Pequeños. El guardia era mucho más alto, y ella tuvo que mover la cabeza hacia un lado para echarle una mirada. Doon pudo oír la voz del guardia con claridad.

—Estamos buscando a un chico llamado Harrow.

—¿Por qué? —preguntó Nammy.

—Está propagando rumores maliciosos —fue la respuesta—. ¿Sabe dónde está?

Por un momento, Nammy dudó. Acto seguido respondió:

—Se acaba de ir a las pilas de basura.

El guardia asintió de manera cortante, hizo una seña a sus compañeros y se fueron.

¡Propagando rumores maliciosos! Doon estaba tan anonadado que se quedó paralizado durante al menos un minuto. ¿A qué se podrían estar refiriendo? Solamente había una respuesta: tenía que tratarse de lo que él y Lina le habían dicho al guardia auxiliar sobre el alcalde. Pero ¿por qué lo llamaban rumor malicioso? ¡Era la verdad! No podía entenderlo.

Lo que sí comprendía era que Nammy Proggs le había hecho un favor. Ella debía de haberse dado cuenta de que los guardias no querían nada bueno. Le había protegido, al menos de momento, al mandar a los guardias al lugar equivocado.

Doon se obligó a sí mismo a tranquilizarse y pensar. ¿Por qué pensaban los guardias que Lina y él mentían? Evidentemente no habían inspeccionado la habitación del túnel 351. Si lo hubieran hecho, sabrían que ellos dos estaban en lo cierto.

Sólo podía pensar en otra posibilidad. Los guardias —al menos uno de ellos— ya sabían lo que hacía el alcalde. Lo sabían y querían que siguiera siendo un secreto. ¿Por qué? Estaba claro: porque ellos también recibían suministros de los almacenes.

Ésa debía de ser la respuesta. Por un momento, la rabia sustituyó al miedo que había sentido cuando vio a los guardias. Esa oleada de calor que ya le era familiar creció en su interior, y lo único que deseó fue tomar un puñado de clavos o de trozos de cerámica que tenía su padre y estrellarlos contra la pared. Pero de repente se dio cuenta de que si los guardias lo buscaban a él, también debían de estar buscando a Lina. Tenía que avisarle. Se precipitó escaleras abajo, usando su rabia como energía con la que salir corriendo.

Después de descubrir la habitación llena de barcas, Lina volvió a casa de la señora Murdo, con el rugido del río aún retumbando en sus oídos. Era como si se tratara de una voz potentísima muy poderosa, que bramaba con toda la fuerza de la que sus pulmones eran capaces. En su interior, Lina sintió que respondía, como si ella también tuviera una pizca de la misma energía. Iba a navegar por el río; casi no se lo podía creer. A lo mejor llegaría a la ciudad luminosa con la que había soñado. O a lo mejor se ahogaría. Todo lo que había imaginado antes —el camino liso, ligeramente curvado, que la llevaría fuera de Las Ascuas— ahora parecía algo infantil. ¿Cómo iba a ser tan fácil llegar a un mundo nuevo? Odiaba la idea de ir por el río, pero estaba lista para hacerlo. Deseaba marcharse.

Esa noche durmió en la hermosa habitación verde y azul, en una cama grande llena de bultos, junto a Poppy. Allí se sentía segura. La señora Murdo entró y la arropó. Se sentó en el borde de la cama y le cantó una cancioncilla extraña a Poppy, algo sobre un bebé que se balanceaba en las copas de los árboles.

—¿Qué son las copas de los árboles? —preguntó Lina.

La señora Murdo no lo sabía.

—Es una canción muy vieja —dijo—. Probablemente las palabras no tengan sentido.

Le dio las buenas noches y se fue al salón, desde donde Lina pudo oír cómo tarareaba mientras ordenaba. Era tan ordenada... Nunca dejaba las medias sobre el respaldo de las sillas ni la costura encima de la mesa. Lina cerró los ojos y esperó a que le entrara sueño.

Pero los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Iban a pasar tantas cosas al día siguiente... La ciudad sería un tumulto. La gente bajaría a las tuberías a ver las barcas. Estarían todos emocionados, gritarían, reirían y llorarían, empaquetarían sus cosas y saldrían a las calles. Si no podían meter todo en las barcas habría peleas; algunas personas podrían resultar heridas; iba a ser un caos. Tendría que lograr que toda su familia permaneciera en torno a ella: Poppy, la señora Murdo y Doon. Quizá también el padre de Doon y Clary. En todo momento agarraría a Poppy bien fuerte, para que nadie pudiera hacerle daño.

Parecía que acababa de cerrar los ojos cuando sintió los pequeños talones de Poppy golpeando sus piernas.

—¡Hora de levantarse! ¡Levanta! —dijo Poppy con alegría.

Lina salió de la cama, se vistió y vistió a Poppy. En la cocina, la señora Murdo hacía puré de patatas para el desayuno. «Qué bonito que alguien te haga el desayuno», pensó Lina. Oír el hervor del agua, encontrar un cuenco y una cuchara en la mesa y las vitaminas alineadas ordenadamente junto a su taza de té de remolacha. «Podría vivir aquí para siempre», pensó Lina, antes de recordar que en un día o dos todos se habrían ido.

Súbitamente, oyó que alguien golpeaba la puerta. La señora Murdo se secó las manos y fue a contestar, pero antes de que hubiera dado tres pasos volvieron a golpear.

—Ya voy, ya voy —gritó la señora Murdo.

Abrió la puerta y vio a Doon.

Tenía la cara enrojecida y respiraba con dificultad. Llevaba una funda de almohada llena de cosas sobre el hombro.

Miró más allá de la señora Murdo y se dirigió a Lina.

—Tengo que hablar contigo. Ahora mismo, pero...

Lanzó una mirada de desconfianza a la señora Murdo. Lina se levantó de la mesa.

—Por aquí —le dijo, señalando la habitación azul y verde.

Cuando hubo cerrado la puerta, Doon le contó lo que había ocurrido.

—Vendrán a por ti en cualquier momento —explicó—. Tenemos que salir de aquí. Debemos escondernos.

Lina casi no podía entenderle cuando hablaba. ¿Estaban en peligro? Sus rodillas comenzaron a flaquear.

—¿Escondernos? —preguntó—. ¿Dónde?

—Podríamos ir a la escuela; hoy estará vacía. O a la biblioteca; casi siempre está abierta, incluso en vacaciones. —Saltó con impaciencia de un pie al otro—. Pero debemos irnos rápidamente, ahora mismo. ¡Han puesto carteles por toda la ciudad con nuestros nombres!

—¿Carteles?

—¡Diciéndole a la gente que nos denuncien si nos ven!

Lina sintió como si dentro de la cabeza tuviera una nube de insectos zumbando tan fuerte que no la dejaban pensar.

—¿Cuánto tiempo debemos estar escondidos? ¿Todo el día?

—No lo sé, no tenemos tiempo para pensarlo. Lina, podrían estar en esta puerta en cualquier momento.

El apremio de su voz la convenció. Cruzó el comedor, le dio a Poppy un beso rápido y gritó:

—¡Adiós, señora Murdo! Tenemos algo urgente que hacer. Si alguien viene a buscarme, dígame que volveré más tarde.

Se lanzaron escaleras abajo antes de que la señora Murdo pudiera hacer preguntas.

Una vez en la calle, corrieron.

—¿Adónde vamos? —interrogó Lina.

—A la escuela —respondió Doon.

Subieron por la calle Greystone y permanecieron a la sombra tanto tiempo como les fue posible. Al pasar por delante de la zapatería, Lina vio un pedazo de papel colgado del escaparate. Al mirar, le dio un salto el corazón. Su nombre y el de Doon aparecían escritos en grandes letras negras:

SE BUSCA A:
DOON HARROW Y LINA MAYFLEET
POR HABER ESPARCIDO RUMORES MALICIOSOS.
SI LOS VE, DENÚNCIELOS AL JEFE DE GUARDIAS
DEL ALCALDE.
NO CREA NADA DE LO QUE DICEN.
HAY RECOMPENSA.

Arrancó el papel de la ventana, lo arrugó hasta convertirlo en una bola y lo tiró a la papelera más cercana. En la manzana siguiente, arrancó dos más, y Doon hizo lo mismo con uno que había en una farola. Pero había demasiados como para sacarlos todos, y ellos no tenían tiempo que perder.

Corrieron más deprisa. En los días festivos, la gente solía dormir un poco más, las tiendas permanecían cerradas y las calles estaban prácticamente vacías. A pesar de todo, siguieron el trayecto más largo, donde se encontraban las colmenas, para evitar pasar por la plaza Sparkswallow, en la que podrían toparse con gente paseando y charlando. Corrieron a través de los invernaderos y siguieron por la calle Dedlock. Cuando cruzaban la calle Night, Lina miró a su izquierda. A dos manzanas, unos guardias atravesaban la plaza Greengate. Tocó a Doon en el hombro y señaló. En cuanto él se dio cuenta, comenzaron a correr más rápidamente. ¿Los habrían visto? Lina pensaba que no, porque de ser así, habrían pegado un grito.

Llegaron a la escuela y entraron por la puerta trasera. Los pasos de ambos resonaron en el suelo de madera de la gran entrada. Resultaba extraño volver allí solos, sin el parloteo y la algarabía de los otros niños. La entrada, con sus ocho puertas, le resultaba a Lina más pequeña de lo que le había parecido cuando era una estudiante, y en peor estado. Los tablones del suelo eran de un gris sucio y había montones de huellas de dedos en cada picaporte.

Entraron en la clase de la señorita Thorn y, por pura costumbre, se sentaron en sus pupitres.

—No creo que nos busquen aquí —dijo Doon—. Si lo hacen, podemos ir a gatas hasta el armario de los papeles.

Dejó el saco en el suelo, a su lado.

Permanecieron un rato recuperando el aliento. No habían encendido las luces, por lo que la habitación estaba poco iluminada. La única luz que había provenía de la calle, detrás de las persianas.

—Los carteles —dijo Lina, tras un rato.

—Sí. Los verá todo el mundo.

—¿Qué nos harán si nos encuentran?

—No lo sé. Lo que sea con tal de que no expliquemos lo que sabemos. Supongo que meternos en la prisión.

Lina pasó el dedo por la B tallada en la superficie de su escritorio. Sentía que

había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había sentado allí.

—No nos podemos esconder aquí para siempre.

—No —dijo Doon—. Sólo hasta que llegue la hora de los cantos. Cuando todo el mundo se haya reunido en la plaza Harken, iremos y les explicaremos lo de las barcas y lo del alcalde, ¿no? No lo he pensado demasiado. No he tenido tiempo esta mañana para planearlo.

—Pero los guardias siempre están ahí el Día de los Cantos, junto al alcalde —dijo Lina—. Nos arrestarán en cuanto abramos la boca.

Las cejas de Doon se juntaron formando una línea oscura.

—Tienes razón. Entonces, ¿qué hacemos?

«Es como estar en un callejón sin salida», pensó Lina. No había escapatoria. Miró las cosas que le habían hecho compañía diariamente: el escritorio de la profesora; las pilas de papeles; *El libro de la ciudad de Las Ascuas*, en su estantería especial.

Las viejas palabras resonaron en su mente: «No hay ningún lugar más allá de Las Ascuas. Es la única luz en un mundo oscuro». Ahora sabía que eso no era cierto. Había otro lugar, al que los llevarían las barcas.

Era como si Doon le hubiera leído el pensamiento. Levantó la vista.

—Podríamos ir.

—¿Ir adónde? —preguntó ella, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—A donde nos lleve el río —contestó él. Con un gesto, señaló su saco—. Lo hice esta mañana; estoy listo. Estoy seguro de que hay suficientes cosas para ti también.

El corazón de Lina se encogió un poco.

—¿Ir solos? ¿Sin decírselo a nadie?

—Se lo diremos —dijo Doon, ahora ya de pie. Fue al armario y sacó una hoja de papel—. Escribiremos una nota, explicándolo todo, y se la daremos a alguien en quien confiemos, alguien que nos crea.

—Pero yo no me puedo ir así —dijo Lina—. ¿Cómo voy a dejar a Poppy? Sin despedirme, sin saber adónde voy, ni si voy a regresar. ¿Cómo te vas a marchar sin despedirte de tu padre?

—Una vez que encuentren las barcas, el resto de Las Ascuas nos seguirá —dijo Doon—. No nos estamos yendo para siempre. —Caminó por la clase y hurgó en la mesa de la señorita Thorn—. ¿A quién le escribimos el mensaje?

Lina no estaba segura de que fuera una buena idea, pero no podía pensar en otra mejor. Así que dijo:

—Podríamos escribírsela a Clary. Ha visto las Instrucciones. Nos creerá. Y vive aquí cerca, junto a la plaza Torrick.

—De acuerdo —dijo Doon. Sacó un lápiz del cajón del escritorio—. En serio, es una gran idea. Podemos escaparnos de los guardias y dejar el mensaje. ¡Y seremos los primeros en llegar a la ciudad nueva! Además, deberíamos ser los primeros, ya que descubrimos la salida.

—Bueno, eso es verdad. —Lina pensó durante unos instantes—. ¿Cuánto tiempo

crees que tardarán los demás en encontrar las barcas y venir? Hace falta organizar a mucha gente. —Con los dedos, contó las cosas que tenían que suceder—. Clary tendrá que ir a ver al jefe de las tuberías para que baje con ella y ambos encuentren las barcas. Entonces tendrá que hacer el anuncio oficial a la ciudad. Después todo el mundo deberá hacer las maletas, bajar al río, sacar todas las barcas de la habitación grande y meterse dentro. Podría ser mucho jaleo, Doon. Poppy me necesitará.

Se imaginó a una multitud desenfundada y a Poppy, pequeña, perdida en medio.

—Poppy tiene a la señora Murdo —dijo Doon—. Estará bien, en serio. La señora Murdo es una persona muy ordenada.

Era cierto. La idea de llevarse a Poppy con ella por el río había cruzado por su mente, pero ahora salió disparada. «Estoy siendo una egoísta por querer llevármela —pensó—. Es demasiado peligroso. La señora Murdo la traerá en un día o dos.» Éste parecía ser el plan más inteligente, aunque la entristecía tanto que cubrió de sombras la emoción de aventurarse hasta la ciudad nueva.

—¿Y si algo saliera mal? —dijo.

—¡Nada va a salir mal! Es un buen plan, Lina. ¡Estaremos allí antes que los demás; podemos recibirlos cuando lleguen y enseñarles todo!

Doon parecía a punto de explotar de entusiasmo. Le brillaban los ojos y no paraba de saltar de un lado al otro.

—Bueno, de acuerdo —dijo Lina—. Escribamos ese mensaje.

Doon escribió durante largo rato. Cuando hubo terminado, enseñó el mensaje a Lina. Explicaba cómo llegar a la roca con la S, cómo bajar hasta la habitación de las barcas e incluso cómo usar las velas.

—Está bien —dijo Lina—. Ahora tenemos que entregarlo.

Hizo una pausa para ver si tenía algo de valor en su interior. Resultó que entre la tristeza, el miedo y la emoción, aún le quedaba valentía.

—Yo lo entregaré —dijo—. Al fin y al cabo, soy mensajera. Me conozco todos los atajos; nadie me buscará por allí. —De repente, tuvo una idea—. ¡Doon, a lo mejor Clary está en casa! Ella podría escondernos y ayudarnos a decir lo que sabemos para no tener que salir ahora mismo.

Doon negó con la cabeza rápidamente.

—Lo dudo. Probablemente estará con su grupo de cantos, preparándose. Simplemente desliza la nota por debajo de su puerta.

Lina pudo comprobar por el tono de su voz que Doon en realidad no quería que Clary estuviera en casa. Supuso que lo que más deseaba era que realizaran el recorrido por el río ellos solos. Doon miró el reloj de la pared de la clase y dijo:

—Son poco más de las dos. Los cantos comienzan a las tres. Después, todo el mundo se encontrará en la plaza Harken, y las calles estarán vacías. Creo que podremos entrar sin problemas en las tuberías. ¿Por qué no vamos a las tres y cuarto?

—¿Sigues teniendo la llave?

Doon asintió.

—Una vez entregue la nota a Clary, volveré aquí —le dijo Lina.

—Sí. Esperaremos hasta las tres y cuarto, y entonces nos iremos.

Lina se levantó del estrecho pupitre y fue a la ventana. Movi6 un poco la persiana y ech6 un vistazo hacia fuera. No habfa nadie en la calle. La clase, llena de polvo, estaba en silencio. Pens6 en el padre de Doon, que se pondrfa fren6tico al ver el nombre de su hijo en los carteles y al comprobar despu6s que habfa desaparecido. Pens6 en la sefiora Murdo, que ya debfa de haber visto los carteles; pens6 en c6mo se asustarfa cuando los guardias fueran a buscarla, y c6mo le aterrorizarfa ver que Lina no volvfa por la noche. Intent6 no pensar en Poppy; no lo soportaba.

—Dame la nota —le dijo finalmente a Doon. Dobl6 el papel cuidadosamente y se lo meti6 en el bolsillo de los pantalones—. Enseguida vuelvo.

Sali6 de la sala y baj6 por el pasillo hasta la puerta trasera de la escuela.

Doon fue hasta la ventana y la vio marchar. Apart6 un poco la persiana, lo justo para poder ver la calle Pibb. Por allf iba, dando grandes zancadas con sus piernas largas, con el pelo al viento. Empez6 a cruzar el callej6n Stonegrit y, antes de que hubiera llegado a la otra acera, Doon dej6 de respirar. Dos guardias giraban la esquina e iban directos hacia ella. Uno de ellos era el jefe de guardias, que dio un salto y grit6 tan fuerte que Doon pudo ofrlo a trav6s del cristal sin dificultad:

—¡Ahf estf! ¡Atrapadla!

Lina cambi6 de rumbo al momento. Corri6 por la calle Pibb, gir6 por la calle de la Escuela hasta la plaza Bilbollio y Doon la perdi6 de vista. Los guardias corrfan detr6s de ella, gritando. Doon mir6, muerto de miedo. «Es mucho m6s rfpida que ellos, sabe d6nde esconderse —pens6—. Los despistar6. —Qued6 paralizado junto a la ventana, casi sin respirar—. No la atrapar6n. Estoy seguro de que no la atrapar6n.»

Capítulo 16

Los cantos

CUANDO Lina oyó los gritos de los guardias, el terror la atravesó. Corrió más rápido de lo que nunca lo había hecho, con el corazón latiendo enloquecido. Tras ella, los guardias seguían gritando, y supo que si había otros guardias en las cercanías llegarían enseguida. Tenía que encontrar un lugar donde esconderse. Cerca de ahí estaba la plaza Bilbollio. ¿Había algún sitio allí? Como si se tratara de una respuesta, recordó las palabras de Doon: «La biblioteca; siempre está abierta, hasta los días festivos». No tenía tiempo para pensar. No se preguntó si Edward Pocket la ayudaría a esconderse o si la biblioteca era realmente un buen lugar. Simplemente corrió por el pasaje que llevaba a la puerta de la biblioteca y llegó a ella como una flecha.

Pero la puerta no se abría. Giró el picaporte de manera frenética, tiró, empujó, y cuando ya oía los pasos de los guardias en la plaza, vio el pequeño cartel, escrito a mano, colgado en la puerta: «Cerrado el Día de los Cantos». Los guardias ya estaban muy cerca. Si corría, la verían. Se pegó a la pared, esperando que no se fijaran en el pasaje de la biblioteca.

Pero sí lo hicieron.

—¡Allí está! —gritó uno de los guardias.

Ella intentó esquivarlo, pero el pasaje era demasiado estrecho y él la agarró del brazo. Lina se retorció y pegó patadas, pero el jefe de guardias también la tenía agarrada. La cogió del otro brazo con unos dedos que le parecieron de hierro.

—¡Deja de resistirte! —gritó.

Lina se levantó y agarró la barba áspera del jefe de guardias. Tiró con todas sus fuerzas y el hombre aulló, pero no la soltó. La empujó hacia delante y casi la levantó del suelo, y los dos guardias la arrastraron por la plaza siguiendo un paso desigual, que hacía que Lina tropezara sin cesar.

—¡Me hacéis daño! —gritó Lina—. ¡No me agarréis tan fuerte!

—No nos digas lo que tenemos que hacer —dijo el jefe de guardias—. Te llevaremos así hasta que lleguemos.

—¿Adónde vamos? —dijo Lina.

Le daba tanta rabia su mala suerte que casi se había olvidado de tener miedo.

—Vas a ir a ver al alcalde, señorita —dijo el jefe de guardias—. Él decidirá qué hacer contigo.

—Pero ¡yo no he hecho nada malo!

—Esparcir rumores maliciosos —dijo el guardia—. Explicar mentiras peligrosas con el fin de causar disturbios.

—¡No son mentiras! —insistió ella.

Pero el guardia la agarró todavía con más fuerza y le dio tal empujón que ella se tambaleó hacia un lado.

—Nada de hablar.

Hicieron el resto del trayecto en silencio.

* * *

Unas pocas personas se habían juntado en la plaza Harken, aunque los obreros no habían acabado de dejar todo listo para los cantos. Los barrenderos cruzaban la plaza de un lado al otro, empujando sus escobas. Alguien apareció en la ventana del segundo piso de un edificio de la calle Gilly y desplegó una de las banderas que siempre se exhibían durante el Día de los Cantos: un pedazo largo de tela roja, desteñido tras años de uso pero en el que todavía se podían ver unas rayas negras con curvas, que representaban el río, la fuente de toda la energía. Era para *El canto del río*. Habría otra en el lado de la plaza que daba a la calle Broad, de color amarillo dorado, con un diseño de una cuadrícula, como símbolo de *El canto de la ciudad*, y otra bandera en el lado de la calle Otterwill, totalmente negra, exceptuando un reborde amarillo, para *El canto de Las Ascuas*.

Los guardias llevaron a Lina por la escalera del Salón de Reuniones y a través de su ancha puerta. Pasaron por la entrada principal, abrieron la puerta del final y le dieron un último empujón que la hizo tambalearse y golpearse de manera poco digna con el respaldo de una silla.

Era la misma habitación en la que ya había estado aquel otro día, mucho más alegre: su primer día como mensajera. No había cambiado nada. Las mismas cortinas deshilachadas, las mismas butacas con el tapizado gastado, la misma horrible alfombra de color del barro. Los retratos de la pared la miraban con tristeza.

—Siéntate aquí —dijo el jefe de guardias.

Le señaló una pequeña silla, con pinta de ser resistente, que había frente a la butaca. Lina se sentó. Junto a la silla estaba la misma mesa que ya recordaba de la vez anterior, con la tetera y las tazas de porcelana con los cantos desportillados.

El jefe de guardias salió de la habitación; Lina supuso que en busca del alcalde. El otro permaneció sentado en silencio, con los brazos cruzados frente al pecho. No pasó nada durante un rato. Lina intentó pensar en lo que le diría al alcalde, pero su mente no le respondía.

Entonces se abrió la puerta de la primera sala y entró el alcalde. Era la primera vez que Lina lo veía desde que le había entregado el mensaje de Looper. Parecía aún más enorme. Su cara ancha era del color de los champiñones. Llevaba un traje que se estiraba sobre su inmensa barriga justo lo suficiente para que el botón entrara en el ojal.

Se movió pesadamente a través de la habitación y se sentó en la butaca, llenándola por completo. A su lado había una mesa, y en la mesa, una campana de latón del tamaño de un puño. El alcalde observó a Lina durante un momento con ojos que se asemejaban a los agujeros de los túneles. Acto seguido, se volvió al guardia.

—Retírese —dijo, haciéndole un gesto con la parte de atrás de la mano—. Vuelva cuando haga sonar la campana.

El guardia se fue. El alcalde volvió a pasar sus ojos sobre Lina.

—No me sorprende —dijo. Levantó un brazo y apuntó con un dedo hacia el rostro de Lina—. Ya se había metido antes en problemas, yendo donde no debía.

Lina comenzó a hablar, pero el alcalde levantó la mano. Extrañamente, su mano era pequeña, con unos dedos cortos que parecían vainas de guisantes maduros.

—La curiosidad —dijo el alcalde—. Es una cualidad peligrosa. Poco saludable. Especialmente desafortunada en alguien tan joven.

—Tengo doce años —dijo Lina.

—¡Silencio! —ordenó el alcalde—. Estoy hablando.

Se balanceó suavemente hacia los lados y se encajó más firmemente en la silla.

«Va a necesitar que lo saquen con una palanca», pensó Lina.

—Las Ascuas, como usted sabe —continuó el alcalde—, vive tiempos difíciles. Se necesitan medidas extraordinarias. Es el momento de que los ciudadanos sean más leales que nunca, que obedezcan las leyes. Por el bien de todos.

Lina no dijo nada. Miró cómo la carne de debajo de la barbilla del alcalde sobresalía y se echaba hacia atrás mientras él hablaba, y apartó los ojos de tan desagradable espectáculo para mirar cuidadosamente a su alrededor. Ahora calculaba, pensaba, no escuchaba al alcalde.

—Los deberes de un alcalde —dijo él— son... complejos. La gente normal no los puede comprender, y especialmente los niños. Por eso... —siguió hablando mientras se adelantaba ligeramente, lo que hizo que su estómago sobresaliera todavía más en su regazo— algunas cosas deben permanecer ocultas al público. Éste debe tener fe —dijo, levantando de nuevo la mano y alzando un dedo hacia el techo—. Fe en que todo lo que se hace es por su bien. Por su propio beneficio.

—Burradas —repuso Lina.

El alcalde se sacudió hacia atrás. Sus cejas bajaron hasta quedar a la altura de los ojos, convirtiéndolos en ranuras oscuras.

—¿Qué? —dijo él—. Debo de haberle entendido mal.

—He dicho «burradas» —insistió Lina—. Que quiere decir...

—¡Ni se te ocurra intentar decirme lo que significa! —gritó el alcalde—. La insolencia sólo te hará las cosas más difíciles. —Ahora respiraba con dificultad y las palabras le salían entrecortadas con cada respiración—. Una niña equivocada como tú requiere una lección contundente. —Sus dedos cortos agarraron los brazos de la butaca—. A lo mejor tu curiosidad te ha llevado a interrogarte acerca de la prisión. ¿Cómo debe de ser? ¿Oscura? ¿Fría? ¿Incómoda? —Esbozó la sonrisa que Lina recordaba del Día del Nombramiento. Los labios se apartaron de sus pequeños dientes y las mejillas grisáceas se plegaron—. Vas a tener la oportunidad de averiguarlo. Te vas a... familiarizar... mucho... con la prisión. Los guardias te escoltarán. Tu cómplice, otro reconocido alborotador, se te unirá una vez haya sido

localizado.

El alcalde se volvió para buscar la campana. Éste era el momento que Lina había estado esperando para intentar escaparse. Había imaginado que tendría una mínima oportunidad si se movía con la suficiente rapidez, pero en ese instante pasó algo que le dio una buena ventaja.

Las luces se apagaron.

No hubo ningún parpadeo de aviso; tan sólo una oscuridad repentina y completa. Lina tuvo la suerte de que ya había planeado escaparse, por lo que sabía exactamente hacia dónde moverse. Se levantó de un salto, tirando al suelo la silla. Con el brazo, derribó la mesa que había junto a la silla. El ruido de los muebles y la porcelana al caer, junto con los gritos rabiosos del alcalde, crearon tal estruendo que cubrieron el sonido de los pasos de Lina, que se encaminaba hacia la puerta de la escalera. ¿Estaba cerrada con llave? Buscó el picaporte. Los resoplidos y gruñidos del alcalde la avisaron de que éste estaba intentado levantarse de la butaca. Giró el picaporte, tiró de él y la puerta se abrió. Pasó, la cerró y subió los escalones de dos en dos. Incluso en completa oscuridad, era capaz de subir la escalera. La campana sonó y sonó en la habitación, y el alcalde aullaba.

Cuando llegó al primer rellano, oyó los gritos de los guardias. Se produjo un estrépito: alguien debía de haber tropezado con la mesa o la silla que se habían caído al suelo.

—¿Dónde está? —gritó alguien—. ¡Debe de haber salido por la puerta!

¿Sabían por cuál? No oyó pasos a sus espaldas.

Si era capaz de llegar al tejado, desde allí saltar al de la prisión y alcanzar la calle, entonces podría escapar. Los pulmones le ardían y el aire le quemaba la garganta, pero siguió subiendo sin parar. Cuando llegó al final, pasó por la puerta del tejado y corrió.

Entonces volvieron las luces. Parecía que el apagón hubiera sido organizado exclusivamente para ella. «¡Tengo tanta suerte! —pensó—. ¡Tanta suerte!» Frente a ella se alzaba la torre del reloj. Cruzó hacia el otro lado. Esta vez no iba a bailar.

En el lado del edificio había un muro bajo. Lina se aproximó a él y miró cuidadosamente hacia la muchedumbre agolpada en la plaza Harken. Directamente debajo de ella se encontraba la entrada del Salón de Reuniones y, mientras miraba, pudo ver a dos guardias que pasaban corriendo por la puerta y bajaban los escalones de la entrada. Bien. ¡Iban en la dirección contraria! Pensaban que se había escabullido entre la gente. De momento estaba a salvo. El reloj de la torre comenzó a repicar. Sonaron tres estruendos. Era la hora de que comenzaran los cantos.

Lina miró a la gente de Las Ascuas, reunida para cantar sus canciones. Permanecían tan juntos que sólo podía verles las caras, que se alzaban hacia el cielo y en las que se reflejaban las potentes luces de los focos. Todo el mundo estaba en silencio, esperando a que apareciera el maestro de los cantos en los escalones del Salón de Reuniones. Se había hecho un gran y extraño silencio, como si la ciudad

entera estuviera conteniendo el aliento. «De todo el año —pensó Lina—, este silencio es uno de los momentos más emocionantes en Las Ascuas.» Se acordó de otros años, en los que había estado allí con sus padres; demasiado pequeña para ver la señal del maestro de los cantos; demasiado pequeña para ver algo más que las espaldas y las piernas de los demás, esperando que atronara la primera nota. Cada año sentía que, en ese momento, su corazón se movía. El sonido se elevaba en olas a su alrededor, como si se tratara de agua, casi como si pudiera levantarla del suelo.

De repente, ese momento tuvo lugar otra vez. De cientos de gargantas salieron las primeras notas de *El canto de la ciudad*, fuertes y profundas. Sintió lo mismo que los otros años: un estremecimiento en su interior, como si alguien tocara una cuerda en lo más profundo de sus costillas, y un torrente de alegría y tristeza mezcladas. Los profundos y estruendosos acordes de la canción llenaron la plaza Harken. Lina sintió que era capaz de saltar desde el borde del edificio y caminar por encima del aire, que ahora le parecía sólido gracias al sonido.

El canto de la ciudad era largo. Tenía versos que hablaban de «las calles de luz y las paredes de piedra», de «los ciudadanos con corazón tenaz», de la «abundancia acumulada que nunca se acaba» («No es cierto», pensó Lina). Pero *El canto de la ciudad* llegó a su conclusión. La gente aguantó la última nota, que se fue haciendo cada vez más suave, y finalmente se hizo el silencio. Lina miró las calles iluminadas que conocía tan bien. Amaba su ciudad, por muy gastada y derrumbada que estuviera. Levantó la vista hacia el reloj: eran las tres y diez. Doon debía de estar preparándose para ir a las tuberías. No sabía si había visto cómo la detenían. De ser así, seguramente se preguntaba si la habrían encerrado en la prisión. Se estaría cuestionando si tendría que ir a rescatarla o si debería bajar por el río él solo.

Tenía que apresurarse para alcanzarlo. Pero una tristeza se lo impedía, como si tuviera una pesada piedra sobre su pecho. Apoyó la cara en las palmas de sus manos y las apretó con fuerza contra sus ojos cerrados. ¿Cómo podía irse de Las Ascuas dejando a Poppy? Porque si ella se iba, debía dejar a Poppy, ¿no? ¿Cómo podía llevársela en un viaje tan peligroso?

El canto del río la sobresaltó al empezar. Las voces de los hombres, bajas, retumbaban llenas de energía. De repente se les unieron las voces femeninas, que sobresalían con una complicada melodía que parecía luchar contracorriente. Lina escuchó, incapaz de moverse. *El canto del río* la hacía sentir incómoda, siempre había sido así. Con su ritmo que retumbaba, implacable, parecía empujarla hacia delante, diciendo: «Baja, vete, ahora». Cuanto más lo escuchaba, más sentía algo parecido al movimiento del río en su estómago, una sensación similar a un nudo, que la mareaba.

Entonces llegó *El canto de Las Ascuas*, la última de las tres canciones; la que contenía más nostalgia y majestuosidad. El alma de Las Ascuas estaba en esa canción. Sus formidables acordes transmitían toda la tristeza y la fuerza de la gente de la ciudad. El canto alcanzó su clímax: «La oscuridad, como una noche infinita»,

cantaron los centenares de voces, con tanta fuerza que el aire parecía temblar.

Y en ese momento, las luces volvieron a apagarse. Las voces titubearon, pero sólo durante un instante. Entonces volvieron a alzarse en la oscuridad, con más fuerza que nunca. Lina también cantó. Se levantó y cantó con todas sus fuerzas en la oscuridad profunda y sólida.

Las últimas notas resonaron y se desvanecieron en medio de un silencio sepulcral. Lina permaneció totalmente quieta. Pensó: «¿Terminará así, al final de la última canción?». Sintió la piedra sólida de la torre del reloj a sus espaldas. Esperó.

Entonces le vino una idea a la mente que hizo que se le pusiera la piel de gallina. ¿Y si gritara ahora, en medio del silencio? ¿Y si gritara: «¡Escuchad todos! ¡Hemos encontrado la salida de Las Ascuas! ¡Es el río! ¡Salgamos por el río!»? Podía anunciar las increíbles noticias, tal como Doon y ella habían planeado, y entonces... ¿qué pasaría entonces? ¿Subirían a llevársela los guardias? La gente de la plaza, ¿pensaría que sus palabras eran simplemente las ilusiones de una cría? ¿O escucharían y se salvarían? Podía sentir cómo se agolpaban en su garganta las palabras, deseosas de salir, y tenía ganas de soltarlas. Tomó aliento y se adelantó.

Pero antes de que pudiera hablar, debajo de ella se alzaron unas voces. Alguien gritó:

—¡No te muevas!

Y otra persona chilló. El ruido se convirtió en estruendo, y los gritos flotaron en la oscuridad, por todas partes. El pánico estaba apoderándose de la multitud.

Ya no había esperanza de ser oída. Lina se agarró al borde de la torre del reloj, como si el tumulto pudiera causar su caída. Forzó la vista en la oscuridad. Sin luz, no podía ir a ningún sitio. «Luces, volved —rezó—. Volved.»

Entonces vislumbró algo. Al principio pensó que estaba viendo visiones. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Seguía ahí: era un punto de luz, moviéndose débilmente, en línea recta. Después giró y volvió a moverse en línea recta. ¿Estaba en la calle River? No podía estar segura. Pero de repente, supo de qué se trataba. Era Doon, con una vela. Doon, yendo a las tuberías en la oscuridad.

Ella también quería ir. Podía sentir la necesidad de correr y encontrarse con él, y buscar la salida de Las Ascuas, hasta llegar a ese nuevo lugar. Escuchó los gritos y lloros de la gente aterrorizada, abajo en la plaza. Pensó en la señora Murdo, en medio de la oscuridad, empujada y sacudida, agarrando firmemente con sus brazos a Poppy, intentando protegerla, y de repente todo le resultó muy claro. Lina sabía lo que iba a hacer. Si las luces se encendieran, si ése no fuera el último apagón de la historia de Las Ascuas... Mientras miraba la pequeña lucecilla seguir su propio rumbo, formuló un deseo con toda la fuerza de su corazón y de su mente.

Entonces, las luces parpadearon y la multitud emitió un grito esperanzado. Se encendieron y permanecieron encendidas. Lina corrió hasta la parte de atrás del tejado y sin problema alguno se dejó caer hasta el de la prisión. Al ver que no había guardias entre el río de gente que comenzaba a circular por la calle, saltó hasta el

suelo y se unió a la muchedumbre. Llegó hasta la calle Greystone, siguiendo el ritmo de los demás transeúntes para no llamar la atención. Cuando llegó al recinto de las basuras ubicado en la parte trasera del Salón de Reuniones, se agachó y se escondió. El corazón le latía muy deprisa, pero se sentía fuerte y decidida. Tenía un plan. En cuanto vio a la señora Murdo y a Poppy de camino a casa, lo puso en práctica.

Capítulo 17

Fuera

A las tres y veinte, Doon cogió su saco, salió por la puerta trasera de la escuela y recorrió la calle Pibb. Lo hizo deprisa; el apagón se había producido unos minutos antes de las tres y estaba nervioso por salir a la calle. Había planeado tomar la ruta larga hacia las tuberías, que recorría los límites de la ciudad, para evitar encontrarse con los guardias que podían estar buscándole.

Estaba aterrado por lo que le podía haber sucedido a Lina. No sabría lo que le había ocurrido hasta que no llegara a las tuberías y descubriera si ella se había presentado o no. En cualquier caso, todo lo que él podía hacer ahora era huir.

Corrió por la calle Knack. Era extraño recorrer la ciudad con las calles totalmente desiertas. Sin gente a su alrededor, parecían mucho más anchas y oscuras. No había nada que se moviera aparte de él mismo, su sombra y su efímero reflejo en los escaparates cuando pasaba. En la plaza Selverton vio un quiosco que tenía colgado el cartel con su nombre y el de Lina. Ya los debía de haber visto toda la ciudad. Pensó, irónicamente, que ya era famoso, pero no de la manera que él hubiera querido. Ya no habría ningún momento de gloria en el Salón de Reuniones, después de todo. En vez de hacer que su padre se sintiera orgulloso de él, le iba a causar tremendas preocupaciones.

Esa idea le hizo ponerse tan triste que sus rodillas temblaron. ¿Cómo podía desvanecerse sin decir ni una palabra? Pero ahora ya era demasiado tarde; no podía regresar. Si hubiera una manera de mandarle un mensaje... En ese momento se dio cuenta de que sí la había. Paró, buscó en el saco un pedazo de papel y un lápiz, y garabateó lo siguiente: «Padre: Hemos encontrado la salida; ¡estaba en las tuberías, después de todo! Mañana lo sabrás todo. Te quiero, Doon». Lo dobló dos veces; escribió: «Entregar a Loris Harrow» en letras grandes, en la parte posterior, y lo clavó en el quiosco. ¡Ya estaba! Era lo único que podía hacer. Confiaba en que alguien lo entregaría.

En la distancia oyó el leve sonido de los cantos. Escuchó. Se trataba del final de *El canto del río*. «Muy abajo, como la sangre de la tierra, / desde el centro de la nada, corre hacia delante», cantó por lo bajo. Como todos los ciudadanos de Las Ascuas, conocía de memoria los tres cantos. Cantó suavemente con los demás, que estaban en la lejanía.

Consiguiendo la luz para las farolas de Las Ascuas, más antiguo de lo que nadie recuerda, más rápido de lo que nadie sabe, el río viene y el río se va.

Siguió por la calle Rin hasta la calle River. Ya estaba a medio camino. Los ciudadanos comenzaban *El canto de Las Ascuas*. Era su favorito por sus armonías profundas y poderosas. Le daba un poco de pena perderselo. Continuó por la calle

Pott, junto a la plaza Riverroad, que estaba totalmente vacía, y encontró otro cartel torcido en un quiosco. Se dirigió hacia la calle North, y fue allí cuando las luces parpadearon y se apagaron.

Frenó completamente. Permaneció quieto y esperó. Ésa fue su respuesta automática. En la distancia pudo oír que la canción caía en picado y que algunas voces asustadas rompían la fluidez; pero de repente el canto volvió a alzarse, desafiando a la oscuridad. Durante un momento, todos los pensamientos huyeron de la mente de Doon y no existió nada aparte de las audaces palabras de la canción:

Negra como el dormir y profunda como el sueño, la oscuridad es como una noche interminable, pero a pesar de todo, en las calles de Las Ascuas brilla nuestra luz, espléndida y valiente.

Cantó, mientras permanecía inmóvil en la oscuridad. Cuando la canción terminó, esperó. Estaba convencido de que muy pronto las luces se encenderían de nuevo. Durante unos minutos, se hizo el silencio, y después oyó un grito, lejano pero penetrante. Le siguieron más gritos y chillidos, los sonidos del pánico. Sintió cómo el pánico también se apoderaba de él, como si se tratara de una mano que lo agarraba, le hacía saltar y le lanzaba contra la oscuridad.

Pero de repente, recordó con un destello de alegría que no tenía que esperar a que las luces volvieran. Tenía lo que ningún otro ciudadano de Las Ascuas había tenido nunca antes: una manera de ver en la oscuridad. Dejó el saco en el suelo, lo desató y rebuscó en su interior hasta que palpó la vela. En uno de los rincones encontró la pequeña caja de cerillas. Rascó una cerilla contra el pavimento y ésta se encendió al instante. Mantuvo la llama junto a la mecha de la vela, que comenzó a arder. Tenía luz. Tenía la única luz de toda la ciudad.

La vela no iluminaba mucho, pero sí lo suficiente para al menos poder ver el suelo que tenía frente a sí. Caminó despacio por la calle Pott y giró por North. Al final de la calle estaba la puerta de la oficina de las tuberías.

Cuando llegó a la entrada de las tuberías, no había nadie. Un pequeño grupo de polillas se acercó a la llama de su vela, pero nada más se movió en la plaza Plummer. No podía hacer otra cosa que esperar. Doon apagó la vela, ya que no quería gastarla toda por si las luces permanecían apagadas durante largo tiempo, y se acuclilló en el suelo. Dejó el saco y se apoyó en uno de los contenedores de basura. Esperó, mientras escuchaba los gritos en la distancia. Al cabo de un rato, las luces parpadearon una y otra vez y finalmente se encendieron.

No había ni rastro de Lina. Si los guardias la habían encontrado y se la habían llevado... Pero Doon prefirió no pensar aún en eso. Esperaría un rato. Podía haberse retrasado si el apagón la había pillado en el trayecto. Desde aquí no podía ver la torre del reloj, pero seguramente no eran las cuatro todavía.

¿Y si no venía? Los cantos habían terminado, la gente se dispersaba por la ciudad

y los guardias, sin duda alguna, retomarían su búsqueda. Doon cruzó los brazos y los dejó firmemente apoyados sobre su estómago, intentando frenar así el nerviosismo que sentía.

Si ella no venía, Doon tenía dos opciones: podía quedarse en la ciudad y hacer todo lo posible para rescatarla, o podía subirse a la barca y esperar que Lina se pudiera liberar sola de algún modo y decirle a la gente cómo salir de Las Ascuas. No le gustaban ninguno de los dos planes. Quería ir río abajo, y quería ir con Lina.

Doon se levantó y volvió a cargar con el saco. Estaba demasiado nervioso para permanecer sentado. Bajó por la calle Gappery y miró en ambas direcciones. No se veía a nadie. Caminó por la calle Plummer mientras pensaba que quizá Lina vendría por el límite de la ciudad, como había hecho él, para evitar que la vieran. Pero no había ni un alma. Ni siquiera vio a alguien cuando pasó por la calle Subling hasta el final de la ciudad. Tenía que decidir qué hacer.

Se quedó en la puerta de las tuberías. «Piensa —se dijo—. ¡Piensa!» Ni siquiera estaba seguro de poder hacer el viaje por el río él solo. ¿Cómo llevaría la barca hasta el agua? ¿Podría levantarla sin ayuda? Por otro lado, si Lina estaba en manos de los guardias del alcalde, ¿cómo iba a poder ayudarla? ¿Qué podía hacer él sino dejarse atrapar?

Se sintió mal. Tenía las manos frías. Salió del umbral de la puerta y volvió a escudriñar la plaza. No se movía nada aparte de las polillas alrededor de las farolas.

Entonces apareció Lina corriendo por la calle Gappery. Corrió en diagonal por la plaza y Doon salió disparado a su encuentro. Sostenía un paquete en el pecho.

—He llegado; estoy aquí; casi no lo logro —dijo, respirando con tanta dificultad que casi no podía hablar—. Mira. —Desplegó la sábana que cubría lo que llevaba y Doon pudo ver un ricitito de pelo castaño y dos ojos enormes asustados—. He traído a Poppy.

Doon estaba tan contento de ver a Lina que no le importó que Poppy fuera con ellos, aunque con ello convirtiera un viaje difícil, en algo todavía mucho más arriesgado. Sintió alivio y emoción. ¡Se iban! ¡Se iban!

—De acuerdo —dijo—. ¡Vamos!

Con la llave que había cogido abrió la puerta de las tuberías; ambos corrieron a través de los impermeables colgados de los ganchos y las hileras de botas de goma. Doon se apresuró a entrar en el despacho de las tuberías, dejó la llave en su lugar, abrió la puerta de la escalera y comenzó a descender. Lina caminaba más despacio porque llevaba a Poppy colgada del cuello, y ésta permanecía inusualmente callada, detectando la extrañeza y la importancia de lo que estaba sucediendo. Al final de la escalera llegaron al túnel principal y caminaron por el sendero hacia el oeste, hasta llegar a la roca con la señal.

—¿Cómo vamos a bajar a Poppy? —preguntó Doon.

—Me la ataré al pecho —dijo Lina.

Dejó a Poppy en el suelo y se quitó el abrigo y el jersey que llevaba puestos. Con

la ayuda de Doon convirtió el jersey en un saco para Poppy y se ató las mangas a la nuca. Entonces volvió a ponerse el abrigo y se lo abrochó.

Doon miró el voluminoso arreglo con ciertas dudas.

—¿Podrás bajar llevándola así? ¿Podrás rodearla con los brazos y alcanzar los peldaños?

—Sí —dijo Lina.

Ahora que tenía a Poppy con ella, se sentía otra vez valiente. Podía hacer lo que fuera necesario.

Doon bajó primero. Lina lo siguió.

—Quédate muy quieta, Poppy —le dijo—. No te muevas.

Poppy se quedó quieta, pero aun así no era fácil bajar la escalera con el peso suplementario. Los brazos de Lina tenían la longitud justa para rodear a Poppy y agarrar la escalera. Bajó muy despacio. Cuando llegó al reborde, bajó de lado, agarró la mano que Doon le ofreció para ayudarla y con un suspiro de alivio llegó a la entrada.

Caminaron hasta la parte de atrás de la entrada; Doon abrió el panel de acero y sacó la llave. Corrió la puerta hacia un lado y entraron en la habitación de la primera barca. Doon cogió la vela del interior del saco y la encendió. Lina desenvolvió a Poppy y la sentó al fondo de la habitación.

—No te muevas de aquí —le dijo.

Poppy se metió el pulgar en la boca, y Lina y Doon se pusieron a trabajar.

Doon metió el saco en la parte puntiaguda de la barca, que decidieron que debía de constituir la parte delantera. Pusieron las cajas de cerillas y velas en la parte trasera de la barca. Estaba claro que estaban diseñadas para ir allí, ya que entraban perfectamente.

Los palos con el cartel de remos eran un misterio. Lina pensó que quizá se trataba de armas construidas para espantar a las criaturas hostiles. Doon creía que se tenían que atravesar de alguna manera en la barca para hacer de puntos de apoyo, pero no lograba encontrar la posición en la que debían ir. Al final decidieron dejarlos en el suelo de la barca. Ya verían qué hacer con ellos mientras recorrían el río.

Doon dejó caer algo de cera en el suelo y apoyó la vela en ella, para poder tener las manos libres.

—Veamos si podemos levantar la barca —dijo.

Lina se puso delante y Doon en la parte de atrás, y lograron levantar la barca sin mucho esfuerzo. Era increíblemente ligera, incluso con las cajas y el saco en el interior. La dejaron en el suelo. El siguiente paso era llevarla al agua de alguna manera y meterse dentro.

—No podemos dejarla sin más —dijo Lina—. El río se la llevaría al instante.

—Las cuerdas deben de ser para eso —dijo Doon—. Hay que sostener la barca con las cuerdas, así la bajamos y mantenemos atadas las cuerdas a otra cosa para evitar que se mueva.

—¿Y a qué las atamos?

—Deben de haber colocado unos ganchos en la pared para poder atarlas.

Doon volvió a la orilla del río y se arrodilló. Con una mano, tanteó el cauce. Al principio solo sintió las rocas suaves y resbaladizas. Movi6 la mano de un lado al otro y el agua le moj6 los dedos. Al final, not6 algo: una barra de metal pegada a la pared del río, como los travesaños de la escalera que habían descendido.

—Lo he encontrado —gritó. Se levant6 de nuevo y volvió a la habitación de la barca—. Saquemos la barca —dijo.

Lina y él la levantaron y avanzaron dando pasos pequeños. Mientras salían por la puerta, Poppy comenzó a aullar.

—¡No llores! —le grit6 Lina—. ¡Quédate ahí! Enseguida volvemos.

Llevaron la barca hasta el río y la depositaron junto a la orilla, con la parte frontal apuntando corriente abajo. Doon se arrodill6 de nuevo y tante6 hasta encontrar la barra de metal.

—Pásame el extremo de la cuerda —dijo.

«¿Qué cuerda?», pens6 Lina durante un segundo. Se dio cuenta de que se debía referir a la del lado de la barca que estaba más cerca de ella, que sería la más cercana a la orilla cuando metieran la barca en el río. Solt6 la cuerda, la pasó por el lado de la barca y se la dio a Doon, que estaba tumbado boca abajo, con la cabeza junto a la orilla. Él at6 la cuerda a la vara de metal que había en la pared. Se levant6 de nuevo y se sec6 la cara.

—Ahora podemos poner la barca en el agua —dijo Doon.

Se oy6 otro aullido proveniente de la habitación de la barca.

—¡Ya voy! —gritó Lina, y corri6 a buscar a Poppy. La levant6 y le habló al oído, con el tono de voz que usaba cuando le anunciaba que iban a jugar a algo muy divertido—. Nos vamos a la aventura, Poppy. Vamos a viajar... ¡A viajar por el agua! Será divertido, cariño, ya lo verás.

Apag6 la vela que Doon había dejado y llev6 a Poppy hasta la orilla del río.

—¿Estamos listos? —pregunt6 Doon.

—Supongo que sí.

«Adiós, Las Ascuas —pens6 Lina—. Adiós a todos, adiós a todo.» Durante un segundo tuvo la imagen de ella misma llegando a la ciudad que brillaba, la de sus sueños, pero la imagen se desvaneci6 y se fue. No tenía ni idea de lo que les esperaba.

Dej6 a Poppy junto a la pared de la entrada a la habitación.

—Siéntate aquí —le dijo—. No te muevas hasta que yo te lo diga.

Poppy se sent6, con los ojos bien abiertos y las piernecillas regordetas sobresaliendo abiertas frente a ella.

Lina cogió la cuerda de la parte de atrás de la barca y Doon la de la parte de delante. Levantaron la barca y la inclinaron hacia un lado para poder depositarla sin problemas en el agua. Se lade6 peligrosamente de un lado al otro.

—¡Déjala caer! —gritó Lina.

Los dos dejaron que las cuerdas se les deslizaran de entre las manos y la barca cayó sobre el agua de un solo golpe. Se balanceó, agitó y tiró con mucha fuerza contra la cuerda, pero el nudo que Doon había hecho aguantó. La barca se quedó en su sitio, esperándolos.

—¡Allá voy! —gritó Doon. Se agachó, agarró un lado de la barca con una mano, se echó hacia atrás y se metió en el interior. La barca se balanceó hacia un lado por el peso. Doon perdió el equilibrio durante un momento, pero lo recuperó enseguida—. ¡De acuerdo! —gritó—. ¡Pásame a Poppy!

Lina levantó a Poppy, que comenzó a gritar y patallar en cuanto vio la barca que se movía y el agua arremolinándose. Pero los brazos de Doon estaban allí y Lina la depositó en ellos. Un segundo más tarde, Lina saltó al interior de la barca y los tres fueron derribados al suelo por las violentas sacudidas.

Doon logró ponerse de pie. Tiró de la cuerda que mantenía la barca amarrada a la orilla hasta que estuvo lo suficientemente cerca del nudo. Se peleó con él y el agua le empapó la cara. Volvió a tirar del nudo, lo desató y la cuerda quedó libre. La barca salió despedida hacia delante.

Capítulo 18

Adonde lleva el río

DURANTE un segundo, Lina vio pasar las orillas del río. Delante se encontraba la abertura del túnel, como una boca enorme. Se adentraron en ella y dejaron atrás la luz de las tuberías. La barca se movía desenfrenadamente de un lado a otro, y Lina, en el suelo, se bamboleaba mientras intentaba proteger a Poppy con un brazo y agarrarse a lo que fuera con la otra mano. Doon se deslizó hasta ella, y ella se deslizó hasta las cajas. Poppy chillaba furiosamente.

—¡Doon! —gritó Lina.

—¡Aguanta! ¡Aguanta! —gritó Doon a su vez.

Pero ella seguía perdiendo su punto de apoyo en el borde de la barca y se balanceaba de un lado a otro. Estaba aterrorizada ante la posibilidad de que Poppy se golpeará con el banco de metal, se le deslizara de entre los brazos y cayera al río.

La barca golpeó contra algo y se sacudió, pero siguió avanzando. Se sentían como si algo los hubiera tragado, ya que corrían a través de la oscuridad y el río atronaba como un millar de voces.

Las piernas de Lina estaban enredadas con las de Doon, y los brazos de Poppy se habían aferrado con tanta fuerza a su cuello que apenas podía respirar. Pero lo peor era la oscuridad, avanzar tan deprisa en medio de la oscuridad.

Lina cerró los ojos. Si se estrellaban contra un muro o caían en un agujero sin fondo, ella no podría hacer nada para evitarlo. Todo lo que podía hacer era agarrar a Poppy con fuerza. Y eso es lo que hizo durante lo que le pareció una eternidad.

Hasta que, finalmente, la corriente disminuyó y la barca dejó de moverse de manera violenta. Lina logró sentarse y notó que Doon también se movía. Los aullidos de Poppy se convirtieron en lloriqueos. La oscuridad seguía siendo absoluta, pero Lina podía sentir que había espacio alrededor de ellos. ¿Dónde estaban? Tenía que verlo.

—¡Doon! —dijo—. ¿Estás bien? ¿Puedes buscar una vela?

—Lo intentaré —respondió Doon. Lina sintió cómo él se levantaba y pasaba junto a ella hasta el fondo de la barca, y oyó algo que rascaba cuando sacó una caja de su lugar, debajo del banco de metal—. ¡No encuentro el pestillo! —dijo. Y un segundo más tarde—: Aquí, ya lo tengo. Éstas son las cerillas, así que esto deben de ser las velas.

Siguieron los chirridos y los golpes. La barca se tambaleó y Lina se precipitó hacia delante.

Doon también se deslizó y chocó contra su espalda. Dejó escapar un grito de rabia.

—¡Se me ha caído la cerilla! Espera, casi la tenía.

Pasaron más segundos de ruido y confusión, hasta que se encendió una luz y

apareció la cara ensombrecida de Doon, justo encima. Puso la cerilla sobre la vela y la luz se estabilizó.

Sólo era una llama pequeña, pero proyectaba destellos de luz en las paredes del túnel y la superficie del agua. Lina vio que el túnel tenía un techo arqueado, como los de las tuberías; pero era mucho más ancho. El río avanzaba como si se tratara de una carretera móvil.

—¿Puedes encender otra? —preguntó Lina.

Doon asintió y volvió a por las cajas. Una vez más, la barca golpeó contra algo, lo que provocó que cayera agua sobre ellos y apagara la vela.

Pasaron varios minutos antes de que Doon la pudiera volver a encender, y varios más para que las velas fueran dos. Encajó una de ellas en el espacio que había entre el banco y un lado de la barca, y sostuvo la otra con la mano. Tenía el pelo mojado y aplastado contra el rostro. La chaqueta marrón estaba rasgada por el hombro.

—Así está mejor —dijo.

Era cierto, ya que no sólo tenían luz para poder ver sino que además la corriente era más lenta y la barca avanzaba de manera más suave. Lina pudo desenganchar a Poppy de su cuello y mirar a su alrededor. Vio que el túnel se curvaba frente a ellos. La barca tomó la curva, se golpeó contra una pared, se enderezó y siguió adelante.

—Pásame una vela —dijo.

Doon le dio la vela que llevaba en la mano y encendió otra. Encontraron lugares en el armazón de la barca para encajar las velas y tener así las manos libres. Durante un rato avanzaron casi en silencio, con el río ya casi tan liso como una superficie de cristal.

De repente, la corriente se hizo aún más lenta y el túnel se abrió.

—Hemos llegado a una sala —dijo Lina.

Sobre ellos se alzaba un techo abovedado. Había columnas de roca que colgaban de él y otras que se alzaban desde el agua, creando sombras alargadas que giraban y se mezclaban mientras la barca flotaba entre ellas. Las columnas brillaban a la luz de las velas y emitían resplandores rosados, verde pálido y plateados. Sus extrañas formas desiguales recordaban a algo muy suave que se hubiera congelado. «Como torres de puré de patata que se hubieran convertido en piedra», pensó Lina.

De vez en cuando la barca chocaba con una de las columnas. Se dieron cuenta de que podían usar los remos para desatascarse y seguir avanzando. Así cruzaron la sala y llegaron al otro lado, donde el pasaje se estrechaba de nuevo y la corriente se aceleraba e iba más deprisa.

Mucho más deprisa. Parecía que la barca fuera arrastrada por una mano poderosa. El agua volvió a agitarse y las salpicaduras que llegaban apagaron las velas. Lina y Doon se agazaparon en el fondo de la barca y protegieron a Poppy poniéndola en medio y cubriéndola con los brazos. Apretaron los dientes y cerraron los ojos firmemente, hasta que ya no hubo nada más en sus mentes que el movimiento brusco de la barca y en sus cuerpos el esfuerzo de no salir disparados. Durante un momento,

el sonido de la corriente se convirtió en un estrépito, la parte delantera de la barca se precipitó hacia abajo y ellos se fueron de bruces hacia delante como si cayeran escaleras abajo. Eso solamente duró unos segundos, y enseguida continuaron avanzando.

Lina perdió la noción del tiempo. Pero después de un rato —unos minutos, quizá una hora—, la corriente se hizo más lenta. Las velas que habían dispuesto en la barca se habían caído al río, así que Doon encendió otras. Vieron que habían llegado a otra especie de lago. Aquí no encontraron columnas de ningún tipo, ni nada que obstaculizara la ancha y plana superficie del agua, que se extendía ante ellos iluminada por la luz titilante de sus velas. El techo era liso y se encontraba a tan sólo dos metros de altura sobre sus cabezas. La barca iba a la deriva, como si hubiera perdido el rumbo. Doon la guió hasta la orilla del lago, ayudándose de un remo.

—Ya no sé por dónde sigue el río —dijo Doon—. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo Lina—. A menos que sea por ahí, en ese hueco pequeño —dijo, señalando una ranura en la pared de unos centímetros de ancho.

—Pero la barca no se puede meter por ahí.

—No, es demasiado pequeña.

Doon impulsó la barca hacia delante. Sus sombras les hacían compañía desde la pared.

—Quiero ir a casa —dijo Poppy.

—Ya casi llegamos —le respondió Lina.

—Lo que está claro es que no podemos regresar por donde hemos venido —dijo Doon.

—No.

Lina metió una mano en el agua. Estaba tan fría que sintió cómo el dolor le recorría el brazo.

—¿Será éste el final? —dijo Doon. Su voz sonaba plana en un lugar tan cerrado.

—¿El final?

Lina sintió que la recorría un escalofrío de terror.

—Quiero decir el final del viaje —dijo Doon—. A lo mejor se supone que tenemos que salir por ahí —dijo, señalando una gran extensión de rocas que se elevaba hacia la oscuridad por un lado del lago. Todo el resto estaba rodeado de paredes lisas que se alzaban desde el agua.

Empujó la barca hasta la zona de las rocas. Como había poca profundidad, ésta se quedó encallada.

—Saldré a ver si nos lleva a algún sitio —dijo Lina—. Además, prefiero pisar de nuevo tierra firme.

Le pasó Poppy a Doon y se levantó. Con una vela en la mano, cruzó la pierna por el borde de la barca e hizo pie en el agua poco profunda. Finalmente, llegó a la orilla.

El camino no parecía prometedor. El suelo se elevaba y el techo se inclinaba hacia abajo. A medida que subía, debía agacharse. Unos metros más adelante, un cúmulo de

rocas bloqueaba la ruta. Lo rodeó, situándose de lado para poder meterse a través del estrecho espacio que quedaba, y mantuvo la vela frente a ella. «Esto no lleva a ningún sitio —pensó—. Estamos atrapados.»

Pero unos pasos más adelante vio que podía volver a ponerse en pie. Un poco más allá, pasó un recoveco y la luz de la vela iluminó un camino ancho, de techo alto y suelo liso. Lina dejó escapar un grito alocado.

—¡Aquí está! —gritó—. ¡Está aquí! ¡Hay un camino!

La voz de Doon llegaba desde muy lejos. No podía entender lo que decía. Intentó regresar a la barca, y cuando los vio de nuevo, volvió a gritar:

—¡He encontrado un camino! ¡Un camino!

Doon se puso en pie y bajó a la orilla, llevando a Poppy. La dejó en el suelo, y Lina y él agarraron la barca y la llevaron todo lo cerca que pudieron de las rocas. Poppy se contagié del entusiasmo. Gritó con alegría, blandió los puños como si fueran pequeños garrotes y caminó hacia todos lados, contenta de poder estar de pie otra vez. Encontró un guijarro, lo tiró al agua y gorjeó alegremente al oír el ruido que hizo al caer.

—Quiero ver el camino —dijo Doon.

—Sube por ahí y rodea las rocas apiladas —dijo Lina—. Yo me quedaré aquí y sacaré las cosas de la barca.

Doon avanzó y se llevó consigo otra vela de la caja. Lina sentó a Poppy en una especie de rincón formado por una roca alisada y un agujero en la pared.

—No te muevas de aquí —dijo.

Sacó el fardo de Doon de debajo del asiento de la barca. Estaba mojado, pero no empapado. Quizá la comida siguiera estando en buen estado. De repente, le había entrado hambre. Recordó que no había cenado. Debía de ser medianoche, o incluso puede que ya fuera de día.

Llevó el saco a la orilla, junto con las cajas de las velas y las cerillas, y las estaba dejando en el suelo cuando Doon regresó. Le brillaban los ojos, y en cada pupila bailaba una pequeña llama.

—Ya es seguro —dijo—. Lo hemos logrado. —De repente, su mirada cambió de dirección—. ¿Qué es lo que tiene Poppy?

Lina se dio la vuelta. Poppy sostenía entre sus dedos algo negro y rectangular. No era una piedra, sino que se parecía a algún tipo de paquete. Poppy tiraba de él. Se lo acercó a la boca, como para arrancar algo con los dientes, cuando Lina se levantó y gritó:

—¡Para! —Poppy, aturdida, dejó el paquete en el suelo y empezó a llorar—. Está bien, no pasa nada —dijo Lina, recuperando lo que Poppy había estado a punto de masticar—. Ahora ven a cenar. Tranquila, vamos a cenar. Seguro que tienes hambre.

Examinaron el hallazgo de Poppy bajo la luz de la vela mientras ésta se movía en el regazo de Lina. El paquete estaba envuelto en un material resbaladizo y verdoso y atado con un cordel. No estaba muy bien envuelto, parecía como si alguien lo hubiera

atado rápidamente. La tela estaba suelta y manchada de moho blanquecino.

Lina retiró la correa con delicadeza. Estaba medio podrida, y en un extremo tenía una hebilla pequeña y cuadrada, cubierta de herrumbre. Acto seguido, quitó el envoltorio.

Doon dio un respingo.

—Es un libro —dijo.

Acercó la vela y Lina abrió la tapa marrón. Las páginas del interior estaban atravesadas por unas líneas de un azul desvaído. Alguien había escrito encima de esas líneas con una letra negra e inclinada, que no se parecía a la letra de los libros de la biblioteca, sino que se desparramaba, como si el que lo había escrito hubiera tenido mucha prisa.

Doon siguió la primera línea con el dedo.

—Dice: «Dicen que tenemos que»... ¿ismos? No, irnos. «Dicen que tenemos que irnos esta noche.»

Levantó la vista y encontró la mirada de Lina.

—¿Irse? —dijo Lina—. ¿De dónde?

—¿De Las Ascuas? —preguntó Doon—. ¿Habrá hecho alguien el mismo camino antes que nosotros?

—¿O será de alguien que dejó la otra ciudad?

Doon volvió a mirar el libro. Hojeó las páginas. Había muchas.

—Guardémoslo —dijo Lina—. Lo leeremos cuando lleguemos a la ciudad nueva.

Doon asintió.

—Allí nos será más fácil.

Lina volvió a envolver el libro y lo metió en el saco de Doon. Se sentaron en la plataforma rocosa durante un rato y comieron lo que Doon había cogido. Las velas encajonadas en la barca seguían brillando; la luz que desprendían era agradable, parecida a la de una lámpara, y dibujaba formas doradas en la superficie lisa del lago.

Doon dijo:

—Vi cómo te perseguían los guardias. Cuéntame qué pasó.

Lina se lo explicó.

—¿Y Poppy? ¿Qué le dijiste a la señora Murdo?

—Le dije la verdad; al menos espero que sea la verdad. La localicé cuando iba hacia casa después de los cantos. Había visto los carteles y estaba aterrorizada, pero antes de que pudiera hacer preguntas le dije que tenía que darme a Poppy. Le dije que me la llevaba para que estuviera a salvo. Porque me di cuenta de una cosa cuando estaba en el tejado del Salón de Reuniones, Doon. Antes había estado pensando que tenía que dejar a Poppy porque con la señora Murdo estaría a salvo. Pero cuando las luces se apagaron, de repente me di cuenta: en Las Ascuas no hay seguridad. Al menos no por mucho tiempo. Para nadie. No podía dejarla allí. No importa lo que nos pase ahora, siempre será mejor que lo que va a ocurrir allí.

—¿Y le explicaste todo eso a la señora Murdo?

—No. Tenía muchísima prisa, porque debía llegar a las tuberías y encontrarte, y sabía que era necesario hacerlo mientras todavía hubiera gente en las calles, para que a los guardias les fuera más difícil buscarme. Sólo le dije que me llevaba a Poppy a un lugar seguro. La señora Murdo me la dio, pero farfulló algo parecido a «¿Adónde?» y «¿Por qué?», y yo le dije: «Lo sabrá en unos días, no se preocupe». Y entonces corrí.

—Y ¿le diste la nota? —dijo Doon—. ¿La nota para Clary?

—¡Oh! —Lina lo miró, acongojada—. ¡El mensaje para Clary! —Metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel arrugado—. ¡Lo olvidé por completo! Sólo pensaba en coger a Poppy y llegar a encontrarme contigo.

—Así que nadie sabe de la habitación llena de barcas.

Lina agitó la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo volveremos para decírselo?

—No podemos.

—Doon —dijo Lina—. Si se lo hubiéramos dicho a la gente directamente, aunque fuera solamente a algunos... Si no hubiéramos decidido hacerlo a lo grande y anunciarlo el Día de los Cantos ...

—Lo sé —repuso Doon—. Pero no lo hicimos, y ya está. No lo explicamos y ahora nadie lo sabe. Aunque le dejé un mensaje a mi padre. —Le contó a Lina lo de la nota colgada en la pared en el quiosco de la plaza Selverston—. Le dije que habíamos encontrado la salida y que estaba en las tuberías. Pero no es de mucha ayuda.

—Clary ha visto las Instrucciones —dijo Lina—. Sabe que hay una salida. Puede que la encuentre.

—O puede que no.

No había nada que pudieran hacer, así que pusieron los alimentos en la bolsa de Doon y se prepararon para seguir. Lina usó la cuerda de Doon para fabricar una correa. Ató un extremo a su cintura, el otro a la de Poppy y se llenó los bolsillos de cerillas. Doon puso el resto de las velas en su saco, por si llegaban a la ciudad nueva de noche. Llenó su botella de agua del río y encendió dos velas, una para Lina y otra para él. Equipados de esta manera, dejaron atrás la barca y treparon por el banco de rocas hasta el camino.

Capítulo 19

Un mundo de luz

MIENTRAS se colaban por entre las rocas hacia la entrada del camino, a Doon le pareció ver que la luz de la vela reflejaba algo brillante en la pared. Se paró para mirar, y cuando vio de qué se trataba, llamó a Lina, que le llevaba unos pasos de ventaja.

—¡Hay un letrero!

Era un cartel enmarcado, atornillado a la roca, que consistía en un papel impreso detrás de un cristal. La humedad se había colado bajo el cristal y manchando el papel, pero cuando acercaron las velas, pudieron leerlo.

¡BIENVENIDOS, REFUGIADOS DE LAS ASCUAS!
ÉSTA ES LA ÚLTIMA ETAPA DE VUESTRO VIAJE.
PREPARAOS PARA UNA SUBIDA
QUE OS LLEVARÁ VARIAS HORAS.
LLENAD LAS BOTELLAS DE AGUA DEL RÍO.
OS DESEAMOS BUENA SUERTE,
LOS CONSTRUCTORES.

—¡Nos están esperando! —dijo Lina.

—Bueno, escribieron esto hace mucho tiempo —comentó Doon—. La gente que puso esto aquí ya debe de estar muerta.

—Es cierto. Pero nos deseaban buena suerte. Me hace sentir como si velaran por nosotros.

—Sí. Y quizá sus tataratataranietos estén ahí para recibirnos.

Más animados, comenzaron a seguir el camino. Sus velas daban un resplandor muy leve, pero aun así podían darse cuenta de que el sendero era bastante amplio, y de que el techo quedaba muy alto sobre sus cabezas. Parecía que había sido hecho para que lo recorriera una gran cantidad de gente. En algunos sitios, el suelo tenía unos surcos paralelos, como si hubiera pasado por ahí algún tipo de carro con ruedas. Tras caminar durante un rato se dieron cuenta de que se movían en largos zigzags. El camino iba en una dirección durante un rato y después cambiaba abruptamente para ir en la dirección contraria.

Mientras caminaban hablaban cada vez menos. El camino se iba elevando y necesitaban guardar el aliento para respirar. El único sonido que oían eran los golpecitos de sus pies contra el suelo. Lina y Doon hicieron turnos para cargar con Poppy a la espalda, ya que ésta enseguida se había cansado de caminar y había empezado a gritar para que la llevaran. Pararon dos veces a descansar, apoyándose en las paredes del pasaje y bebiendo de la botella de agua de Doon.

—¿Cuántas horas crees que llevamos caminando? —preguntó Lina.

—No lo sé —respondió Doon—. Dos; quizá tres. Ya debemos de estar llegando.

Siguieron subiendo. Las primeras velas se habían consumido por completo hacía ya mucho tiempo, y también las segundas. Finalmente, cuando las terceras iban por la mitad, Lina comenzó a notar que el aire olía diferente. El olor frío y punzante de las rocas del túnel estaba transformándose en otro, mucho más suave. Era un olor extraño y maravilloso. Cuando pasaron un recoveco, una ráfaga de ese aire suave les apagó las velas.

—Sacaré una cerilla —dijo Doon.

—No, espera. Mira —le respondió Lina.

La oscuridad no era total. Una bruma débil de luz brillaba delante de ellos, por el camino.

—Son las luces de la ciudad —dijo Lina.

Lina dejó a Poppy en el suelo.

—Rápido, Poppy —le dijo, y Poppy empezó a trotar, permaneciendo junto a los pies de Lina.

El olor extraño y maravilloso se volvió más penetrante. El pasaje terminaba unos metros más allá y desembocaba en una abertura que se asemejaba a una gran entrada vacía. Sin decir una palabra, Doon y Lina se cogieron de las manos, y Lina cogió de la mano a Poppy. Cuando llegaron a la entrada y miraron, no vieron ninguna ciudad, sino algo infinitamente más extraño: un pedazo de tierra amplísimo y espacioso como nunca antes habían visto, lleno de aire que parecía moverse, iluminado por un círculo de plata que colgaba de un inmenso cielo negro.

Frente a sus pies, el suelo continuaba convirtiéndose en una ladera larga y suave. No estaba hecho de piedra, como el de Las Ascuas, sino que lo cubría algo mullido, como pelo plateado, que les llegaba a las rodillas. Cuesta abajo había zonas de formas oscuras y redondeadas, y más adelante se alzaba otra cuesta. En la distancia, hasta donde podían ver, el suelo se hinchaba irregularmente, y las zonas más bajas quedaban cubiertas por las sombras.

—¡Doon! —gritó Lina—. ¡Más luces! —dijo, señalando el cielo.

Doon miró hacia arriba y las vio: cientos y cientos de pequeñas motas de luz, desparramadas como si se tratara de sal que se hubiera derramado en la oscuridad.

—¡Oh! —exclamó.

No podía decir otra cosa. La belleza de esas luces hacía que la respiración se le entrecortara en la garganta.

Avanzaron unos pasos. Doon se agachó a palpar los filamentos que salían del suelo y que eran casi más altos que la cabeza de Poppy. Eran fríos y suaves, y estaban húmedos.

—Respira —dijo Lina.

Abrió la boca y aspiró una larga bocanada de aire. Doon hizo lo mismo.

—Es dulce —dijo Doon—. Está lleno de olores.

Estiraron las manos para poder tocar los tallos mientras caminaban entre ellos. El

aire se movió, acariciándoles la cara y los cabellos.

—¿Oyes eso? —dijo Doon.

De alguna parte llegaba un chirrido agudo y débil. Se repetía una y otra vez, como una pregunta.

—Sí —dijo Lina—. ¿Qué será?

—Algo vivo, creo. Una especie de insecto, quizá.

—Un insecto que canta. —Lina se volvió hacia Doon. Su cara estaba oscura en medio de la luz plateada—. Esto es tan raro, Doon, y tan enorme... Pero no tengo miedo.

—No, yo tampoco. Parece un sueño.

—Sí, es como un sueño. A lo mejor por eso me resulta familiar. Puede que haya soñado con este lugar.

Caminaron hasta que llegaron a la zona en la que había formas oscuras que se alzaban desde el suelo. Descubrieron que se trataba de plantas más altas que ellos, con tallos tan duros y gruesos como las paredes de las casas, y hojas que se alzaban muy por encima de sus cabezas. Se sentaron en la ladera junto a esas plantas.

—¿Crees que hay alguna ciudad por aquí cerca? —preguntó Lina—. ¿O personas?

—Yo no veo luces —dijo Doon—, ni siquiera en la distancia.

—Pero con esta lámpara plateada en el cielo, quizá no necesiten luces.

Doon negó con la cabeza, lleno de dudas.

—La gente necesitaría más luz que ésta —dijo—. ¿Cómo iban a ver lo suficiente para trabajar? ¿Cómo iban a cultivar la comida? Es una luz preciosa, pero no es suficiente para vivir.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, si no hay ni gente ni una ciudad?

—No lo sé. No lo sé.

Doon no quería pensar. Estaba demasiado cansado de resolver cosas. Quería mirar ese mundo nuevo, inspirar su aroma, acostumbrarse a él y arreglar todo lo demás más adelante.

Lina sentía lo mismo. Dejó de hacer preguntas, puso a Poppy en su regazo y contempló en silencio el paisaje reluciente. Después de un rato se dio cuenta de que estaba pasando algo raro. Estaba segura de que cuando se habían sentado, el círculo de plata estaba junto a la rama más alta de la planta enorme. Ahora, la rama lo atravesaba. Mientras miraba, el círculo descendió lentamente, hasta quedar escondido entre las hojas, aunque el resplandor permanecía.

—Se mueve —le dijo a Doon.

—Sí.

Después de un rato le pareció que sus ojos se volvían borrosos. El cielo perdía nitidez, especialmente en los bordes. Le llevó un rato darse cuenta de qué era lo que causaba esa sensación.

—Luz —dijo.

—La veo —dijo Doon—. Todo se está haciendo más claro.

El borde del cielo se volvió primero gris, más adelante se tornó naranja y luego pasó a ser de un carmesí furioso y profundo. La tierra resaltaba frente a éste, como una línea ondulada negra y larga. Una zona de la línea se volvió tan brillante que casi no la podían mirar, y parecía comerse parte de la tierra. Se levantó más y más, hasta que se dieron cuenta de que se trataba de un círculo encendido, primero de un color naranja profundo, y más adelante amarillo, tan brillante que ya no podían mirarlo. El color se filtraba desde el cielo y bañaba toda la tierra. La luz destellaba por la piel de las colinas e iluminaba las hojas, que parecían de encaje, mientras cada tono verdoso a su alrededor parecía tomar vida.

Alzaron las caras a ese calor inusitado. El cielo se arqueaba sobre ellos, mucho más alto de lo que jamás habían imaginado, y era de un color azul claro y pálido. Lina sintió como si en su interior se hubiera abierto una tapa que siempre había estado cerrada. La luz y el aire la acariciaban y creaban una música parecida a los cantos de Las Ascuas, sólo que era un canto de alegría. Miró a Doon y vio que sonreía y lloraba al mismo tiempo. Se dio cuenta de que ella estaba haciendo lo mismo.

Todo a su alrededor se llenaba de vida. De las ramas surgía un jaleo de pitidos, gorjeos y llamadas agudas y altas. «¿Insectos?», se preguntó Doon, intentando imaginar con ansia qué tipo de insecto podría hacer semejantes ruidos. Pero entonces vio algo que volaba a través de un cúmulo de hojas, dejando escapar un sonido claro y dulce mientras volaba.

—¿Has visto eso? —le dijo a Lina, señalando con el dedo—. ¡Allí hay otro! ¡Y otro!

—¡Otro otro otro otro! —repitió Poppy, saltando del regazo de Lina y dando vueltas, mientras apuntaba en todas direcciones.

Ahora el aire estaba lleno de ellos. Eran demasiado grandes para tratarse de insectos. Uno de ellos se quedó en un tallo cercano. Los miró con dos ojos negros y brillantes, abrió la boca, que era puntiaguda como una espina, y dejó escapar un trino agudo.

—Nos está hablando —dijo Doon—. ¿Qué querrá decir?

Lina simplemente sacudió la cabeza. La pequeña criatura movió los pies, que se asemejaban a pequeñas garras, por el borde del tallo, sacudió las alas castañas y volvió a trinar. Después saltó al aire y se fue.

Ellos también se alzaron y empezaron a explorar. El suelo estaba vivo, lleno de insectos; había tantos que Doon sólo podía reír, maravillado, sin saber qué hacer. Las flores estallaban entre los verdes tallos y un arroyo corría al pie de la colina. Vagaron por las laderas cubiertas de verdor, corriendo, deslizándose y gritándose el uno al otro ante cada nuevo descubrimiento, hasta que quedaron exhaustos. Después se sentaron junto a la entrada del camino a comer lo que les quedaba en el saco. Lo desataron, y de repente Lina gritó:

—¡El libro! ¡Nos habíamos olvidado del libro!

Allí estaba, envuelto en el paño verde manchado.

—Leámoslo en voz alta, mientras comemos —dijo Doon.

Lina abrió el frágil cuaderno y lo dejó en el suelo, frente a ella. Con una mano cogió una zanahoria y con la otra aguantó la página garabateada. Esto fue lo que leyó.

Capítulo 20

El último mensaje

Viernes

Dicen que tenemos que irnos esta noche. Sabía que sería pronto, ya que el entrenamiento terminó hace ya casi un mes; pero aun así, resulta repentino, es impactante. ¿Por qué consentí en hacer esto? Soy una mujer mayor, estoy demasiado cansada para iniciar una nueva vida. Desearía haber dicho que no cuando me lo propusieron.

He puesto todo lo que he podido en una maleta: ropa, zapatos, un buen reloj de cuerda, algo de jabón, un par de gafas de recambio. «No traigan libros ni fotografías», dijeron. Nos han dicho que nunca más digamos nada del mundo del que procedemos. Pero yo me voy a llevar este cuaderno, de todas maneras. Estoy decidida a escribir todo lo que pase. Puede que algún día alguien necesite saberlo.

Sábado

Ayer tarde fui a la estación, tal como me dijeron, y me subí en el tren que me habían indicado. Éste nos llevó a través del Valle de la Primavera, y por la ventana vi los campos y las casas del lugar del que me despedía: mi hogar, y el hogar de mi familia durante generaciones. Viajé durante dos horas, hasta que el tren llegó a una estación situada en las colinas. Cuando llegué me recibieron tres hombres con traje y me llevaron a un edificio grande, donde me condujeron a través de un pasillo hasta una sala llena de otras personas, todos con maletas. La mayoría tenía el pelo gris o blanco. Llevamos esperando aquí más de una hora.

Han tardado años en diseñar este plan. Se supone que asegurará que, pase lo que pase, la gente no desaparezca de la Tierra. Algunos dicen que, de todas maneras, eso no pasará. Yo no estoy tan segura. Los desastres parecen estar cada vez más cerca. Nos dicen que todo saldrá bien, pero sólo unos cuantos se lo creen. ¿Cómo van a ir bien las cosas si todo lo que vemos cada día va a peor?

Y claro está, este plan es la prueba de que ellos creen que el mundo está condenado. Los mejores científicos e ingenieros han sido llamados para trabajar en él. Se han realizado esfuerzos extraordinarios, que habrían sido más útiles en otros lugares. Creo que es una solución errónea; pero me preguntaron si querría ir, supongo que porque me he pasado la vida en una granja y sé lo suficiente sobre plantar y recoger alimentos. A pesar de mis dudas, dije que sí. No estoy muy segura de por qué.

Somos cien, cincuenta hombres y cincuenta mujeres. Todos tenemos, al menos, sesenta años. También habrá cien bebés, dos por cada par de «padres». Todavía no sé con cuál de estos señores me emparejarán. Todos somos desconocidos para los demás. Lo planearon así; dijeron que de este modo, entre nosotros, tendríamos menos

recuerdos. Quieren que olvidemos todo lo relacionado con la vida que hemos llevado hasta ahora y los lugares en los que hemos vivido. Los bebés deben crecer sin conocimiento del mundo exterior, así no sentirán ningún tipo de dolor por lo que han perdido.

Oigo ruidos del otro lado de la sala. Creo que llegan los bebés... Sí, aquí vienen; cada uno de esos hombres de traje gris trae uno. ¡Hay tantos! ¡Son tan pequeños! Tienen las caritas estrujadas y mueven sus puños diminutos. Ahora debo dejar de escribir. Los van a distribuir.

Más tarde

Volvemos a viajar, esta vez en autobús. Es de noche, creo, aunque es difícil estar segura porque han tapado las ventanas desde fuera con tablas. No quieren que veamos adonde vamos.

Tengo un bebé en mi regazo; es una niña. Tiene la cara de un color rosado brillante y nada de pelo. Stanley, que se sienta a mi lado, sostiene un bebé, un niño de piel morena con algunos mechones de pelo negro. Stanley y yo somos los cuidadores de estos niños. Nuestra tarea es criarlos en el sitio nuevo al que nos dirigimos. Cuando tengan veinte años, más o menos, nosotros ya no existiremos. Estarán solos, y crearán un mundo nuevo.

Stanley y yo hemos llamado a estos niños Estrella y Bosque.

Domingo

Los autobuses ya han parado, pero aún no nos han dejado salir. Puedo oír cómo cantan los grillos y huelo la hierba, así que debemos de estar en el campo, y debe de ser de noche. Estoy muy cansada.

¿Qué tipo de sitio puede ser aquel al que vamos, para que esté libre de las catástrofes de la Tierra? Todo lo que se me ocurre es que tiene que estar bajo tierra. Estos pensamientos me llenan de terror. Voy a intentar dormir un poco.

Más tarde

No he podido dormir. Nos hicieron bajar de los autobuses y salimos a una zona cubierta de colinas, bajo la luz de la luna.

—Entraremos por allí —nos dijeron, apuntando a una abertura oscura que había en la colina en la que estábamos situados—. Formen una fila, por favor.

Eso hicimos. Todo estaba muy silencioso, a excepción de los chillidos de algunos bebés. Si los demás hacían lo que yo, estaban despidiéndose del mundo. Me acerqué al suelo para tocar la hierba, e inspiré con fuerza para oler la tierra. Mis ojos se pasearon por las colinas plateadas y pensé en los animales que estarían merodeando entre las sombras o durmiendo en sus guaridas, y en los pájaros situados bajo las hojas de los árboles, con la cabeza agazapada bajo el ala. Finalmente, alcé los ojos hacia la luna, que nos sonreía desde la distancia, lejana y fría. «La luna seguirá allí cuando salgan», pensé. Al menos, la luna y las colinas.

La entrada nos llevó a un pasaje con curvas que descendía abruptamente durante un kilómetro y medio, más o menos. A mí me resultaba difícil bajar por él, porque mis piernas ya no son tan fuertes como antes. La última parte fue la peor, ya que se trataba de una pendiente llena de rocas y resultaba fácil perder el equilibrio y caer. Desde allí descendimos hasta un lago, en cuya orilla nos juntamos todo el grupo de pioneros ancianos. Nos esperaban unas lanchas a motor, equipadas con linternas.

—Cuando la gente deba abandonar el lugar, ¿lo harán por esta ruta? —le pregunté a nuestro piloto, que tenía un rostro amable. Dijo que sí—. Pero ¿cómo sabrán que hay una salida, si nadie se lo dice? —pregunté—. ¿Cómo sabrán qué deben hacer?

—Tendrán unas instrucciones —respondió el piloto—. No tendrán acceso a ellas hasta que sea el momento adecuado. Pero cuando las necesiten, las instrucciones estarán ahí.

—Pero ¿y si no las encuentran? ¿Y si no salen nunca más?

—Yo creo que sí lo lograrán. La gente encuentra el camino sea como sea.

Eso es todo lo que dijo. Ahora escribo esto mientras el piloto carga el barco. Espero que no se dé cuenta.

—Aquí termina —dijo Lina, levantando la vista.

—El piloto se debió de dar cuenta —dijo Doon—. O ella tuvo tanto miedo que decidió esconderlo en vez de llevárselo consigo.

—Debe de haber deseado que alguien lo encontrara.

—Y así fue —reflexionó Doon—. Pero es posible que no lo hubiéramos hecho de no ser por Poppy.

—No. Y no hubiéramos sabido de dónde veníamos.

El círculo encendido se había movido por el cielo y ahora el aire era tan cálido que se quitaron los abrigos. Con gesto ausente, Doon escarbó la tierra con el dedo. Era suave y grumosa.

—¿Qué tipo de desastre pudo haber pasado en este lugar? —dijo—. No parece estar destruido.

—Debe de haber pasado hace mucho, mucho tiempo —dijo Lina—. Me pregunto si todavía vivirá gente aquí.

Se quedaron mirando las colinas, pensando en la mujer que había escrito el cuaderno. «¿Cómo habrá sido su ciudad?», se preguntó Lina. Imaginó que se debía de parecer a Las Ascuas. Una ciudad con problemas, donde la gente discutía para encontrar soluciones. Una ciudad moribunda. Pero era difícil imaginarse una ciudad como Las Ascuas en ese lugar brillante y hermoso. ¿Cómo podía alguien haber dejado que dañaran ese lugar?

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lina. Cubrió el cuaderno con el envoltorio y lo dejó a un lado—. Ya no podemos volver río arriba y decirles a todos cómo llegar hasta aquí.

—No. Nunca lograríamos que la barca fuera contracorriente.

—Entonces, ¿estamos solos aquí para siempre?

—A lo mejor hay otra entrada que permite llegar a Las Ascuas caminando. O a lo mejor hay otro río que va en la dirección contraria. Ahora tenemos velas; podríamos cruzar a través de las Regiones Desconocidas si encontráramos otra manera de llegar.

Éste era el único plan que se les ocurría. Así que pasaron todo el día buscando otra entrada. Bajo la cima de la colina encontraron otro agujero por el que fluía el arroyo, adentrándose en la oscuridad. El agua se podía beber, pero el agujero era demasiado pequeño para meterse. Había surcos llenos de arbustos; Lina y Doon pasaron a través de hojas y ramas espinosas, pero no encontraron ningún resquicio. Los insectos zumbaban alrededor de sus tobillos y cerca de sus ojos, la tierra marrón les manchaba las manos y se les metieron guijarros en los zapatos. Sus ropas gruesas, oscuras y gastadas se llenaron de espinas, y como tenían demasiado calor, se quitaron muchas de ellas. Nunca habían sentido tanta calidez o un aire tan suave en la piel.

Cuando el círculo brillante estuvo en el punto más alto del cielo, se sentaron a la sombra de una de las plantas altas del lado de la colina, donde la maleza se convertía en un claro. Poppy se durmió, pero Lina y Doon se quedaron mirando la tierra. El verde lo invadía todo, en diferentes tonalidades, como si se tratara de una versión enorme, hermosa y brillante de las alfombras superpuestas de las habitaciones de Las Ascuas. Al fondo, Lina vio una línea gris que se curvaba, como si se tratara de un trazo a lápiz por el verde de las colinas. Se lo señaló a Doon y los dos miraron, entrecerrando los ojos, pero estaba demasiado lejos para verlo claramente.

—¿Podría ser una carretera? —dijo Lina.

—Sí, podría ser —contestó Doon.

—A lo mejor sí que hay gente, después de todo.

—Eso espero —dijo Doon—. Hay tantas cosas que quiero saber...

Todavía estaban contemplando el pedacito de gris en la lejanía cuando oyeron que algo se movía en un lugar cercano. Las hojas crujieron. Hubo un chasquido, un sonido de algo que se arrastraba. Se pusieron tensos y aguantaron la respiración. ¿Era una persona? ¿Deberían gritar? Pero antes de que pudieran decidir qué hacer, la criatura se adelantó al claro.

Era del mismo tamaño de Poppy, sólo que quedaba más cerca del suelo porque caminaba a cuatro patas, en vez de con dos. Su piel peluda era de un color rojizo profundo. Tenía una cara triangular, las orejas puntiagudas y los ojos negros brillantes. Avanzó unos pasos, inmersa en sus propios asuntos. Detrás de ella flotaba una cola gruesa, de aspecto suave.

De repente los vio y se detuvo.

Lina y Doon permanecieron totalmente quietos. La criatura también. Entonces avanzó un paso; se detuvo; giró la cabeza hacia un lado, como para obtener una perspectiva mejor, y dio otro paso. Podían ver el brillo de su piel y el destello de luz en sus ojos.

Durante un momento largo, se quedaron así, helados, mirándose. Después, sin

prisa, la criatura se fue.

Lina dejó escapar un suspiro y se volvió a mirar a Doon, que tenía la boca abierta de asombro. Con la voz temblorosa, dijo:

—Es la cosa más maravillosa que he visto en toda mi vida.

—Sí.

—Y nos vio —afirmó Doon, y Lina asintió. Los dos lo sintieron. Los había visto. La criatura era extraña; no se parecía en nada a lo que ellos conocían; pero al verse había ocurrido algo, un gesto de reconocimiento que había pasado entre ellos—. Ahora entiendo —dijo Doon—. Nosotros pertenecemos a este mundo.

Unos minutos más tarde, Poppy se despertó e hizo unos sonidos inquietos. Lina le dio los últimos guisantes del saco de Doon.

—¿Qué crees que era lo que tenía la criatura en la boca? —preguntó—. ¿Podría tratarse de algo para comer, como una fruta de algún tipo? Se parecía a los dibujos de los melocotones de las latas, menos en el color.

Se levantaron y miraron a su alrededor, y pronto dieron con una planta cuyas ramas estaban repletas de frutos morados, del tamaño de las remolachas pequeñas pero más suaves. Doon cogió uno y lo abrió con el cuchillo. Dentro había una piedra. Un jugo rojo corrió por sus manos. Con cautela, lo probó con la lengua.

—Es dulce —dijo.

—Si la criatura se lo comía, a lo mejor nosotros también podemos —dijo Lina—. ¿Probamos?

Así fue. Nunca habían comido nada que supiera mejor. Lina sacó las piedras y le dio unos trozos a Poppy. El jugo les corría por la barbilla. Cuando hubieron comido cinco o seis cada uno, se chuparon los dedos pegajosos hasta dejarlos limpios y siguieron explorando.

Subieron por la ladera, pasando a través de flores que les llegaban por la cintura. Cuando se aproximaron a la parte más alta, llegaron a una especie de abolladura en el suelo que parecía haber sido cavada en la tierra. Dentro encontraron una grieta tan alta como una persona, pero más estrecha que una puerta. Lina entró de lado y descubrió un túnel estrecho.

—Pasa a Poppy por él —dijo Lina—. Y luego entra tú.

Pero adentro estaba muy oscuro, así que Doon tuvo que volver a donde había dejado el paquete para buscar una vela. A la luz de la vela reptaron hasta llegar al final del túnel. Pero al final no encontraron una pared, sino un gran hueco negro, la nada más absoluta, que les hizo dar un respingo y retroceder. Unos metros más allá comenzaba un abismo que caía en picado y que no parecía tener fin. Estaban en una cueva tan enorme que parecía al menos tan grande como el mundo exterior. Abajo, al fondo, muy a lo lejos, brillaba un cúmulo de luces.

—Es Las Ascuas —susurró Lina.

Desde ahí podían ver las pequeñas calles brillantes entrecruzándose, las plazas, pequeños destellos de luz y los extremos oscuros de los edificios. En los límites, más

allá, sólo había una inmensa oscuridad.

—Nuestra ciudad, Doon. ¡Nuestra ciudad está metida en el fondo de un agujero!
—Miró hacia el abismo, y todo lo que creía con respecto al mundo empezó a desmoronarse, lentamente—. ¡Estábamos bajo tierra! —dijo—. ¡No sólo las tuberías!
¡Todo!

Casi no podía entender lo que ella misma estaba diciendo.

Doon se acuclilló y miró desde el precipicio. Forzó la vista, intentando ver manchas que pudieran ser personas.

—Me pregunto qué estará pasando allí.

—¿Podrían oírnos, si gritáramos?

—No creo. Estamos muy elevados.

—A lo mejor si miraran hacia el cielo podrían ver nuestra vela —dijo Lina—. Pero no; supongo que no. Las farolas emiten una luz demasiado fuerte.

—Tenemos que avisarles de alguna manera —dijo Doon.

En ese momento, Lina tuvo una idea.

—¡El mensaje! —gritó—. ¡Podríamos mandar el mensaje!

Y eso hicieron. Lina sacó de su bolsillo el mensaje que Doon había escrito, el que era para Clary y que lo explicaba todo. En letra pequeña, escribieron esta nota, que añadieron en la parte superior:

Querida gente de Las Ascuas:

Bajamos por el río desde las tuberías y encontramos la salida a otro lugar. Es verde y muy grande. La luz proviene del cielo. Debéis seguir las instrucciones de este mensaje y venir por el río. Traed comida. Venid tan rápido como podáis.

Lina Mayfleet y Doon Harrow

Envolvieron el mensaje en la camisa de Doon y añadieron una piedra. Permanecieron juntos ante el abismo; Doon en el centro, con Lina a un lado y Poppy al otro, cogiéndole de la mano. Lina apuntó al centro de la ciudad, bajo sus pies. Con todas sus fuerzas, lanzó el mensaje en la oscuridad, y lo vieron descender.

* * *

La señora Murdo, caminando con más energía que de costumbre para mantener los ánimos altos, cruzaba la plaza Harken cuando algo cayó sobre el pavimento, justo frente a ella, dando un golpe terrible. «Qué insólito», pensó, y se agachó a recogerlo. Era una especie de fardo. Se dispuso a desatarlo.

Fin